Michael Moorcock

La Torre Evanescente



Ediciones Martínez Roca, S. A.

La Torre Evanescente

Michael Moorcock

Título original: *The Vanishing Tower*

Traducción de Hernán Sabaté

Cubierta: Llorenç Martí Ilustración: Michael Whelan

© 1970, Michael Moorcock

© 1990, Ediciones Martínez Roca. Colección Fantasy nº 27.

ISBN 84−270−1456−2

Depósito legal B. 29.095−1990

Edición digital d e Elfowar. Revisión de Umbriel. Junio de 2002.

Para Ken Bulmer, quien me pidió que escribiera esta obra como novela por entregas para su revista Sword and Sorcery {Espada y Brujería). La publicación, que iba a hacer compañía a Visions of Tomorrow (Visiones del mañana), no llegó a aparecer debido a la retirada del apoyo financiero a ambas revistas.

LIBRO PRIMERO
El tormento del último señor

(...) y entonces Elric dejó Jharkor en persecución de cierto brujo que, según afirmaba Elric, le había causado cierta afrenta (...)

Crónica de la Espada Negra

1
El Príncipe Pálido en una playa iluminada por la luna

En el firmamento, una luna fría envuelta en nubes bañaba con su luz mortecina un mar tenebroso donde se mecía una nave anclada frente a una costa deshabitada.

Por un costado de la nave estaba siendo arriado un bote, que se balanceaba en el vacío. Dos figuras, envueltas en largas capas, observaban a los marineros que realizaban la maniobra mientras trataban de calmar a sendos caballos que piafaban sobre la inestable cubierta del barco, relinchando y volviendo los ojos a un lado y a otro.

El más bajo de los dos espectadores agarró por la brida a su caballo con gesto enérgico y emitió un gruñido.

-¿De veras era necesario esto? ¿No podríamos haber desembarcado en Trepesaz... o al menos, en algún puerto de pescadores que presumiera de tener una posada, por humilde que fuera?

-No, amigo Moonglum. Quiero que nuestra llegada a Lormyr permanezca en secreto. Si Theleb K'aarna se enterara de mi arribada, como sucedería sin duda en el mismo instante de presentarnos en Trepesaz, volvería a huir y la caza empezaría de nuevo. ¿Te gustaría que sucediera tal cosa?

Moonglum se encogió de hombros.

-Me sigue pareciendo que la persecución de ese hechicero no es más que un sucedáneo de lo que deberías hacer en realidad. Buscas a ese brujo porque no deseas buscar tu destino verdadero...

Elric volvió el rostro, blanco como el hueso bajo el claro de luna, y contempló a Moonglum con sus ojos carmesíes llenos de tristeza.

-¿Y qué? No es preciso que me acompañes si no quieres...

Moonglum volvió a encogerse de hombros.

-Sí, ya lo sé. Quizá sigo contigo por la misma razón que tú persigues al hechicero de Pan Tang. -Con una sonrisa, añadió a continuación-: Así que basta de discusiones, ¿de acuerdo, amo Elric?

-Es cierto, las discusiones no llevan a ninguna parte -reconoció Elric, al tiempo que daba unas palmaditas en el cuello a su montura mientras otro grupo de marineros, vestidos con sedas tarkeshitas de vivos colores, se acercaban para hacerse cargo de los caballos e izarlos con la grúa hasta el bote.

Debatiéndose y relinchando bajo las capuchas que les envolvían la testuz, los animales fueron trasladados al bote, cuyo fondo patearon con las pezuñas como si quisieran abrir un boquete. A continuación, Elric y Moonglum descendieron por los cabos con el equipaje a la espalda hasta saltar a la chalupa en precario equilibrio. Los marineros apartaron el bote del costado de la nave utilizando los remos y luego, aplicando toda la fuerza de sus cuerpos, empezaron a bogar hacia la orilla.

El aire de fines de otoño era frío. Moonglum contempló los yermos acantilados que se alzaban ante él y sintió un escalofrío.

-Se acerca el invierno y preferiría estar instalado en alguna taberna acogedora, en lugar de deambular por tierras extrañas. ¿Qué me dices si, cuando hayamos terminado ese asunto con el hechicero, nos dirigimos a Jadmar o a alguna de las otras grandes ciudades de los vilmirianos y vemos de qué ánimos nos pone el clima, más cálido, de esas tierras?

Sin embargo, Elric no respondió. Sus extraños ojos escrutaron las tinieblas como si estuviera asomándose a las profundidades de su propia alma y no le gustara lo que veía.

Moonglum suspiró y apretó los labios. Se encogió bajo la capa y se frotó las manos para hacerlas entrar en calor. Estaba acostumbrado a los súbitos silencios de su compañero, pero el hábito no hacía que los encajara mejor. En algún lugar de la costa, un ave nocturna lanzó un graznido, al que replicó el chillido de algún roedor. Los marineros gruñían mientras tiraban de los remos.

La luna apareció tras las nubes e iluminó el rostro blanco y ceñudo de Elric haciendo que sus ojos carmesíes brillaran como ascuas infernales. La claridad bañó también los acantilados desnudos de la costa.

Los marineros izaron los remos cuando la quilla del bote varó en la grava. Los caballos, al olor de la tierra, relincharon y patearon la madera. Elric y Moonglum se pusieron en pie para calmarlos.

Dos de los remeros saltaron a las frías aguas y arrastraron la chalupa unos metros más. Otro de los hombres dio unas palmaditas en el cuello al caballo de Elric y, sin mirar directamente al albino, le dijo:

-El capitán ha dicho que me pagarías cuando alcanzáramos la costa de Lormyr, mi señor.

Elric soltó un gruñido y llevó la mano bajo la capa. Sacó de ella una joya que brilló como una centella en la oscuridad de la noche. El marinero jadeó de asombro y extendió la mano para cogerla.

- ¡Por la sangre de Xiombarg, nunca había visto una gema tan valiosa!

Elric empezó a guiar a su caballo por las aguas poco profundas y Moonglum se apresuró a seguirle, lanzando juramentos en voz baja y sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

Entre risas y exclamaciones de alegría, los remeros empujaron el bote a aguas más profundas.

Mientras Elric y Moonglum montaban en los caballos y la chalupa se alejaba en la oscuridad hacia el barco, el segundo comentó:

- ¡Esa joya valía cien veces el precio de nuestro pasaje!

-¿Qué más da? -Elric colocó los pies en los estribos e hizo avanzar a su montura hacia una parte del acantilado que resultaba menos empinada que el resto. Se puso en pie sobre los estribos para envolverse mejor en la capa y acomodarse con más firmeza en la silla-. Parece que por aquí hay un camino, aunque bastante descuidado.

-Debo insistir -dijo Moonglum con voz severa- en que si de ti dependiera, mi señor Elric, nos quedaríamos sin medios de subsistencia. Si no hubiera tenido la precaución de recuperar parte de los beneficios que obtuvimos con la venta de esa trirreme que capturamos y subastamos en Dhakos, ahora mismo estaríamos en la pobreza.

-Es cierto -asintió Elric sin prestarle atención, al tiempo que espoleaba el caballo por el sendero que conducía a lo alto del acantilado.

Moonglum meneó la cabeza en gesto de frustración, pero siguió al albino.

Al amanecer, los dos cabalgaban sobre el paisaje ondulado de pequeñas colinas y suaves valles que constituían el territorio de la península más septentrional de Lormyr.

-Como Theleb K'aarna tiene que vivir de un mecenas rico -explicó Elric mientras proseguían su avance-, es casi seguro que acudirá a la capital, Iosaz, donde gobierna el rey Montan. Allí tratará de ponerse al servicio de algún noble o incluso, tal vez, del propio rey.

-¿Y cuánto tardaremos en divisar la capital del reino, mi señor?

-Está a varios días de viaje, mi buen Moonglum.

Maese Moonglum suspiró. El cielo amenazaba nieve y la tienda que llevaba enrollada bajo la silla era de seda fina, adecuada para las tierras de Oriente y Occidente, más cálidas. Dio gracias a sus dioses por llevar un grueso chaleco acolchado bajo la coraza y por haberse puesto, antes de abandonar el barco, unos calzones de lana debajo de los otros, rojos y más llamativos, que constituían su indumentaria visible. Su casco cónico de piel, metal y cuero, tenía unas orejeras que ahora llevaba bajadas y atadas con unas tirillas de cuero bajo el mentón, y la gruesa capa de piel de ciervo ceñía sus hombros muy apretada.

Elric, por su parte, no parecía darse cuenta del frío y llevaba la capa ondeando al viento. Vestía unos calzones de seda azul marino y una camisa de seda negra de cuello alto, y portaba una coraza de acero lacada en negro brillante, a juego con el casco, embellecida con dibujos de fina plata. Detrás de la silla llevaba unas grandes alforjas y, cruzados sobre ellas, un arco y un carcaj de flechas. A su costado colgaba la espada Tormentosa, origen de su fuerza y de su desdicha, y en la cintura llevaba una larga y fina daga, regalo de la reina Yishana de Jharkor.

Moonglum tenía un arco y una aljaba parecidos y portaba sendas espadas a los costados, una corta y recta, la otra larga y curva, siguiendo la costumbre de los hombres de Elwher, su patria. Ambas espadas iban enfundadas en unas vainas de cuero ilmiorano espléndidamente repujado y embellecido con hilos de oro y de seda escarlata.

Para quienes no los conocían, los dos jinetes parecían unos mercenarios libres de amo que habían tenido más éxito que la mayoría en su oficio.

Los caballos les trasladaron incansables por el territorio. Eran dos corceles de Shazar, famosos en todos los Reinos Jóvenes por su resistencia e inteligencia. Tras varias semanas confinados en la bodega de la nave tarkeshita, estaban contentos de poder moverse de nuevo.

De vez en Cuando, empezaban a divisar alguna aldea de casas chaparras de piedra y paja, pero Elric y Moonglum tenían la cautela de evitarlas.

Lormyr era uno de los Reinos Jóvenes más antiguos y buena parte de la historia del mundo se había escrito en sus tierras. Incluso los melniboneses habían oído las leyendas del héroe ancestral de Lormyr, Aubec de Malador, de la provincia de Klant, del cual se decía que había dado forma a nuevas tierras con la materia del Caos que un día había existido en el Confín del Mundo. Pero hacía ya mucho tiempo que Lormyr había dejado atrás el momento álgido de su poder (aunque seguía siendo una gran nación del Sudoeste) y se había convertido en un reino a la vez pintoresco y cultivado. Elric y Moonglum vieron alquerías prósperas,

campos feraces, viñedos y frutales cuyos árboles de hojas doradas estaban rodeados por muros cubiertos de musgo y desgastados por el paso del tiempo. Una tierra dulce y apacible en contraste con Jharkor, Tarkesh y Dharijor, las naciones del Noroeste, más ásperas y agitadas, que habían dejado atrás.

Moonglum echó un vistazo a su alrededor cuando redujeron el paso del caballo a un trote.

-Theleb K'aarna podría hacer mucho mal aquí, Elric. Me acuerdo de las apacibles colinas y llanuras de Elwher, mi tierra.

Elric asintió y dijo:

-Los tiempos turbulentos terminaron para Lormyr cuando se desprendió de las cadenas melnibonesas y fue la primera en autoproclamarse nación libre. Me gusta este paisaje sosegado. Me tranquiliza. Una razón más para encontrar al hechicero antes de que empiece a preparar su pócima corruptora.

Moonglum sonrió para sí.

-Ten cuidado, mi señor. Ya estás sucumbiendo de nuevo a esas emociones blandengues que tanto desprecias... Elric enderezó la espalda al instante.

-Vamos. Démonos prisa en llegar a Iosaz.

-Cuanto antes lleguemos a una ciudad con una taberna decente y un buen mego, tanto mejor.

Moonglum apretó aún más la capa en torno a su cuerpo enjuto.

-Entonces, reza para que el alma del brujo sea enviada pronto al Limbo, maese Moonglum, porque entonces accederé a sentarme ante el fuego el invierno entero, si así lo quieres.

Y Elric puso a su caballo en un súbito galope mientras el plomizo atardecer se cerraba sobre las bucólicas colinas.

2
Un rostro blanco mirando entre la nieve

Lormyr tenía fama por sus caudalosos ríos. Eran éstos los que habían contribuido a hacerla rica y fuerte.

Al cabo de tres días a caballo, cuando una ligera nevada empezaba a caer del cielo, Elric y Moonglum llegaron al confín de las colinas y vieron ante ellos las aguas espumeantes del río Schlan, afluente del Zaphra-Trepek que fluía desde más allá de Iosaz hasta desembocar en el mar en Trepesaz.

En aquel punto de su recorrido no había barcos que surcaran el Schlan pues el río presentaba rápidos y grandes cascadas cada pocas leguas, pero Elric tenía la intención, cuando llegaran a la vieja ciudad de Stagasaz, edificada en la confluencia del Schlan con el Zaphra-Trepek, de enviar a Moonglum a la ciudad para que comprara una embarcación pequeña en la que poder remontar este último hasta Iosaz, donde casi con toda certeza se hallaría Theleb K'aarna.

Siguieron, pues, la ribera del Schlan forzando la marcha con la esperanza de alcanzar los alrededores de la ciudad antes de que cayera la noche. Pasaron por algunas aldeas de pescadores y ante las casas de algunos nobles de bajo rango y, de vez en cuando, recibieron el saludo de algún pescador amistoso que lanzaba la red en los trechos más tranquilos del río, pero no se detuvieron. Los pescadores eran gentes típicas de la región, pelirrojos y con enormes bigotes rizados, que vestían jubones de lino recargados de bordados y botas de cuero que casi les cubrían los muslos; eran hombres que en otros tiempos siempre habían estado prestos a dejar las redes, coger las espadas y alabardas y montar sus caballos para acudir en defensa de su patria.

-¿No podríamos pedir prestada una de sus barcas? -apuntó Moonglum, pero Elric movió la cabeza en gesto de negativa.

-Los pescadores del Schlan son conocidos por sus chismorreos. Es posible que la noticia de nuestra presencia llegara antes que nuestra barca y pusiera sobre aviso a Theleb K'aarna.

-Creo que eres demasiado cauto...

-Ya le he perdido demasiadas veces.

Apareció ante su vista un nuevo tramo de rápidos. Grandes peñascos negros brillaban bajo la luz mortecina y el agua saltaba sobre ellos con un rugido, levantando una cortina de espuma. Allí no había casas ni aldeas y el camino junto a la orilla era tan angosto y traicionero que Elric y Moonglum se vieron forzados a aflojar el paso y proseguir la marcha con cautela.

Por encima del ruido del agua, Moonglum gritó:

- ¡Ahora seguro que no llegamos a Stagasaz antes de que anochezca!

-Tienes razón -asintió Elric-. Acamparemos bajo los rápidos. Allí.

Seguía nevando y el viento impulsaba los copos contra el rostro, dificultando todavía más su avance por el estrecho sendero que ahora serpenteaba a considerable altura sobre el río.

Por fin, el estruendo empezó a apagarse y el camino se ensanchó y las aguas se

calmaron. Aliviados, los viajeros inspeccionaron la llanura que se abría ante ellos buscando el lugar más adecuado para acampar.

Fue Moonglum quien las vio primero.

La mano le temblaba cuando alzó el dedo hacia el firmamento para señalar hacia el norte.

-¿Qué es eso, Elric?

El albino alzó los ojos hacia el cielo encapotado, apartando del rostro los copos de nieve.

Al principio, su expresión fue de desconcierto. Frunció el ceño y entrecerró los ojos.

Unas siluetas negras se recortaban contra el firmamento.

Unas siluetas aladas.

Era imposible juzgar su tamaño a aquella distancia, pero no volaban como lo hacen las aves. A Elric le vino el recuerdo de otra criatura alada, una criatura que había visto por última vez cuando él y los Señores del Mar huyeron de la Imrryr en llamas y el pueblo de Melniboné desencadenó su venganza sobre los asaltantes.

Una venganza que había adoptado dos formas.

La primera de ellas había sido la flota de doradas naves de guerra que esperaba para atacarles cuando se retiraban de la Ciudad de Ensueño.

La segunda forma de venganza habían sido los grandes dragones del Brillante Imperio.

Y las criaturas que habían aparecido a lo lejos guardaban cierta semejanza con tales dragones.

¿Acaso los melniboneses habían descubierto el medio de despertar a los dragones antes del término de su período normal de reposo? ¿Tal vez habían soltado a sus dragones para que buscaran a Elric, que había dado muerte a los de su propia estirpe y había traicionado a su raza inhumana para vengarse de su primo Yyrkoon, el cual le había usurpado el Trono de Rubí de Imrryr?

La expresión de Elric se transformó en una torva mueca. Sus ojos carmesíes brillaron como rubíes pulidos. Llevó la mano izquierda a la empuñadura de su gran espada negra, la espada mágica Tormentosa, y dominó su creciente sensación de horror.

Pues allí, en pleno vuelo, la forma de aquellas criaturas había cambiado. De pronto, habían dejado de parecer dragones y habían adquirido el aspecto de unos cisnes multicolores cuyas plumas relucientes recogían y reflejaban los escasos rayos de sol que aún quedaban.

Moonglum soltó una exclamación cuando las criaturas estuvieron más cerca.

- ¡Son enormes!

-Prepara tus espadas, amigo Moonglum. Desenváinalas y reza tus oraciones a los dioses que gobiernan Elwher, pues estos seres son producto de la hechicería y, sin duda, las envía Theleb K'aarna para destruirnos. Mi respeto por ese brujo no hace sino aumentar.

-¿Qué son, Elric?

-Criaturas del Caos. En Melniboné reciben el nombre de Oonai. Pueden cambiar de forma a voluntad. Sólo un hechicero de gran disciplina mental y poderes superlativos que conozca los conjuros oportunos puede dominarlas y determinar su aspecto. Algunos de mis antepasados eran capaces de ello, pero nunca pensé que un mero echador de conjuros de Pan Tang consiguiera someter a esas quimeras.

-¿No conoces ningún conjuro para enfrentarse a ellas?

-No se me ocurre ninguno. Sólo un Señor del Caos como mi demonio protector, Arioco, podría destruirlas. Moonglum se estremeció y respondió:

- ¡Entonces, invoca a tu Arioco, te lo ruego! Elric dirigió una mirada casi divertida a su acompañante y comentó:

-Realmente, estas criaturas deben darte un miedo tremendo, maese Moonglum, para que estés dispuesto a aceptar la presencia de Arioco.

-Tal vez no tengan ningún interés en nosotros -respondió Moonglum al tiempo que desenvainaba su espada larga y curva-, pero es mejor estar preparados.

-En efecto -asintió Elric con una sonrisa.

A continuación, Moonglum sacó también su espada corta y recta, enroscando las riendas de su montura en torno al antebrazo.

En el cielo resonó un grito agudo, como una risa entrecortada.

Los caballos piafaron, inquietos.

El griterío aumentó de intensidad. Las criaturas voladoras abrían los picos y se llamaban unas a otras y pronto quedó en evidencia que en realidad no se trataba de unos cisnes gigantes, pues estaban dotadas de lenguas serpenteantes. Y en sus picos se veía brillar una hilera de finos y agudos colmillos. Las criaturas cambiaron de rumbo ligeramente, volando directamente hacia los dos viajeros.

Elric echó atrás la cabeza, desenvainó su gran espada y la alzó hacia el cielo. El metal latió y gimió, y emitió un misterioso fulgor negro que formó extrañas sombras sobre las facciones pálidas de su dueño.

El caballo shazariano relinchó y se encabritó mientras una invocación surgía de los labios atormentados de Elric.

- ¡Arioco! ¡Arioco! ¡Arioco! ¡Señor de las Siete Oscuridades, duque del Caos, ayúdame! ¡Ayúdame ahora, Arioco!

El caballo de Moonglum había vuelto grupas llevado por el pánico y el hombrecillo tenía grandes dificultades para dominarlo. Sus facciones estaban casi tan pálidas como las de Elric.

- ¡Arioco!

Encima de ellos, las quimeras empezaron a volar en círculos.

- ¡Arioco! ¡Sangre y almas te prometo, si me ayudas ahora!

Entonces, a unos metros de donde estaban, una niebla oscura pareció surgir de la nada. Era una bruma hirviente en la cual tomaban forma figuras extrañas y desagradables.

- ¡Arioco!

La niebla se hizo aún más densa.

- ¡Arioco! ¡Te lo ruego..., ayúdame ahora!

El caballo se levantó sobre los cuartos traseros, relinchando y resoplando, con los ojos asustados y los ollares muy abiertos. Elric, sin embargo, con una mueca en los labios que dejaba los dientes al descubierto y le daba el aspecto de un lobo rabioso, continuó montado en la silla mientras la niebla oscura se agitaba y en lo alto de la cambiante columna aparecía un rostro extraño, no terrenal. Un rostro de maravillosa belleza, de absoluta maldad. Moonglum apartó la vista de ella, incapaz de soportarla.

Una voz dulce, sibilante, surgió de la hermosa boca. La columna de bruma continuó moviéndose lánguidamente, adoptando un tono escarlata salpicado de manchas verde esmeralda.

-Saludos, Elric -dijo el rostro-. Saludos, el más amado de mis hijos.

- ¡Ayúdame, Arioco!

- ¡Ah! -replicó el rostro con una voz llena de expresiva pesadumbre-. ¡Ah, eso no puede ser...!

- ¡Es preciso que me ayudes!

Las quimeras habían titubeado en su descenso al avistar aquella extraña niebla.

-No puedo hacerlo, Elric, el más dulce de mis esclavos. Se preparan otros asuntos en el reino del Caos. Asuntos de enorme importancia a los que ya me he referido. Sólo puedo ofrecerte mi bendición.

- ¡Arioco, te lo ruego...!

-Recuerda tu juramento al Caos y mantente leal a nosotros a pesar de todo. Adiós, Elric. Y la niebla oscura se desvaneció.

Y las quimeras se acercaron aún más.

Y Elric emitió un atormentado gemido mientras la espada mágica suspiraba y se estremecía en su mano y su negro fulgor se apagaba ligeramente.

Moonglum escupió contra el suelo.

- ¡Maldición, Elric, tienes un protector poderoso, pero también inconstante!

De inmediato, saltó de la silla mientras una criatura voladora descendía hacia él como una flecha, cambiando de forma una decena de veces en su picado. La bestia del Caos extendió unas zarpas que se cerraron en el aire donde Moonglum había estado un segundo antes. El caballo sin jinete se alzó de nuevo sobre los cuartos traseros, pateando con sus manos a la criatura.

Una boca de largos colmillos se cerró sobre el animal.

Manó la sangre a borbotones donde el caballo había tenido la cabeza y sus patas lanzaron una última coz antes de caer al suelo, donde la sangre continuó regando la tierra ávida.

Llevando los restos de la cabeza en lo que primero fue una boca escamosa, luego un pico y luego unas mandíbulas parecidas a las de un tiburón, la oonai remontó el vuelo.

Moonglum se incorporó. Su mirada era la de quien no espera otra cosa que su inminente destrucción.

También Elric saltó del caballo y le dio una fuerte palmada en el flanco al animal, que echó a galopar hacia el río, huyendo del lugar presa del pánico. Una segunda quimera lo persiguió.

Esta vez, la criatura voladora agarró el cuerpo del caballo con unas garras que surgieron de pronto de sus pies. El caballo pugnó por desasirse, amenazando con partirse el espinazo en el esfuerzo, pero no lo consiguió. La quimera voló hacia las nubes con su presa.

La nevada se había recrudecido, pero Elric y Moonglum no se fijaron en ello mientras permanecían juntos, en pie, a la espera del siguiente ataque de las oonai.

-¿No conoces ningún otro conjuro, amigo Elric? -preguntó Moonglum en un susurro.

El albino movió la cabeza en gesto de negativa.

-Ninguno específico para enfrentarnos a esas criaturas. Las oonai siempre sirvieron al pueblo de Melniboné. Jamás nos amenazaron, de modo que no necesitamos ningún conjuro contra ellas. Estoy tratando de recordar...

Las quimeras emitieron unos graznidos y aullidos en el aire, sobre la cabeza de los dos viajeros. Acto seguido, otra de las criaturas se separó del resto y descendió hacia ellos.

-Atacan de una en una -comentó Elric en un tono algo indiferente, como si estuviera observando un insecto en un frasco-. No sé por qué, nunca lo hacen en grupo.

La oonai se había posado en el suelo y había adoptado la forma de un elefante con la cabeza enorme de un cocodrilo.

-No es una combinación muy estética -comentó Elric.

Cuando la bestia cargó contra ellos, el suelo tembló bajo sus pies.

Mientras se aproximaba, los dos hombres permanecieron hombro con hombro. Ya la tenían casi encima cuando, en el último momento, se separaron, Elric arrojándose a un lado y Moonglum al otro.

La quimera pasó entre los dos y Elric hirió el flanco de la criatura con su espada mágica. La espada emitió un canto casi lascivo al hundirse profundamente en la carne, que de inmediato cambió para convertirse en un dragón de cuyos colmillos rezumaba un veneno flameante.

Pero la oonai estaba malherida.

La sangre manaba de la profunda herida y la quimera aullaba y cambiaba de forma una y otra vez como si buscara alguna en la que no existiese la herida.

Del costado de la criatura surgió de pronto una sangre negra, como si la tensión de los sucesivos cambios hubiera afectado todavía más su cuerpo herido. La bestia del Caos cayó de rodillas y el brillo se empañó en sus plumas, se apagó en sus escamas, desapareció de su piel. Se agitó por última vez y luego quedó inmóvil. Su aspecto era el de un ser fuerte y pesado,

negro, parecido a un cerdo, cuyo cuerpo abotargado era la cosa más repulsiva que Elric y Moonglum habían visto nunca.

Moonglum soltó un gruñido.

-No es difícil entender por qué un ser como éste querría cambiar de forma...

Alzó la cabeza y vio descender otra oonai.

Ésta tenía el aspecto de una ballena con alas, pero con unos colmillos curvos como los de un pez carnívoro y una cola como un sacacorchos gigantesco.

En el mismo momento de posarse en el suelo, experimentó un nuevo cambio.

Ahora, la criatura adoptó forma humana. Era una figura bella y enorme, dos veces el tamaño de Elric. Iba desnuda y era de proporciones perfectas, pero tenía la mirada vacía y los labios entreabiertos de un niño subnormal. La vieron echar a correr ágilmente hacia ellos extendiendo sus manos inmensas para atraparles como haría un niño para coger un juguete.

Esta vez, Elric y Moonglum atacaron a la vez, uno a cada mano.

La afilada espada de Moonglum hizo un profundo corte en los nudillos y la de Elric cercenó dos dedos de la oonai antes de que ésta alterara de nuevo su forma y se convirtiera en un pulpo, primero, en un tigre monstruoso, más tarde, y luego en una combinación de ambos, hasta que al fin se convirtió en una roca en la cual se abría una fisura que mostraba unos dientes blancos y dispuestos a morder.

Los dos hombres esperaron, jadeantes, a que reanudara el ataque. En la base de la roca rezumaba un reguero de sangre y esto dio una idea a Elric, Saltó hacia adelante con un súbito aullido, alzó la espada sobre la cabeza y descargó el filo sobre la roca, partiéndola en dos.

Una especie de risotada surgió de la negra espada mientras la forma hendida se difuminaba hasta convertirse en otra de aquellas criaturas parecidas a cerdos. Ésta aparecía partida en dos, en un charco de sangre y con las entrañas extendidas en el suelo.

De inmediato, entre la nevada crepuscular, descendió otra oonai cuyo cuerpo era un brillante destello naranja, en la forma de una serpiente alada con mil anillos palpitantes.

Elric golpeó los anillos, pero éstos se movían demasiado de prisa. Las otras quimeras habían observado con atención las tácticas de los dos hombres ante sus compañeras y se habían hecho una idea de la habilidad de sus víctimas. Casi al instante, Elric se encontró con los brazos inmovilizados por los anillos y transportado por los aires al tiempo que una segunda quimera se abalanzaba con la misma forma sobre Moonglum para atraparle de idéntica manera.

Elric se dispuso a morir como lo habían hecho los caballos. Prefería tener una muerte rápida a caer en las manos de Theleb K'aarna, que siempre le había prometido una muerte lenta.

Las alas escamosas batieron el aire, poderosas. Pero las fauces de la criatura no descendieron para arrancarle la cabeza.

Elric comprendió con desesperación que Moonglum y él estaban siendo transportados velozmente hacia el norte sobre la gran estepa de Lormyr.

Sin duda, al final del viaje les aguardaba Theleb K'aarna.

3
El cielo inmenso lleno de plumas

Cayó la noche y las quimeras continuaron volando incansables, con sus negras siluetas contra la nieve blanca.

Los lazos no mostraron el menor asomo de relajarse aunque Elric luchó por liberarse de ellos, con la mano cerrada siempre en torno a la empuñadura de la espada mágica y la mente concentrada en buscar un medio de derrotar a los monstruos.

Si lograba dar con algún hechizo...

Trató de apartar de sus pensamientos la idea de lo que le esperaba si realmente era Theleb K'aarna quien había enviado a las oonai contra ellos.

Las facultades como brujo de Elric se basaban sobre todo en su dominio de los elementos de aire, fuego, tierra, agua y éter, y también sobre las entidades que poseían afinidad con la flora y la fauna de la Tierra.

Por ello, decidió que su única esperanza consistía en invocar la ayuda de Filita, Señora de las Aves, que moraba en un reino más allá de los planos de la tierra, pero la invocación se le resistió.

Y, aunque la recordara, había que tener la mente concentrada de una determinada manera, había que seguir los ritmos correctos en el encantamiento, había que repetir las palabras e inflexiones exactas antes de empezar a invocar la ayuda de Filita. Pues ésta era más difícil de conjurar que cualquier otro ser elemental, tanto como el veleidoso Arioco.

Entre los remolinos de nieve escuchó a Moonglum gritar algo ininteligible.

-¿Qué dices, Moonglum? -replicó.

-Sólo... quería saber... si seguías... vivo, amigo mío.

-Sí... apenas...

Tenía el rostro helado y se le había formado una costra de hielo en el casco y la coraza. Le dolía todo el cuerpo por la presión de los lazos de la quimera y por el frío atroz de las alturas.

El vuelo continuó toda la noche rumbo al norte mientras Elric trataba de relajarse, de entrar en trance y extraer de su mente los antiguos conocimientos de sus antepasados.

Al alba, las nubes habían desaparecido y los rayos encendidos del sol se extendían sobre la nieve como sangre sobre damasco. La estepa se extendía en todas direcciones; era un inmenso campo de nieve hasta el horizonte y, sobre él, el cielo no era sino una capa de hielo azul en la cual se abría el charco rojo del sol.

E, incansables en todo instante, las quimeras continuaron volando.

Elric despertó poco a poco del trance y rogó a sus precarios dioses que recordara correctamente la invocación.

Tenía los labios casi congelados y pegados. Pasó la lengua por ellos y fue como si

lamiera nieve. Los abrió y le entró en la boca una ráfaga de aire helado. Carraspeó y volvió la cabeza hacia lo alto con una mirada vidriosa en sus ojos carmesíes.

Obligó a sus labios a formar unas extrañas sílabas, a pronunciar las viejas palabras cargadas de vocales de la Lengua Alta de la antigua Melniboné, un idioma casi imposible de articular para una lengua humana.

-Filita -murmuró.

Luego empezó a recitar el hechizo. Y, con el canturreo, la espada se calentó en su mano y le aportó energías para que la invocación sobrenatural resonara en el cielo helado.

Por las plumas entretejidos nuestros destinos,
hombre y pájaro, tu estirpe y la mía,
forjaron un pacto que las divinidades
consagraron en el templo ancestral.
Y cada especie juró servicio a la otra.
Filita, reina voladora de bello plumaje,
recuerda ahora esa noche gloriosa
y ayuda a tu hermano en peligro.

La invocación contenía mucho más que las simples palabras. Entraban en ella también los pensamientos abstractos de su cerebro, las imágenes visuales que tenían que retenerse en la mente en todo instante, las emociones experimentadas, los recuerdos fieles y vividos. Si no se hacía todo como era debido,- el conjuro sería inútil.

Siglos antes, los reyes hechiceros de Melniboné habían sellado con Filita, Señora de las Aves, el pacto por el cual cualquier ave que se instalara entre los muros de Imrryr recibiría protección y no sería cazada por ningún humano de sangre melnibonesa; el pacto se había mantenido e Imrryr, la Soñada, se había convertido en refugio de todas las especies de aves y en cierta ocasión habían cubierto de plumas sus torres.

Elric entonó pues los versos que glosaban el pacto, suplicando a Filita que recordara el compromiso adquirido.

Hermanos y hermanas de los aires
escuchad mi voz dondequiera que estéis
y traedme ayuda de los reinos superiores...

No era la primera vez que llamaba a los elementos y a las criaturas que les pertenecían. Hacía relativamente poco que había invocado a Haaashaastaak, señor de los Lagartos, en su lucha contra Theleb K'aarna, y en ocasiones anteriores había utilizado los servicios de los seres elementales del viento -los silfos, los sharnahs y los h'Haarshanns- y de la tierra.

Sí, Filita era veleidosa.

Y ahora que Imrryr no era más que un montón de ruinas, incluso era posible que decidiera olvidar el antiguo pacto.

-Filita...

La invocación le había dejado exhausto. No tendría fuerzas para combatir a Theleb K'aarna aunque se le presentara la oportunidad.

-Filita...

Y, entonces, el aire se agitó y una sombra enorme cubrió a las quimeras que llevaban a Elric y a Moonglum hacia el norte.

Elric alzó la mirada y se le quebró la voz, pero sonrió y dijo:

-Gracias, Filita.

Porque el cielo estaba negro de aves. Las había de todas las especies, águilas, petirrojos, grajos, estorninos, abadejos, milanos, cuervos, halcones, pavos reales, flamencos, palomas, periquitos, tórtolas, urracas, cornejas y búhos. Su plumaje destellaba como el acero y el aire se llenó con sus gritos.

Las oonai alzaron su cabeza de serpiente y lanzaron un siseo, mostrando la lengua entre los colmillos delanteros y sacudiendo como un látigo los anillos de la cola. Una de las bestias del Caos que no llevaba a ningún humano cambió su forma en la de un gigantesco cóndor y batió alas hacia la inmensa multitud de pájaros.

Pero éstos no se dejaron engañar.

La quimera desapareció, sumergida entre las aves. Se escuchó un espantoso griterío y, acto seguido, un bulto negro cuya forma recordaba la de un cerdo cayó en espiral hacia el suelo, dejando una estela de sangre y tripas.

Otra quimera -la última que no llevaba carga- asumió su forma de dragón, casi idéntica a las que una vez había dominado Elric como monarca de Melniboné, pero de mayor tamaño y menos grácil que Colmillo de Fuego y los demás.

Se esparció un hedor repulsivo a carne y plumas quemadas cuando la ponzoña ardiente cayó sobre los aliados de Elric. Pero cada vez eran más las aves que llenaban el aire, piando y graznando y silbando y ululando, un millón de alas batiendo a la vez.

De nuevo, la oonai desapareció de la vista; de nuevo, sonó un chillido amortiguado; de nuevo, un cuerpo destrozado, cerduno, cayó a plomo desde las alturas.

Los pájaros se dividieron en dos masas, dirigiendo la atención a las quimeras que transportaban a Elric y a Moonglum, y cayeron sobre ellas como dos gigantescas puntas de flecha, conducidas cada una de ellas por diez enormes águilas doradas que se lanzaron sobre los ojos de las oonai.

Bajo el ataque de las aves, las bestias del Caos se vieron forzadas a cambiar de forma. Al instante, Elric se sintió caer al vacío. Tenía el cuerpo entumecido y cayó como una piedra, pendiente sólo de mantener empuñada la Tormentosa. Mientras descendía, maldijo la ironía de haber sido salvado de las quimeras solamente para acabar despeñado en el suelo cubierto de nieve a sus pies.

Pero en ese instante notó que algo cogía su capa por arriba y quedó colgado en el aire. Alzó la cabeza y vio que unas águilas habían agarrado la tela entre sus zarpas y picos y frenaban su descenso de modo que golpeó la nieve sin más consecuencias que un doloroso batacazo.

Las águilas volvieron entonces al combate.

Moonglum aterrizó a unos metros de él, depositado por otra escuadrilla de águilas que regresó de inmediato donde sus camaradas daban cuenta de las restantes bestias del Caos.

Moonglum recogió la espada que se le había caído de la mano y se frotó la pantorrilla derecha.

-Haré cuanto pueda por no volver a comer nunca carne de ave -dijo sentidamente-. De modo que recordaste el encantamiento, ¿no?

-En efecto.

Los dos últimos cuerpos cayeron de lo alto con un golpe sordo no lejos de ellos.

Durante unos instantes, los pájaros realizaron una extraña danza circular en el cielo, en parte saludo a los dos hombres y en parte danza de triunfo, y luego se dividieron en grupos por especies y se alejaron velozmente. Muy pronto, no quedó una sola ave en el gélido cielo azul.

Elric se incorporó, magullado, y envainó la Tormentosa con esfuerzo. Exhaló un profundo suspiro y alzó la vista al cielo.

-Gracias de nuevo, Filita -murmuró.

Moonglum, con aire desconcertado todavía, le preguntó:

-¿Cómo has logrado invocar a los pájaros, Elric? El albino se quitó el casco y se secó el sudor. Bajo aquel clima, el sudor no tardaría en convertirse en hielo.

-Gracias a un antiguo pacto que efectuaron mis antepasados. Me ha costado mucho recordar las palabras del hechizo.

- ¡Y yo me alegro mucho de que lo hayas conseguido finalmente!

Elric asintió, abstraído. Volvió a colocarse el casco y echó una ojeada a su alrededor.

La inmensa estepa de Lormyr, cubierta de nieve, se extendía hasta el horizonte en todas direcciones.

Moonglum adivinó lo que pensaba su compañero y se acarició la barbilla.

-¿Tienes alguna idea de qué lugar es éste, mi señor Elric? Me temo que estamos perdidos.

-No lo sé, amigo Moonglum. No tenemos ningún medio de saber a cuánta distancia nos han transportado esas bestias, pero estoy casi seguro de que nos hallamos bastante al norte de Iosaz. Estamos más lejos de la capital que antes de...

- ¡Pero, si es así, Theleb K'aarna también debe estar lejos de ella! Si esas criaturas nos llevaban realmente al lugar donde se encuentra ese hechicero...

-Es lo más lógico, creo.

-Entonces, ¿continuamos hacia el norte?

-No.

-¿Porqué?

-Por dos razones. Es posible que el propósito de Theleb K'aarna fuera llevarnos a un lugar remoto y apartado donde no pudiéramos obstaculizar sus planes. Tal vez considerara

preferible tal cosa a conducirnos a su presencia y correr el riesgo de que volviéramos las tornas...

-Sí, eso seguro. ¿Cuál es la otra razón?

-Lo mejor que podemos hacer es intentar llegar a Iosaz, donde tendremos ocasión de aprovisionarnos de equipo y provisiones y de indagar el paradero de Theleb K'aarna, en el caso de que no se encuentre en la ciudad. También creo que sería una tontería por nuestra parte continuar hacia el norte sin unos buenos caballos y en Iosaz los encontraremos..., y tal vez incluso un trineo que nos lleve más de prisa por esta extensión nevada.

-También en esto te doy la razón. Aunque no creo que tengamos muchas posibilidades en esta estepa cubierta de nieve, tomemos la dirección que tomemos.

-Es preciso que empecemos a andar. Nuestra esperanza es encontrar un río que aún no se haya helado y por el cual navegue alguna embarcación que nos lleve a Iosaz.

-Una esperanza remota, Elric.

-Sí, una esperanza remota...

Elric ya empezaba a sentirse debilitado tras el desgaste de energías que había significado la invocación a Filita. Se dio cuenta de que le aguardaba una muerte casi segura, pero no pareció importarle mucho. Al menos, sería una muerte más limpia que algunas de las que había estado a punto de sufrir en los últimos tiempos y, desde luego, sería mucho menos dolorosa de la que podía esperar de manos del hechicero de Pan Tang.

Empezaron a avanzar por la nieve a paso lento, en dirección al sur. Eran dos pequeñas siluetas en el paisaje helado, dos minúsculas motas de carne caliente en el gran erial nevado.

4
El viejo castillo solitario

Transcurrió un día y toda una noche.

Y luego llegó el atardecer del segundo día y los dos viajeros continuaron su avance tambaleándose, pese a que hacía mucho que habían perdido el sentido de la orientación.

Cayó la noche y siguieron adelante, arrastrándose.

Eran incapaces de hablar. Tenían los huesos doloridos y los músculos entumecidos.

El frío y el agotamiento les sumieron en la inconsciencia de modo que, cuando cayeron por fin sobre la nieve y se quedaron inmóviles, apenas se dieron cuenta de que habían dejado de avanzar. Para ellos no existía en aquel instante ninguna diferencia entre la vida y la muerte, entre existir y dejar de hacerlo.

Y cuando salió el sol y calentó un poco sus cuerpos, despertaron del sopor y levantaron la cabeza, tal vez en un esfuerzo por echar una postrera mirada al mundo que iban a abandonar.

Y entonces vieron el castillo.

Se alzaba en mitad de la estepa y era muy antiguo. La nieve cubría el musgo y los líquenes que crecían en sus piedras viejas y desgastadas. La construcción parecía haber estado allí por toda la eternidad, aunque ni Elric ni Moonglum habían oído jamás que existiera un castillo semejante alzándose solitario en mitad de la estepa. Resultaba difícil imaginar cómo podía existir un castillo tan antiguo en una tierra conocida en otro tiempo como el Confín del Mundo.

Moonglum fue el primero en incorporarse y se acercó trastabillando hasta el lugar donde yacía Elric. Con manos cuarteadas por el frío, trató de alzar de la nieve a su amigo.

El movimiento de la fluida sangre de Elric casi había cesado en sus venas. Mientras Moonglum le ayudaba a ponerse en pie, escapó de su boca un gemido. Intentó hablar, pero sus labios permanecieron cerrados, helados.

Apoyándose el uno en el otro, a veces caminando y a veces arrastrándose, avanzaron hacia el castillo.

La entrada estaba abierta. Cruzaron el umbral y el calor que surgía del interior les reanimó lo suficiente como para ponerse en pie y adentrarse con pasos tambaleantes por un estrecho pasadizo que les condujo a un gran salón.

Un salón vacío, completamente desnudo de mobiliario.

Pero en el extremo opuesto de la estancia, en un hogar de granito y cuarzo, vieron arder unos troncos. Los dos se acercaron al fuego pisando un suelo de losas de lapislázuli.

-De modo que el castillo está habitado...

La voz de Moonglum sonó áspera y dificultosamente en su boca. Miró los muros de basalto que les rodeaban, alzó la voz lo mejor que pudo y exclamó:

-Saludos al amo de este castillo, quienquiera que sea. Nosotros somos Moonglum de

Elwher y Elric de Melniboné y te suplicamos hospitalidad, pues nos hemos perdido en tus tierras.

En aquel momento, a Elric le fallaron las rodillas y cayó rodando al suelo. Moonglum corrió torpemente hacia él mientras el eco de su voz se apagaba en la estancia. Todo quedó de nuevo en un silencio interrumpido sólo por el crepitar de los troncos en el hogar.

Moonglum arrastró a Elric junto al fuego y le depositó en el suelo cerca de las llamas.

-Calienta aquí tus huesos, amigo Elric. Yo iré a buscar a la gente que vive en este lugar.

Atravesó el salón y ascendió la escalera de piedra que conducía a la siguiente planta del castillo.

Al llegar a ella, la encontró tan desprovista de mobiliario y elementos de decoración como la anterior. Tenía gran número de estancias, pero todas ellas estaban vacías. Moonglum empezó a sentirse inquieto, oliéndose algo sobrenatural en aquel castillo. ¿No sería, tal vez, el de Theleb K'aarna?

Porque allí vivía alguien, sin duda. Alguien tenía que haber encendido el fuego y abierto las puertas para permitirles entrar. Y del castillo no había salido nadie de la forma normal o, de lo contrario, habría advertido las huellas en la nieve del exterior.

Moonglum se detuvo, dio media vuelta y empezó a descender lentamente la escalera. Cuando llegó al salón, vio que Elric se había reanimado lo suficiente como para incorporarse, apoyado en la repisa de la chimenea.

-¿Y... qué... has encontrado...? -consiguió murmurar.

-Nada -Moonglum se encogió de hombros-. No hay criados ni amos. Si han salido de caza, deben montar criaturas aladas porque no existe ninguna huella de pisadas en la nieve del exterior. Debo reconocer que estoy un poco nervioso -añadió con una leve sonrisa-. Sí, nervioso... y un poco hambriento, también. Iré a husmear en la despensa. Si se presenta un peligro, no nos hará ningún mal afrontarlo con el estómago lleno.

A un lado del hogar había una puerta. Probó el picaporte y la hoja se abrió a un pasadizo corto al fondo del cual había otra puerta. Recorrió el pasadizo espada en mano y abrió esta última. Tras ella encontró una sala, desierta como el resto del castillo. Y al otro lado de la sala vio las cocinas. Se internó en ellas y observó que conservaban todos sus útiles, limpios y ordenados pero sin utilizarse. Finalmente, llegó a la despensa, donde encontró la mayor parte de un ciervo colgado de un gancho y numerosos odres y jarras de vino alineadas en el estante superior. Debajo de éste había pan y unas empanadas y, en la repisa inferior, las especias.

Lo primero que hizo Moonglum fue ponerse de puntillas y bajar una jarra de vino. La destapó y husmeó el contenido. No había olido nada más delicado y delicioso en su vida.

Cató el vino y olvidó el cansancio y los dolores. Pero no olvidó que Elric aguardaba aún en el salón.

Utilizó la espada corta para cortar un pedazo de venado y se lo colocó bajo el brazo. Seleccionó algunas especias y las guardó en la bolsa que llevaba al cinto. Se puso pan bajo el otro brazo y con ambas manos levantó una jarra de vino.

Regresó al salón, dejó en el suelo su botín y ayudó a Elric a beber de la jarra. El extraño vino tuvo un efecto casi in- mediato en Elric, quien dirigió a Moonglum una sonrisa cargada de gratitud.

-Eres... un buen amigo... No sé por qué...

Moonglum apartó la cara con un murmullo de turbación y empezó a preparar la carne, que se proponía asar sobre las brasas. Nunca había entendido su amistad con el albino, aquella peculiar mezcla de reserva y afecto, aquel grato equilibrio que ambos hombres cuidaban de mantener, incluso en situaciones como aquélla.

Elric, cuya pasión por Cymoril había causado la muerte de ésta y la destrucción de lo que el albino tanto amaba, temía siempre exhibir la menor muestra de afecto a aquellos a los que amaba.

Había huido de Shaarilla de la Niebla Danzante, que le había amado tanto. Había escapado de la reina Yishana de Jharkor, que le había ofrecido su reino pese al odio que sus súbditos sentían por él. Desdeñaba la compañía de la mayoría de humanos salvo la de Moonglum, y también éste se cansó pronto de cualquiera que no fuese el príncipe de Imrryr, el de los ojos carmesíes. Moonglum estaba dispuesto a morir por Elric y sabía que éste arrostraría cualquier peligro por salvar a su amigo. Sin embargo, ¿no era la suya una amistad malsana? ¿No habría sido mejor si cada cual hubiera echado por su camino? Moonglum no podía soportar tal pensamiento. Era como si los dos fueran parte de una misma entidad, aspectos diferentes de la personalidad de un mismo hombre.

No comprendía por qué sentía aquello y suponía que, si Elric había pensado alguna vez en el asunto, también se habría visto en un apuro para dar con una respuesta.

Moonglum meditó todas estas cosas mientras asaba la carne ante el fuego, utilizando la espada larga como espetón.

Mientras, Elric tomó otro trago de vino y empezó a entrar en calor casi visiblemente. Aún tenía la piel llagada de sabañones, pero ninguno de los dos había padecido congelaciones graves.

Dieron cuenta del venado en silencio, sin dejar de echar vistazos al salón. Les desconcertaba la misteriosa ausencia del amo del castillo, pero estaban demasiado cansados para preocuparse demasiado por ello.

Después de alimentar el fuego con nuevos troncos, se echaron a dormir y por la mañana estaban casi totalmente recuperados de su penosa experiencia en la estepa nevada.

Desayunaron venado frío, empanada y vino.

Moonglum buscó un cazo y calentó agua para lavarse y afeitarse, y Elric encontró en la bolsa un ungüento que se aplicaron en las quemaduras producidas por el frío.

-He echado una ojeada a los establos -dijo Moonglum mientras se afeitaba con una navaja que había sacado de la bolsa-, pero no he encontrado ningún caballo. Sin embargo, hay señales de que no hace mucho se han cobijado ahí algunos animales.

-Sólo existe otro medio de viajar por estas tierras -apuntó Elric-. En algún lugar del castillo debe haber unos esquís, pues las nieves cubren la estepa más de la mitad del año y es lógico que sus moradores los utilicen. Con unos esquís, nuestro regreso hacia Iosaz sería más rápido. Y también nos serían de gran ayuda un mapa y una piedra imán, si pudiéramos encontrarlos.

Moonglum asintió. Terminó de afeitarse, secó la cuchilla y la guardó de nuevo en la bolsa.

-Iré a buscar esas cosas a los pisos superiores -dijo a continuación.

-Te acompaño-respondió Elric. Atravesaron juntos una estancia tras otra. Todas estaban vacías y no encontraron nada en ellas.

-El castillo está absolutamente desierto -murmuró Elric con el ceño fruncido-. Y, sin embargo, tengo la profunda sensación de que el lugar está habitado. Incluso tenemos pruebas de ello, por supuesto.

Recorrieron dos plantas más sin encontrar en las habitaciones otra cosa que polvo.

-Bueno, tal vez tengamos que caminar, después de todo -murmuró Moonglum con resignación-. A menos que encontremos unas planchas de madera adecuadas para improvisar unos esquís. Creo que vi unas en los establos...

Habían llegado a una angosta escalera que subía en espiral hasta la torre más alta del castillo.

-Probemos ahí arriba antes de dar por fracasada la búsqueda -dijo Elric.

Subieron, pues, los escalones de piedra y llegaron ante una puerta entreabierta. Elric la abrió de par en par y titubeó antes de entrar.

-¿Qué sucede? -preguntó Moonglum, que ascendía detrás de él.

-La habitación está amueblada -comentó Elric en voz baja.

Moonglum subió los dos últimos peldaños y echó un vistazo.

- ¡Y ocupada! -exclamó, sobresaltado.

Era una estancia deliciosa. Por sus ventanas acristaladas se filtraba una luz pálida que bañaba las colgaduras de seda multicolor de las paredes, los tapices y las alfombras, con unos tonos tan luminosos como si los hubieran terminado de tejer hacía apenas un instante.

En el centro de la habitación había una cama engalanada de armiño, con un dosel de seda blanca.

Y en el lecho yacía una muchacha.

Tenía el cabello negro y brillante. Vestía una túnica de un intenso color escarlata. Sus brazos eran de marfil teñido de rosa y tenía unas facciones hermosísimas, con los labios ligeramente entreabiertos.

La muchacha estaba dormida.

Elric dio dos pasos hacia la figura yacente y se detuvo. Con un súbito estremecimiento, apartó la vista de la muchacha.

Moonglum se alarmó al ver unas lágrimas brillantes en los ojos carmesíes del albino.

-¿Qué sucede, amigo Elric?

Éste movió sus labios pálidos pero no logró articular palabra. Una especie de gemido surgió de su garganta.

-Elric...

Moonglum puso su mano en el brazo del albino pero éste se la sacudió de encima.

Poco a poco, Elric volvió de nuevo la mirada hacia el lecho, como si se obligara a resistir una visión insoportablemente aterradora. Exhaló un profundo suspiro, enderezó la espalda y descansó la mano izquierda en la empuñadura de su espada mágica.

-Moonglum... -logró murmurar con gran esfuerzo. Su acompañante observó a la mujer del lecho y contempló a Elric. ¿Acaso la conocía?

-Moonglum... el sueño de esa mujer es obra de un hechizo...

-¿Cómo lo sabes?

-Es..., es un sopor parecido al que mi primo Yyrkoon indujo en mi Cymoril...

- ¡Por los dioses! ¿Crees que...?

-No creo nada.

-Pero esa muchacha no es...

-... no es Cymoril, lo sé. Yo... Se le parece mucho, sí... pero también es distinta... Es sólo que no me esperaba...

Elric hundió la cabeza y, cuando volvió a hablar, lo hizo con voz muy baja.

-Vamos. Marchémonos de aquí.

-Pero ella debe ser la propietaria del castillo. Si la despertáramos, tal vez podría...

-Te digo que nosotros no podemos despertarla, Moonglum -Elric exhaló otro profundo suspiro-. Está sumida en un sueño encantado. Yo, pese a todos mis poderes de brujo, fui incapaz de despertar de él a Cymoril. Es imposible hacer nada, a menos que uno tenga ciertos medios mágicos, cierto conocimiento del hechizo exacto que se ha utilizado. De prisa, Moonglum, dejemos este lugar.

En la voz de Elric había un tono de urgencia que causó un escalofrío a su compañero.

-Pero...

- ¡Entonces, me marcharé solo!

Elric abandonó la estancia de la torre casi a la carrera y Moonglum escuchó sus pisadas resonando apresuradas escalera abajo.

Se acercó de nuevo a la durmiente y admiró su belleza.

Tocó su piel y la encontró anormalmente fría. Se encogió de hombros y se dispuso a abandonar la cámara. Sólo se detuvo un instante al advertir que en una de las paredes de la estancia, detrás de la cama, había diversos escudos y armas de antiguos combates. Extraños trofeos los escogidos por la muchacha para decorar su dormitorio, se dijo. Bajo los trofeos vio una mesa de madera tallada sobre la cual había varios objetos. Anduvo la distancia que le separaba de ella y le llenó una extraña sensación al advertir que se trataba de un mapa en el que venía señalado el castillo y también el río Zaphra-Trepek.

Sujetando el mapa a la mesa como pisapapeles había una piedra imán montada en plata y engarzada en una larga cadena de plata.

Tomó el mapa en una mano, la piedra en la otra, y salió apresuradamente de la estancia.

- ¡Elric! ¡Elric!

Descendió corriendo la escalera y llegó al salón de la planta baja. Elric se había marchado y la puerta del salón estaba abierta.

Moonglum siguió al albino dejando atrás el castillo y adentrándose en la nieve.

- ¡Elric!

El albino se volvió con el rostro tenso y la mirada atormentada.

Moonglum le mostró el mapa y la piedra imán.

- ¡Después de todo, estamos salvados! Elric clavó la mirada en la nieve.

-Sí, lo estamos -murmuró.

5
El sueño del príncipe perseguido por la fatalidad

Dos días después, Elric y Moonglum alcanzaron el tramo superior del Zaphra-Trepek y la ciudad mercado de Alorasaz, con sus torres de troncos bellamente tallados y sus hermosas casas de madera.

A Alorasaz acudían los tramperos con sus pieles y los mineros, así como los mercaderes de Iosaz, situada río abajo, e incluso de la ciudad costera de Trepesaz. Era una población alegre y activa con las calles iluminadas y caldeadas por grandes braseros al rojo, colocados en cada esquina y atendidos por unos ciudadanos encargados especialmente de mantenerlos encendidos y calientes. Envueltos en sus gruesas ropas de lana, los hombres saludaron a Elric y Moonglum cuando éstos hicieron su entrada en la ciudad.

Pese a haberse alimentado con la carne y el vino que Moonglum había tenido la previsión de llevar consigo, la andadura a pie por la estepa nevada les había dejado exhaustos.

Se abrieron paso entre la bulliciosa multitud de mujeres de mejillas encendidas y risas alegres y de hombres corpulentos, envueltos en pieles, cuyo aliento formaba nubéculas en el aire y se mezclaba con el humo de los braseros mientras tomaban enormes tragos de sus jarras de cerveza y de sus botas de vino después de cerrar los tratos comerciales con los mercaderes, un poco menos bucólicos, procedentes de otras ciudades más refinadas.

Elric buscaba noticias y sabía que el mejor lugar para encontrarlas sería en las tabernas. Esperó en un rincón a que Moonglum husmeara las mejores posadas de Alorasaz y regresara con una idea de dónde conseguir información.

Cuando Moonglum regresó, condujo al albino a una animada taberna próxima, llena de grandes mesas y bancos de madera, donde se apretaban más comerciantes que discutían alegremente, mostrando sus pieles para poner de relieve su calidad o para burlarse de su falta de ella, según el punto de vista de cada parte.

Moonglum dejó a Elric en el umbral del establecimiento y entró para hablar con el posadero, un hombretón obeso de brillante rostro escarlata.

Elric vio que el posadero se apoyaba sobre el mostrador y escuchaba a Moonglum. Después, el hombre asintió e hizo un gesto con la mano a Elric para que se acercara y le siguiera.

El melnibonés se abrió paso entre la multitud y estuvo a punto de caer al suelo, empujado por un mercader gesticulante que se excusó con grandes alharacas y se ofreció a invitarle a un trago.

-No ha sido nada -murmuró Elric en voz baja, pero el mercader se puso en pie.

-Permitidme, señor, ha sido culpa mía...

Pero, al ver el rostro del albino, el comerciante enmudeció. Por fin, murmuró algo ininteligible y volvió a sentarse, haciendo un comentario irónico a su compañero de mesa.

Elric ascendió tras Moonglum y el posadero unos inseguros peldaños de madera que conducían a un aposento privado, el único que quedaba libre según el dueño del establecimiento.

-Estas habitaciones son siempre bastante caras, durante el mercado de invierno -murmuró el hombre en tono de disculpa.

Moonglum frunció el ceño al ver que, sin decir palabra, Elric entregaba al posadero otro precioso rubí que valía una pequeña fortuna. El hombre contempló la gema detenidamente y soltó una carcajada.

- ¡Esta posada será un montón de ruinas antes de que se acabe vuestro crédito en ella, señor! Os doy las gracias. El comercio debe ser muy provechoso esta temporada, desde luego. Os haré traer viandas y bebida al instante.

-Lo mejor que tengas, posadero -intervino Moonglum, tratando de sacar el mayor provecho de la situación.

-No os preocupéis... Ojalá lo tuviera aún mejor.

Elric tornó asiento en uno de los lechos y se quitó la capa y el cinto de la espada. Aún tenía el frío calado en los huesos.

-¿Por qué no me dejas administrar tus riquezas? -comentó Moonglum mientras se quitaba las botas junto al fuego-. Tal vez nos hagan falta antes de que termine nuestra empresa.

Pero el albino no pareció escucharle.

Después de cenar y de enterarse por el posadero de que dos días más tarde zarparía un barco con rumbo a Iosaz, Elric y Moonglum se acostaron en sus respectivas camas.

Elric tuvo sueños agitados esa noche. Más que de costumbre, los fantasmas salieron a recorrer los oscuros pasadizos de su mente.

Vio a Cymoril lanzar un grito mientras la Espada Negra bebía su espíritu. Vio derrumbarse las torres de Imrryr en llamas. Vio a Yyrkoon, su primo, riéndose burlonamente repantigado en el Trono de Rubí. Vio otras cosas que no podían en modo alguno formar parte de su pasado...

Elric, nunca dispuesto del todo a ser el gobernante del pueblo cruel de Melniboné, había vagado por las tierras de los hombres y sólo había descubierto que tampoco en ellas había lugar para él. Y, mientras él viajaba, Yyrkoon le había usurpado el reino, había tratado de forzar a Cymoril a ser suya y, ante su rechazo, la había sumido en un profundo sopor mágico del cual únicamente Yyrkoon la podía despertar.

El albino continuó soñando que encontraba un nanorion, la gema mística que podía despertar incluso a los muertos. Soñó que Cymoril aún vivía, que seguía dormida y que le colocaba el nanorion en la frente, y que su amada despertaba y le besaba y abandonaba Imrryr con él, surcando los cielos a lomos de Colmillo de Fuego, el gran dragón de batalla de Melniboné, para retirarse a un apacible castillo entre la nieve.

Despertó sobresaltado. Era de madrugada.

Incluso el alboroto de la taberna había remitido. Abrió los ojos y vio a Moonglum profundamente dormido en el lecho contiguo.

Intentó volver a conciliar el sueño, pero le fue imposible. Tuvo la certeza de percibir otra presencia en el aposento. Alargó la mano y empuñó la Tormentosa, dispuesto a defenderse si se le echaba encima algún agresor. Quizá era algún ladrón que había oído comentarios sobre su generosidad para con el posadero.

Escuchó un movimiento en la oscuridad y abrió de nuevo los ojos.

Allí estaba la muchacha, con sus rizos negros y brillantes cayéndole sobre los hombros y la túnica escarlata ceñida en torno a su cuerpo. En sus labios mostraba una sonrisa irónica y sus ojos le miraban con fijeza.

Era la muchacha que había visto en el castillo. La muchacha durmiente. ¿Formaba aquello parte de sus sueños?

-Perdóname por irrumpir así en tu descanso y tu intimidad, mi señor, pero mi asunto es urgente y tengo poco tiempo que perder.

Elric vio que Moonglum seguía dormido, como si estuviera sumido en el sopor de un narcótico. Se incorporó en la cama. La Tormentosa emitió un leve gemido y luego guardó silencio.

-Parece que me conoces, señora mía, pero yo no...

-Me llaman Myshella...

-¿La Emperatriz del Alba? La mujer volvió a sonreír.

-Así me han llamado algunos. Y otros me conocen como la Dama Oscura de Kaneloon.

-¿La amada por Aubec? Entonces, has conservado tu juventud maravillosamente, mi señora Myshella.

-No he hecho nada para ello. Puede que sea inmortal, aunque lo ignoro. Sólo sé una cosa, y es que el Tiempo es un engaño...

-¿Por qué has venido?

-No puedo quedarme mucho tiempo. He venido a pedirte ayuda.

-¿Para qué?

-Creo que tenemos un enemigo en común.

-¿Theleb K'aarna?

-El mismo.

-¿Fue él quien formuló el encantamiento que te sumió en el sueño?

-Sí.

-Y luego envió a las oonai contra mí. Es así como... Myshella levantó una mano.

-Fui yo quien envió a las quimeras a buscarte para que te trajeran a mi lado. No tenían intención de causarte daño y era lo único que podía hacer, pues el hechizo de Theleb K'aarna ya empezaba a surtir efecto. Me he resistido a sus encantamientos, pero son muy poderosos y sólo soy capaz de despertar durante períodos de tiempo muy breves. Este es uno de ellos. Theleb K'aarna ha unido sus fuerzas a las del príncipe Umbda, el señor de las huestes de Kelmain. Sus planes son conquistar Lormyr y, en último término, todo el mundo meridional.

-¿Quién es ese Umbda? No he oído nunca hablar de él ni de las huestes de Kelmain. ¿Acaso se trata de algún noble de Iosaz que...

-El príncipe Umbda es un servidor del Caos. Procede de las tierras situadas más allá del Confín del Mundo y sus guerreros no son en absoluto humanos, aunque tengan el aspecto de tales.

-De modo que Theleb K'aarna estaba en el extremo sur, después de todo...

-Por eso he venido a verte esta noche.

-¿Quieres que te ayude?

-Los dos necesitamos acabar con Theleb K'aarna. Ha sido su magia la que ha permitido al príncipe Umbda cruzar el Confín del Mundo. Y, ahora, esa brujería está fortalecida por lo que aporta Umbda: la amistad del Caos. Yo protejo a Lormyr y sirvo al Caos. Sé que tú también eres un servidor del Caos, pero aun así espero que tu odio por Theleb K'aarna sea más fuerte, por un momento, que esa lealtad.

-El Caos no me ha servido la última vez que lo he invocado, mi señora, de modo que olvidaré con gusto mi lealtad a él. Escojo mi venganza sobre Theleb K'aarna y, si podemos ayudarnos en este empeño, tanto mejor.

-Bien.

La mujer emitió un gemido y apareció en sus ojos una mirada vidriosa.

-Tengo un corcel aguardándote junto a la puerta norte de la ciudad. Te llevará a una isla del mar Hirviente. En esa isla hay un palacio llamado Ashaneloon que ha sido mi hogar hasta que percibí el peligro para Lormyr... -Se llevó la mano a la frente y pareció sufrir un vahído-. Pero Theleb K'aarna pensó que intentaría regresar allí y colocó un guardián ante la puerta del palacio. Ese guardián debe ser destruido. Cuando lo hayas hecho, deberás acudir...

Elric se incorporó para auxiliarla, pero ella le rechazó con un gesto.

-... a la torre oriental, en cuya sala inferior encontrarás un cofre. Verás en él una bolsa de paño de oro. Debes cogerla y llevarla a Kaneloon, pues Umbda y sus kermain marchan ahora sobre el castillo. Con su ayuda, Theleb K'aarna destruirá la fortaleza... y acabará conmigo también. Con esa bolsa, aún sería capaz de derrotarles. Pero reza para que me pueda despertar o, de lo contrario, todo el Sur está perdido y ni siquiera tú podrás enfrentarte con el poder que ejercerá Theleb K'aarna.

-¿Qué hay de Moonglum? -dijo Elric, mirando a su dormido acompañante-. ¿Puedo llevarle conmigo?

-Será mejor que no. Además, está sometido a un leve encantamiento y no hay tiempo de despertarle... -Lanzó un nuevo gemido y cruzó ambos brazos sobre la frente-. No hay tiempo...

Elric saltó del lecho y empezó a ponerse los calzones. Cogió la capa del taburete donde la había dejado y se ciñó el cinto del que colgaba la espada mágica. Luego se acercó a Myshella para ayudarla, pero ella repitió su gesto de negativa.

-No... Vete ya, te lo ruego...

Y, tras esto, la imagen de la mujer se desvaneció.

Aún medio dormido, Elric abrió la puerta de par en par y corrió escalera abajo, adentrándose en la noche a toda prisa en dirección a la puerta norte de Alorasaz. Dejó atrás la

entrada a la ciudad y continuó corriendo por la nieve, volviendo la vista a un lado y a otro. Pronto se encontró con la nieve hasta las rodillas. El frío le invadió como una súbita oleada. Continuó adelante, sin dejar de mirar a su alrededor, hasta que, de pronto, se quedó paralizado.

Al ver la montura que Myshella le había proporcionado, lanzó una exclamación de asombro.

-¿Qué es esto? ¿Otra quimera? Y se acercó con cautela.

6
La voz del ave enjoyada

Era un ave, pero no de carne y hueso.

Era un ave de plata y oro y cobre, que batió las alas al ver que se acercaba y movió con impaciencia las garras de sus patas, volviendo hacia el albino las esmeraldas de sus fríos ojos.

En el lomo de la bestia fabulosa había una silla de montar de ónice tallado, repujado de cobre y oro, aguardando que Elric la ocupara.

-Bien -se dijo Elric-, me lancé a este asunto sin hacerme preguntas y puedo terminarlo de la misma manera.

Se acercó, pues, al ave y montó a su lomo y se aposentó en la silla con cierta prevención.

Las alas de oro y plata batieron el aire con el sonido de mil platillos musicales y, con tres movimientos, alzaron al ave de metal y a su jinete en el cielo nocturno sobre las casas de Alorasaz. Entonces volvió su brillante cabeza sobre el cuello de cobre y abrió el pico curvo de acero engastado de piedras preciosas.

-Bien, señor, tengo orden de llevarte a Ashaneloon.

-Donde tú gustes -respondió Elric con un gesto de su pálida mano-. Estoy a merced tuya y de tu dueña.

El ave batió entonces las alas con más fuerza y Elric se sintió aplastado hacia atrás. Su fabulosa montura adquirió velocidad y surcó la noche helada sobre llanuras nevadas, sobre montes y ríos, hasta avistar la costa y sobrevolar el mar occidental que recibía el nombre de Mar Hirviente.

El ave de plata y oro inició un descenso en la oscuridad y Elric notó de pronto un calor húmedo en el rostro y las manos. Escuchó un extraño barboteo y supo que estaban volando sobre aquel extraño mar que, se decía, estaba alimentado por volcanes que se abrían bajo su superficie; un mar por el cual no navegaba ningún barco.

El vapor les envolvió con un calor casi insoportable pero, a través de él, Elric empezó a distinguir la silueta de una masa de tierra, una pequeña isla rocosa sobre la que se alzaba un único edificio de esbeltas torres, atalayas y bóvedas.

-Es el palacio de Ashaneloon -anunció el ave de plata y oro-. Me posaré entre las almenas, señor, pero ese ser con el que te has de enfrentar antes de cumplir tu encargo me da miedo, de modo que esperaré en otra parte. Luego, si vives, volveré para llevarte a Kaneloon. Y, si mueres, regresaré junto a mi ama para contarle tu fracaso.

Batiendo las alas, el ave descendió sobre las almenas y Elric se dio cuenta de que no tendría la ventaja de la sorpresa sobre el enigmático ser que tanto asustaba a su corcel.

Pasó una pierna por encima de la silla, hizo una pausa y, a continuación, saltó al tejado plano.

El ave se apresuró a remontar el vuelo en el cielo nocturno.

Elric estaba solo.

Todo estaba en silencio, salvo el batir de las cálidas olas en la costa lejana.

Localizó la torre oriental y empezó a avanzar hacia la puerta. Tal vez tuviera ocasión de completar su trabajo sin necesidad de enfrentarse al guardián del palacio.

Pero en ese instante, un rugido monstruoso resonó tras él y se dio media vuelta, consciente de que allí debía estar el guardián. Frente a él vio una extraña criatura cuyos ojos enrojecidos transmitían una insensata malicia.

-De modo que tú eres el esclavo de Theleb K'aarna... -dijo Elric. Hizo el gesto de empuñar la Tormentosa y la espada pareció saltar a su mano por propia voluntad-. ¿Tendré que matarte, o prefieres dejarme paso?

La criatura rugió de nuevo, pero no se movió.

-Soy Elric de Melniboné, el último de una estirpe de grandes reyes hechiceros -proclamó el albino-. La espada que empuño hará más que matarte, amigo demonio. Absorberá tu alma y me alimentará con ella. ¿No has oído hablar de mí bajo otro nombre, el de Ladrón de Almas?

La criatura agitó su cola aserrada como si fuera un látigo y distendió sus ollares bovinos. La cabeza cornuda se movió a un lado y a otro sobre el cuello corto y recio y unos grandes dientes brillaron en la oscuridad. El guardián extendió sus zarpas escamosas y empezó a avanzar lentamente hacia el Príncipe de las Ruinas.

Elric tomó la espada con ambas manos, asentó convenientemente los pies sobre las losas del piso y se dispuso a repeler el ataque del monstruo. Un aliento hediondo golpeó su rostro y, con un nuevo rugido, el guardián se abalanzó sobre él.

La Tormentosa lanzó un aullido y bañó de un fulgor negro a los dos contendientes. Las palabras mágicas grabadas en la hoja resplandecieron con un fulgor codicioso mientras el ser infernal descargaba sus zarpas sobre el cuerpo de Elric, desgarrándole la camisa y dejando su pecho al descubierto.

La espada descendió.

El demonio lanzó un rugido cuando el filo golpeó las escamas de su hombro, sin penetrar en ellas. Saltó a un lado y atacó de nuevo. Elric esquivó el golpe, pero no pudo evitar un leve arañazo que le hizo sangrar desde el codo hasta la muñeca.

La Tormentosa golpeó por segunda vez y dio en el hocico del guardián, que lanzó un chillido y atacó de nuevo. Sus zarpas volvieron a encontrar el cuerpo de Elric causándole una herida superficial que bañó de sangre su pecho.

Elric se tambaleó hacia atrás, perdiendo el equilibrio. Estuvo a punto de caer al suelo, pero logró recuperarse y se defendió como mejor supo. Las garras le buscaban como cuchillas, pero la Tormentosa las mantuvo a distancia.

El albino empezó a jadear. El sudor le corría por la cara y se sintió invadir por la desesperación, pero muy pronto esa desesperación tomó un aire distinto y apareció un extraño fulgor en sus ojos y una sonrisa desquiciada en sus labios.

- ¡Te voy a enseñar que yo soy Elric! -gritó-. ¡Elric! Sin prestarle atención, el guardián atacó una vez más.

- ¡Yo soy Elric, más demonio que hombre! ¡Muere, pues, criatura informe!

Con un estentóreo rugido, el monstruo atacó y esta vez Elric no retrocedió sino que, con una espantosa mueca de rabia en el rostro, cambió el gesto con el que empuñaba la espada y lanzó una estocada directa a las fauces abiertas del diabólico guardián.

Y hundió la Espada Negra en aquella garganta hedionda, hasta el torso.

Y movió la hoja en las entrañas de la criatura destrozándole boca, cuello, pecho y vientre, hasta que su fuerza vital empezó a fluir por el negro metal de la espada mágica. El monstruo lanzó un nuevo zarpazo, pero ya empezaba a debilitarse.

En ese instante, la fuerza vital que latía en la hoja alcanzó a Elric y éste lanzó una exclamación, un grito de puro éxtasis, mientras su ser se impregnaba de la energía de la criatura. Extrajo la espada y descargó un golpe tras otro sobre el cuerpo y, con cada herida, una nueva dosis de energía vital fluyó a su interior y dio renovada fuerza a sus mandobles. El monstruo, con un último jadeo, cayó sobre las losas.

Todo había terminado.

Con sus ojos carmesíes encendidos y sus pálidos labios muy abiertos, el demonio de lívidas facciones permaneció plantado ante los restos de la criatura y lanzó una ronca y salvaje carcajada, alzando los brazos hacia el firmamento. La espada mágica ardió con una llama negra y espantosa y entonó un cántico exultante, agudo y sin palabras, en honor del Señor del Caos.

Después, de pronto, se hizo el silencio.

Y el demonio albino inclinó entonces la cabeza y se echó a llorar.

Elric abrió la puerta de la torre oriental y avanzó a tientas en una completa oscuridad hasta alcanzar la sala inferior. La puerta de acceso estaba cerrada con llave y atrancada, pero el filo de la Tormentosa la hizo astillas y el Ultimo Señor de Melniboné penetró en una estancia iluminada en cuyo centro encontró un cofre de hierro.

La espada cortó las bandas que cerraban el arcón y Elric abrió la tapa y vio que contenía muchas cosas maravillosas además de la bolsa hecha de tela de oro, pero solamente tomó ésta y se la ató al cinto. Después, salió apresuradamente de la sala y corrió a las almenas, donde encontró al ave de plata y oro hurgando con su pico de acero los restos del servidor de Theleb K'aarna.

El ave alzó la cabeza cuando Elric hizo acto de presencia. En sus ojos había una expresión casi humorística.

-Bien, señor, debemos darnos prisa en acudir a Kaneloon.

-Sí.

Elric empezó a sentir náuseas cuando, con aire lúgubre, contempló el cuerpo del monstruoso guardián y pensó en lo que le había robado. La fuerza vital de la criatura, fuera la que fuese, debía estar corrompida, contaminada. ¿No había absorbido parte de la maldad de aquel demonio cuando su espada mágica se había apoderado de su alma?

Se disponía a montar de nuevo en la silla de ónice cuando vio algo brillante en el

amasijo de entrañas negras y amarillentas que acababa de esparcir. Era el corazón de la criatura, una piedra de forma irregular veteada de azul marino, púrpura y verde. Aún latía, pese a que su propietario había muerto.

Elric se agachó y lo levantó. Estaba húmedo y tan caliente que casi le quemó los dedos, pero lo introdujo en su bolsa antes de subir a lomos del ave de plata y oro.

Por su rostro blanco como el marfil cruzó una decena de emociones extrañas mientras el ave le transportaba de nuevo sobre el mar Hirviente. Los cabellos lechosos se agitaban furiosamente a su espalda y era insensible a las heridas del pecho y el brazo.

Sus pensamientos estaban en otras cosas. Algunas pertenecían al pasado y otras al futuro. Por dos veces, soltó una amarga carcajada y sus ojos se llenaron de lágrimas. Una sola vez abrió la boca, y fue para exclamar:

- ¡ Ah, qué agonía es esta Vida!

7
La risa del Hechicero Negro

Alcanzaron Kaneloon al romper el alba y desde la distancia Elric vio un ejército enorme que cubría la nieve y tuvo la certeza de que se trataba de las huestes de Kelmain, conducidas por Theleb K'aarna y el príncipe Umbda y dispuestas al asalto del castillo solitario.

El ave de plata y oro se posó en la nieve frente a la entrada del castillo y Elric desmontó. De inmediato, el ave fabulosa remontó el vuelo y desapareció de la vista.

Esta vez, la gran puerta del castillo de Kaneloon estaba cerrada y Elric envolvió su torso desnudo en los restos de la capa hecha jirones y llamó con los puños al tiempo que forzaba a sus labios resecos a lanzar un grito.

- ¡Myshella! ¡Myshella! No hubo respuesta.

- ¡Myshella! ¡He vuelto con lo que necesitas!

Tuvo miedo de que la mujer hubiera caído de nuevo en su sopor hechizado. Miró hacia el sur y comprobó que la oscura marea estaba un poco más cerca del castillo.

- ¡Myshella!

Entonces escuchó que se retiraba la tranca de la puerta y ésta se abría con un chirrido y allí estaba Moonglum, con rostro de sobresalto y un sentimiento inexpresable en la mirada.

- ¡Moonglum! ¿Cómo has llegado aquí?

-No lo sé, Elric. -Moonglum se apartó a un lado para que Elric pudiera entrar. Luego, volvió a atrancar la puerta-. Anoche estaba acostado cuando se presentó ante mí una mujer, la misma que encontramos dormida en este castillo, y me dijo que debía ir con ella. Y de algún modo lo hice, pero no sé cómo, Elric. No logro averiguarlo.

-¿Dónde está ahora esa mujer?

-Donde la encontramos. Duerme y no hay modo de despertarla.

Elric exhaló un profundo suspiro y le contó, en breves palabras, lo que sabía de Myshella y del ejército que marchaba sobre el castillo de Kaneloon.

-¿Sabes qué contiene la bolsa? -inquirió Moonglum. Elric movió la cabeza en gesto de negativa y abrió la bolsa de paño de oro para investigar su interior.

-Parece que sólo contiene un polvo rosado. Sin embargo, debe ser alguna poderosa poción mágica si Myshella cree que con ella puede derrotar a todas las huestes de Kelmain.

Moonglum frunció el ceño y replicó:

-Sin embargo, supongo que Myshella tendría que realizar el hechizo ella misma, si es la única que sabe cómo utilizar ese polvo.

-En efecto.

-Y Theleb K'aarna la tiene sometida a un encantamiento.

-Sí.

-Y ya es demasiado tarde para hacer nada, pues ese tal Umbda, sea quien sea, ya se aproxima al castillo.

-Tienes razón -replicó Elric. Su mano temblaba cuando sacó de la bolsa que llevaba al cinto el objeto que había arrebatado al guardián demoníaco antes de abandonar el palacio de Ashaneloon-. A menos que esta piedra sea lo que yo imagino.

-¿Qué es?

-Según la leyenda, algunos demonios poseen por corazón estas piedras. -La sostuvo a la luz de modo que los azules, púrpuras y verdes emitieran reflejos tornasolados-. No he visto nunca ninguna, pero creo que era esto lo que busqué una vez para intentar anular el hechizo al que mi primo había sometido a Cymoril. Entonces no logré encontrarlo pero creo que por fin he dado con un nanorion, la piedra de poderes mágicos que, se dice, es capaz de despertar a los muertos... y a los que están en un letargo similar a la muerte.

-De modo que esto es un nanorion. ¿Crees que despertará a Myshella?

-Si hay algo que pueda hacerlo, será esto, pues lo arranqué del propio servidor demoníaco de Theleb K'aarna y ello potenciará sin duda la eficacia de la magia. Vamos.

Elric cruzó el salón y ascendió la escalera hasta la estancia donde Myshella yacía dormida como la había encontrado la primera vez, en el lecho cubierto por un fino dosel y las paredes tachonadas de escudos y armas.

-Ahora entiendo qué significa la decoración de la estancia -comentó Moonglum-. Según la leyenda, éstos son los escudos de todos aquellos que han amado a Myshella y han defendido su causa.

Elric asintió y murmuró, como si hablara consigo mismo:

-Sí. Myshella, la Emperatriz del Alba, siempre fue enemiga de Melniboné.

El albino sostuvo ante sí la piedra pulsante con gesto delicado y extendió los brazos para colocarla en la frente de la mujer.

-No se aprecia nada -comentó Moonglum al cabo de unos instantes-. No veo que se despierte.

-Hay que decir unas palabras mágicas, pero no las recuerdo... -Elric se apretó las sienes con las yemas de los dedos-. No consigo acordarme...

Moonglum se acercó a la ventana y, en tono irónico, apuntó:

-Quizá podamos preguntarle a Theleb K'aarna. Muy pronto le tendremos aquí.

Entonces, Moonglum observó que Elric volvía a tener los ojos bañados en lágrimas, aunque le había vuelto la espalda para ocultárselo. Moonglum carraspeó.

-Tengo asuntos que atender en el piso de abajo -dijo-. Llámame si necesitas mi ayuda.

Tras esto, abandonó la estancia y cerró la puerta, dejando a Elric a solas con la mujer, la cual parecía cada vez más un fantasma espantoso surgido de sus pesadillas más espeluznantes.

El albino dominó su mente febril y trató de disciplinarla, de recordar las imprescindibles palabras mágicas en la Lengua Alta de la antigua Melniboné.

- ¡Dioses, ayudadme! -susurró.

Pero Elric sabía que los Señores del Caos no le prestarían apoyo en aquel asunto en concreto; al contrario, le pondrían trabas si estaba en su mano, pues Myshella, uno de los principales instrumentos del Orden sobre la Tierra, era responsable de la derrota del Caos y de su expulsión del mundo.

Cayó de rodillas al lado de la cama con las manos entrelazadas y el rostro contorsionado por el esfuerzo.

Y, en ese instante, la fórmula del encantamiento volvió a su recuerdo. Con la cabeza hundida todavía, extendió la mano derecha hasta tocar la piedra pulsante al tiempo que posaba la zurda sobre el ombligo de Myshella, e inició un cántico en un antiguo idioma que ya se hablaba antes de que los auténticos seres humanos caminaran sobre la Tierra...

- ¡Elric! -exclamó Moonglum, irrumpiendo en la estancia y arrancando a Elric de su trance-. ¡Nos han invadido, Elric! Sus jinetes de vanguardia...

-¿Qué dices?

-Los jinetes han irrumpido en el castillo. Son una decena, al menos. Les he mantenido a raya y les he cerrado el paso a la torre, pero están haciendo astillas la puerta y pronto la derribarán. Creo que les han mandado para destruir a Myshella si encuentran la ocasión. Les ha sorprendido mucho encontrarme aquí.

Elric se incorporó y contempló a Myshella con detenimiento. Moonglum había penetrado en la estancia cuando Elric terminaba de entonar la invocación por segunda vez, pero la mujer seguía sin mostrar la menor reacción.

-Theleb K'aarna llevó a cabo su encantamiento a distancia, asegurándose de que Myshella no pudiera ofrecerle resistencia -murmuró Moonglum-. Pero no contó con nuestra presencia.

Los dos abandonaron apresuradamente la estancia y descendieron la escalera hasta el lugar donde la puerta temblaba y se astillaba bajo las armas de quienes estaban del otro lado.

-Échate atrás, Moonglum.

Elric desenvainó la espada mágica, que empezó a arrullar cuando el albino la levantó sobre su cabeza y la descargó contra la puerta.

La Tormentosa hendió la madera y, con ella, un par de cráneos de extrañas formas.

El resto de los atacantes retrocedió con gritos de asombro y horror cuando el atacante de pálidas facciones cayó sobre ellos con su enorme espada, que absorbió sus almas entonando su canción extraña y ululante.

Elric les persiguió escalera abajo hasta el salón, donde los asaltantes se agruparon y se prepararon para defenderse de aquel demonio que empuñaba la espada templada en una forja infernal.

Pero Elric lanzó una carcajada y sus adversarios se estremecieron.

Y las armas les temblaron en las manos.

-De modo que vosotros sois los poderosos kelmain -se burló Elric-. No me extraña que necesitéis la ayuda de la magia, si mostráis tal cobardía. ¿No habéis oído hablar, más allá del Confín del Mundo, de Elric el Matador?

Pero los kelmain no entendieron nada de cuanto les decía, lo cual era bastante extraño pues el albino se había dirigido a ellos en la Lengua Común, que conocían todos los humanos.

Los guerreros tenían la piel dorada y las órbitas oculares casi cuadradas. Sus rostros, en conjunto, parecían de roca toscamente tallada, llenos de perfiles angulosos, y sus armaduras no eran redondeadas, sino llenas de aristas.

Elric sonrió, mostrando los dientes, y los kelmain se agruparon todavía más. Entonces, el albino soltó una risotada horripilante y Moonglum retrocedió y apartó la vista de lo que sucedió a continuación.

La espada mágica descargó un golpe tras otro, segando miembros y cabezas. Entre un baño de sangre, la hoja absorbió las almas de los kelmain, cuyos rostros muertos mostraron en sus expresiones que, antes de perder la vida, habían tenido tiempo de conocer la verdad de su terrible destino.

Y la Tormentosa siguió bebiendo almas, pues la sed de la espada mágica era insaciable.

Elric notó que sus débiles venas se hinchaban con renovada energía, superior incluso a la que le había proporcionado horas antes el demonio guardián de Theleb K'aarna.

El salón se estremeció con la desquiciada risa del albino cuando éste pasó sobre los cadáveres amontonados y se plantó en la puerta abierta del castillo, ante la cual aguardaba el gran ejército.

Y, desde allí, pronunció a gritos un nombre:

- ¡Theleb K'aarna! ¡Theleb K'aarna!

Moonglum corrió tras él pidiéndole que parara, pero Elric no le hizo caso y continuó avanzando por la nieve, dejando tras él un reguero de sangre que goteaba de la espada.

Bajo el frío sol, las huestes de Kelmain cabalgaban hacia el castillo de Kaneloon y Elric iba a su encuentro.

Al frente del ejército cabalgaba el tenebroso hechicero de Pan Tang con expresión siniestra, envuelto en ropas anchas y cómodas; a su lado, sobre otro esbelto caballo, venía el general de las huestes de Kelmain, el príncipe Umbda, que lucía una altiva armadura, unas plumas exóticas en el yelmo y una sonrisa triunfal en sus extrañas facciones angulosas.

Tras ellos, las huestes acarreaban un extraño armamento que, pese a sus formas insólitas, parecía poderoso y mucho más contundente que todo cuanto podía oponer Lormyr cuando el enorme ejército cayera sobre el reino de Lormyr.

Cuando la figura solitaria apareció a la puerta del castillo y empezó a avanzar, apartándose de las murallas del castillo de Kaneloon, Theleb K'aarna levantó la mano y detuvo el avance de las huestes. Tiró de las riendas de su montura y soltó una risotada.

- ¡Vaya, si es ese chacal de Melniboné, por todos los Dioses del Caos! ¡Por fin has aceptado a tu amo y has venido a entregarte a mí!

Elric no se detuvo, como si no hubiese oído las palabras del brujo de Pan Tang.

En los ojos del príncipe Umbda apareció un destello de inquietud y se volvió a Theleb K'aarna para comentarle algo en una lengua ininteligible. El hechicero hizo un gesto de desdén y replicó en el mismo idioma.

Pero el albino continuó avanzando por la nieve hacia el grueso del ejército.

- ¡Por Chardros, Elric, detente! -exclamó Theleb K'aarna, cuya montura se agitó nerviosa bajo la silla-. Si vienes a proponer algún pacto, eres un estúpido. Kaneloon y su dueña deben caer para que Lormyr sea nuestra... ¡y lo será, sin ninguna duda!

Ni siquiera entonces se detuvo Elric. Alzó la vista hasta clavar sus ojos ardientes en los del hechicero y apareció en sus pálidos labios una sonrisa serena y fría.

Theleb K'aarna trató de sostener la mirada de Elric pero no pudo. Cuando habló de nuevo, lo hizo con voz temblorosa.

- ¡No puedes derrotar tú solo a todas las huestes de Kelmain!

-No tengo ningún deseo de hacerlo, brujo. Lo único que me interesa es acabar contigo.

- ¡Pues no vas a conseguirlo! -replicó su adversario con una mueca de rabia-. ¡A mí, hombres de Kelmain! ¡Reducidle!

Dio media vuelta a su caballo y se refugió tras la protección de las filas de guerreros, a los que dio órdenes en su incomprensible idioma.

En ese instante salió del castillo otra figura que corrió a unirse a Elric. Era Moonglum de Elwher, que avanzaba con una espada en cada mano. Elric se volvió a medias hacia él.

- ¡Elric! ¡Moriremos juntos! -gritó Moonglum.

- ¡Vuelve atrás, Moonglum! Moonglum titubeó al oírle. Elric insistió:

- ¡Vuelve atrás, si me estimas!

A regañadientes, Moonglum retrocedió hasta el castillo.

Los jinetes de Kelmain se lanzaron hacia adelante con sus espadas rectas de hoja ancha levantadas al cielo y rodearon al albino en un abrir y cerrar de ojos, amenazadores, con la esperanza de que Elric dejara caer la espada y se rindiera.

Pero Elric lanzó una sonrisa y la Tormentosa empezó a cantar. El melnibonés asió la espada con ambas manos, dobló los codos y, de repente, alzó la hoja paralela al suelo delante de él.

Entonces empezó a girar sobre sí mismo como una bailarina tarkeshita, una y otra vez, y fue como si la espada le obligara a seguir girando cada vez más de prisa mientras rajaba, derribaba y decapitaba a los jinetes de Kelmain.

Éstos retrocedieron por un instante, dejando un montón de sus camaradas muertos alrededor del albino, pero el príncipe Umbela, tras una apresurada conferencia con Theleb K'aarna, les incitó a cargar de nuevo contra Elric.

Y éste volvió a mover la espada, pero esta vez no perecieron bajo su filo tantos kelmain como en la primera.

Los cuerpos protegidos con armaduras cayeron sobre las corazas de los muertos en el primer asalto, nuevos regueros de sangre se mezclaron con los anteriores, los caballos arrastraron por la nieve cadáveres enganchados a sus estribos y Elric continuó sin caer, pero algo raro empezaba a sucederle.

Y, al fin, su mente desquiciada empezó a comprender que, por alguna razón, la espada se sentía saciada. La energía seguía latiendo en su negra hoja, pero ya no se transmitía al brazo de su dueño y la fuerza que proporcionaba a éste empezaba a desvanecerse.

- ¡Maldición! ¡Tormentosa, dame tu poder!

Las espadas siguieron descargando golpes sobre él y la negra hoja de metal continuó luchando, parando y dando estocadas.

- ¡Más poder!

Elric seguía más fuerte de lo normal en él y mucho más que cualquier hombre corriente, pero parte de su furia incontenible le estaba abandonando y se sintió casi desconcertado mientras el río de guerreros kelmain seguía fluyendo hacia él incesantemente. Empezaba a despertar de su sueño de sangre.

Sacudió la cabeza y aspiró profundamente. Le dolía la espalda.

- ¡Dame tu fuerza, Espada Negra!

Hirió piernas, brazos, pechos y rostros hasta quedar bañado de pies a cabeza en la sangre de los atacantes.

Pero ahora los muertos le molestaban más que los vivos, porque el campo nevado estaba ahora cubierto de cadáveres por todas partes y en más de un momento estuvo a punto de caer de bruces por su culpa.

-¿Qué te aflige, espada mágica? ¿Te niegas a ayudarme? ¿Te niegas a combatir a estos seres porque, como tú, son criaturas del Caos?

No, no podía ser eso. Lo único que sucedía era que la espada ya no deseaba más vitalidad y, por tanto, no se la transmitía tampoco al brazo que la empuñaba.

Continuó luchando una hora más antes de que el vigor con que empuñaba la Tormentosa se debilitara y uno de los jinetes, medio loco de terror, le descargara en la cabeza un golpe que no le hundió el cráneo, pero le dejó aturdido y le hizo caer sobre los cuerpos sin vida. Elric trató de incorporarse, pero recibió un nuevo impacto y perdió el sentido.

8
Vocerío entre las huestes del Caos

- ¡Era más de lo que esperaba, pero hemos conseguido capturarle con vida! -murmuró con satisfacción Theleb K'aarna.

Elric abrió los ojos y observó con odio al hechicero, que se mesaba su negra barba bifurcada como para consolarse.

El albino apenas se acordaba de los acontecimientos que le habían conducido hasta allí y le habían dejado a merced del brujo. Recordaba mucha sangre, muchas risas, muchas muertes, pero todas las imágenes se desvanecían, como la memoria de un sueño.

-Bien, renegado, tu estupidez es increíble. Había pensado que tenías un ejército detrás de ti, pero sin duda ha sido el miedo lo que ha desequilibrado tu pobre mente. Con todo, no quiero especular sobre la causa de mi buena fortuna. Me interesa más saber que puedo cerrar un buen negocio con los moradores de otros planos si les ofrezco tu alma. Tu cuerpo me lo reservo para mí... para enseñarle a la reina Yishana lo que le he hecho a su amante antes de...

Elric soltó una breve carcajada y miró a su alrededor, haciendo caso omiso de Theleb K'aarna.

Los kelmain aguardaban órdenes. Aún no habían marchado sobre Kaneloon. El sol estaba muy bajo en el firmamento. Advirtió tras de sí el montón de cadáveres y, al ver el odio y el temor en el rostro de los guerreros de piel dorada, se rió de nuevo.

-Yo no amo a Yishana -respondió en tono distante, como si apenas fuera consciente de la presencia de Theleb K'aarna-. Es tu corazón celoso el que te mueve a pensar tal cosa. He dejado el lado de Yishana para venir en tu busca. ¡Ten presente esto, hechicero: no es nunca el amor lo que mueve a Elric de Melniboné, sino el odio!

-No te creo -replicó Theleb K'aarna, riéndose entre dientes-. Cuando el Sur entero haya caído en mis manos y en las de mis camaradas, iré a cortejar a Yishana y le ofreceré hacerla reina de todo el Occidente, además del Sur. ¡Con nuestras fuerzas unidas, dominaremos la Tierra!

-Las gentes de Pan Tang siempre habéis sido un pueblo inseguro, tramando siempre una conquista por el mero hecho de llevarla a cabo, buscando en todo instante destruir el equilibrio de los Reinos Jóvenes.

-Un día -se burló Theleb K'aarna- Pan Tang tendrá un reino a cuyo lado el Brillante Imperio no será más que un ascua mortecina en el fuego de la historia. Pero no es por la gloria de Pan Tang que hago todo esto...

-¿Es por Yishana? ¡Por todos los dioses, hechicero, entonces me alegro de que me mueva el odio, y no el amor, pues no hago ni la mitad de daño que, al parecer, causan los enamorados...!

- ¡Pondré el Sur a los pies de Yishana para que use de él como le plazca!

-Todo esto me aburre. ¿Qué te propones hacer conmigo?

-En primer lugar, torturaré tu cuerpo. Lo maltrataré con suavidad al principio, aumentando el dolor progresivamente, hasta que te tenga en el estado mental adecuado.

Entonces me pondré en contacto con los Señores de los Planos Superiores para ver cuál de ellos me ofrece más por tu alma.

-¿Y qué harás con Kaneloon?

-Las huestes de Kelmain se ocuparán del castillo. Ahora basta con un cuchillo para degollar a Myshella mientras duerme.

-Myshella está protegida.

Theleb K'aarna frunció el ceño al oírle. Después, carraspeó y volvió a reírse.

-Sí, pero la puerta caerá muy pronto y tu amigo el pelirrojo morirá al mismo tiempo que Myshella.

El brujo de Pan Tang se pasó los dedos por los rizos grasientos de su cabello.

-A petición del príncipe Umbda, he concedido un descanso a las huestes de Kelmain antes del asalto al castillo. Pero Kaneloon arderá al caer la noche, puedes estar seguro.

Elric miró hacia el castillo, más allá de la nieve pisoteada. Era evidente que sus palabras mágicas no habían podido contrarrestar el hechizo de Theleb K'aarna.

-Me gustaría... -empezó a decir, pero se interrumpió.

Acababa de ver un destello de plata y oro entre las almenas y un pensamiento aún sin formar había penetrado en su cerebro y le había hecho vacilar.

-¿Qué? -preguntó Theleb K'aarna con aspereza.

-Nada. Sólo me preguntaba dónde está mi espada.

-Lejos de tu alcance, estúpido -replicó el hechicero encogiéndose de hombros-. La hemos dejado donde la has abandonado. Esa maloliente espada infernal no tiene ninguna utilidad para nosotros. Y tampoco para ti, ahora que...

Elric se preguntó qué sucedería si hacía un llamamiento directo a la espada. No podía ir a empuñarla puesto que Theleb K'aarna le tenía atado con cuerdas de seda, pero tal vez si la llamaba...

Se puso en pie.

-¿Acaso buscas el modo de huir, Lobo Blanco? -^dijo Theleb K'aarna, mirándole con aire nervioso. Elric sonrió de nuevo.

-Sólo buscaba una buena posición para contemplar la inminente conquista de Kaneloon.

El hechicero sacó una daga curva.

Elric se meció de un lado a otro con los ojos entrecerrados y empezó a murmurar un nombre a media voz.

Theleb K'aarna saltó hacia adelante y rodeó con un brazo la cabeza del albino al tiempo que llevaba la daga bajo la nuez de su cuello.

- ¡Silencio, chacal!

Pero Elric sabía que, por desesperado que fuera lo que se proponía, no tenía otro medio de procurarse la salvación y murmuró de nuevo las palabras, rogando que la sed de una venganza lenta de Theleb K'aarna hiciera titubear a éste antes de matarle.

El hechicero masculló una maldición, tratando de forzar a Elric a abrir la boca.

- ¡Lo primero que voy a hacer es cortarte esa maldita lengua!

Elric le mordió la mano, notó el sabor de la sangre de su adversario y escupió al instante. Theleb K'aarna lanzó un grito.

- ¡Por Chardros, si no deseara tanto verte agonizar durante meses, ahora mismo te...!

Y en ese instante surgió un vocerío entre las huestes de Kermain.

Fue un murmullo de sorpresa que salía de todas las gargantas. Theleb K'aarna se volvió y entre sus dientes escapó un siseo. Un objeto se desplazaba por el aire sombrío. Era la Tormentosa.

Elric la había llamado.

Y, al verla, el albino gritó:

- ¡Tormentosa! ¡A mí!

Theleb K'aarna empujó a Elric en la trayectoria de la espada y corrió a refugiarse entre las filas prietas de guerreros kelmain.

- ¡Tormentosa!

La espada negra flotó en el aire cerca de Elric. Un nuevo grito surgió entre los kelmain. Otra forma había abandonado las almenas del castillo de Kaneloon.

- ¡Príncipe Umbda! -gritó Theleb K'aarna con voz histérica-. ¡Prepara a tus hombres para el ataque! ¡Presiento un peligro!

Umbda no entendió las palabras del hechicero y éste tuvo que traducirlas.

- ¡No permitáis que la espada llegue a sus manos! -volvió a gritar.

Repitió la orden en el idioma de las huestes de Kelmain y varios guerreros se adelantaron para asir la espada mágica antes de que pudiera alcanzarla su amo albino.

Pero la espada golpeó como una centella y los kelmain murieron y ninguno más se atrevió a acercarse después de ello. Poco a poco, la Tormentosa avanzó hacia su dueño.

- ¡Ah, Elric! -exclamó Theleb K'aarna-. ¡Si escapas a este día, juro que te encontraré!

- ¡Y si tú escapas de mí - replicó Elric-, seré yo quien te encuentre, Theleb K'aarna! ¡Puedes estar seguro de ello!

La silueta que había abandonado el castillo tenía plumas de plata y oro. Sobrevoló las huestes y planeó unos instantes para dirigirse luego hacia las filas externas de la masa de guerreros. Elric no alcanzaba a distinguirla con claridad, pero sabía de qué se trataba. Había sido su visión lo que le había movido a invocar la espada mágica, porque había imaginado que a lomos del ave gigante de metal cabalgaba Moonglum, y que el elwheriano trataría de rescatarle.

- ¡No dejéis que se pose! ¡Viene a salvar al albino! -gritó el hechicero de Pan Tang.

Pero las huestes de Kelmain no entendieron lo que les decía. Bajo las órdenes del príncipe Umbda, estaban preparándose para el asalto del castillo.

Theleb K'aarna repitió la orden en el idioma de los guerreros, pero se hizo evidente que éstos empezaban a desconfiar de él: los kelmain no veían la necesidad de preocuparse por un hombre solo y una extraña ave de metal. Ni ésta, ni mucho menos el hombre, podían detener sus máquinas de guerra.

-Tormentosa... -susurró Elric cuando la espada cortó las cuerdas que le sujetaban y se instaló suavemente en su mano.

Elric estaba libre pero, aunque no le dieran la misma importancia que Theleb K'aarna, los kelmain no estaban dispuestos a dejarle escapar ahora que la espada estaba en su puño y no moviéndose por su propia voluntad.

El príncipe Umbda gritó una orden y una masa de guerreros corrió al instante hacia Elric, pero el albino no hizo en esta ocasión ningún ademán de atacar porque le interesaba mantener una estrategia defensiva hasta que Moonglum pudiera descender con el ave y ayudarle.

Pero el ave de plata y oro estaba aún más lejos y parecía rodear el perímetro exterior de las huestes sin mostrar el menor interés por su apurada situación.

Elric se preguntó si se habría llevado a engaño.

Paró una decena de golpes obligando a los guerreros kelmain a agruparse, molestándose mutuamente en sus acciones. El ave de plata y oro estaba ahora casi fuera de la vista.

¿Y Theleb K'aarna? ¿Dónde se había ocultado? Elric intentó encontrarle pero, sin duda, debía estar protegido entre las filas de las huestes de Kelmain.

El albino dio muerte a uno de los guerreros de piel dorada, abriéndole la garganta con la punta de la espada mágica, y notó que fluía a su cuerpo una nueva fuerza. Mató a otro kelmain con un movimiento rápido que hirió al guerrero en el hombro. Sin embargo, aquella lucha no iba a conducirle a ninguna parte si Moonglum no acudía en su rescate a lomos del ave de plata y oro.

El ave pareció cambiar de rumbo y regresar hacia Kaneloon. ¿Acaso sólo estaba esperando instrucciones de su dormida dueña? ¿O tal vez se negaba a obedecer las órdenes de Moonglum?

Elric retrocedió sobre la nieve embarrada y ensangrentada de modo que tras él quedó el montón de cadáveres. Continuó luchando, pero con muy escasas esperanzas.

El ave pasó de nuevo a lo lejos, a su derecha.

Elric pensó, con cierta ironía, que se había confundido por completo al interpretar el significado de la aparición del ave sobre las almenas del castillo y que este error no había hecho sino acelerar su muerte..., y también, quizá, las de Myshella y Moonglum.

Kaneloon estaba perdido, igual que Myshella, Lormyr y tal vez todos los Reinos Jóvenes.

Y también él estaba perdido.

En ese preciso momento, una sombra pasó sobre los combatientes y los kelmain lanzaron gritos de pánico y retrocedieron mientras rasgaba el aire un gran estruendo.

Elric alzó la vista con alivio y escuchó el sonido de las alas metálicas del ave batiendo el aire. Buscó a Moonglum en la silla de la fabulosa montura pero descubrió en ella el rostro de Myshella, sobre cuyas facciones tensas se arremolinaba su cabello por efecto de los torbellinos creados por las alas al batir.

- ¡Rápido, Elric, antes de que vuelvan a acercarse!

El albino enfundó la espada mágica y saltó a la silla, donde se acomodó detrás de la hechicera de Kaneloon. De inmediato, remontaron el vuelo otra vez mientras las flechas llovían en torno a sus cabezas y rebotaban en las plumas metálicas.

-Una vuelta más en torno a las huestes de Kelmain y volvernos al castillo -anunció la mujer-. Tu invocación y el nanorion han conseguido romper el hechizo de Theleb K'aarna, aunque han tardado más tiempo del deseado en surtir efecto. Mira, el príncipe Umbda ya está ordenando a sus guerreros que monten para el asalto al castillo. Y Kaneloon sólo tiene a Moonglum como defensor.

-¿A qué viene esa vuelta en torno al ejército de Umbda?

-Ya lo verás. Al menos, espero que así sea.

Tras esto, Myshella empezó a entonar una canción. Era una melodía extraña, inquietante, en una lengua parecida a la Lengua Alta de Melniboné, aunque lo bastante distinta de ella como para que Elric sólo comprendiera algunas palabras aisladas, pues poseía un extraño acento.

Sobrevolaron el campo y Elric vio a los kelmain formados en orden de batalla. Sin duda, Umbda y Theleb K'aarna habían decidido ya el mejor plan de ataque.

A continuación, el ave puso rumbo al castillo y se posó en las almenas para que Elric y Myshella pudieran desmontar. Moonglum acudió corriendo a su encuentro con expresión tensa y los tres se volvieron para observar las huestes de Kelmain.

Y vieron que el ejército se había puesto en marcha.

-¿Qué hacías dando vueltas...? -empezó a preguntar Elric, pero Myshella levantó la mano para interrumpirle.

-Tal vez no he hecho nada. Es posible que la magia no funcione... -murmuró.

-¿Pero qué...?

-Esparcía el contenido de la bolsa que me trajiste. Lo he esparcido en torno a todo el ejército. Observa...

-Y si ese recurso mágico no surte efecto... -murmuró Moonglum. Hizo una pausa, forzando la vista en la penumbra, y añadió-: ¿Qué es eso?

El tono de satisfacción de Myshella sonó casi repulsivo cuando anunció:

-Es el Dogal de Carne.

Entre la nieve estaba brotando una materia rosada que se agitaba y temblaba. Era

enorme, una gran masa que se alzaba por todas partes en torno a los kelmain y hacía que sus caballos se encabritaran y relincharan.

Y que provocó un alarido entre los guerreros.

Aquella masa carnosa continuó creciendo hasta ocultar a la vista todas las huestes de Kelmain. Se escucharon ruidos apresurados de los guerreros que dirigían sus máquinas de guerra contra la muralla de carne con la intención de abrirse paso por la fuerza. Se oyeron gritos y órdenes. Pero ni un solo jinete rompió el cerco del Dogal de Carne.

Luego, la sustancia empezó a doblarse sobre los kelmain y Elric escuchó un sonido como no había oído jamás.

Era una voz.

La voz de cien mil hombres enfrentados con el mismo terror, de cien mil hombres sucumbiendo a una muerte idéntica.

Era un gemido de desesperación, de impotencia, de miedo.

Pero un gemido tan potente que estremeció los muros del castillo de Kaneloon.

-Ésta no es muerte para un guerrero -murmuró Moonglum, volviéndose de espaldas.

-Pero era la única arma de que disponíamos -respondió Myshella-. La he conservado muchos años pero hasta hoy no había sentido necesidad de usarla.

-De todos modos, sólo Theleb K'aarna merecía la muerte -declaró Elric.

Cayó la noche y el Dogal de Carne siguió cerrándose sobre las huestes de Kelmain, aplastándolo todo salvo a unos contados caballos que habían logrado escapar cuando la siembra mágica había empezado a brotar.

Aplastó al príncipe Umbda, que hablaba un idioma desconocido en los Reinos Jóvenes, que no hablaba ninguna lengua conocida por los antiguos y que había venido de más allá del Confín del Mundo con afanes de conquista.

Aplastó a Theleb K'aarna, que había pretendido conquistar el mundo con la ayuda del Caos, y sólo por el amor de una reina caprichosa y perversa.

Aplastó a todos los guerreros de aquella raza casi humana, los kelmain. Y aplastó todo cuanto pudiera haber dado a los observadores el menor indicio de qué eran los kelmain o de dónde habían surgido.

Y, cuando lo hubo aplastado todo, lo absorbió.

Después, empezó a perder consistencia y a disolverse hasta convertirse de nuevo en polvo.

No quedó el menor rastro de carne o huesos, tanto humanos como de animales. Pero sobre la nieve quedaron esparcidas ropas, armas, corazas, máquinas bélicas, monedas, sillas de montar y demás pertrechos, hasta donde alcanzaba la vista.

Myshella asintió para sí.

-Eso era el Dogal de Carne -proclamó-. Te agradezco que me lo trajeras, Elric. Y te agradezco también que encontraras la piedra que me ha permitido revivir. Te doy las gracias por haber salvado Lormyr.

-Sí, me das las gracias... -murmuró Elric.

Una sensación de abatimiento se había adueñado de él y volvió la espalda a la mujer con un escalofrío. La nieve había empezado a caer otra vez.

-No me agradezcas nada, mi señora Myshella. Lo que he hecho ha sido para satisfacer mis propios impulsos siniestros, para saciar mi sed de venganza. He destruido a Theleb K'aarna. Lo demás es accesorio. No me importan Lormyr, los Reinos Jóvenes ni ninguna de tus causas...

Moonglum vio que Myshella mostraba un aire escéptico en los ojos y una leve sonrisa en los labios.

Elric entró en el castillo y empezó a descender la escalera en dirección al salón de la planta inferior.

-Aguarda -le dijo Myshella-. Este castillo es mágico. Refleja los deseos de quien entra en él... si yo quiero. Elric se frotó los ojos.

-Entonces, es evidente que no tenemos ningún deseo. Ahora que Theleb K'aarna está destruido, todos los míos están satisfechos. Voy a abandonar este lugar en seguida, mi señora.

-¿De veras no tienes ninguno? -insistió ella.

El melnibonés la miró abiertamente y frunció el ceño.

-Lamentarse sólo produce debilidad. Las lamentaciones no conducen a nada. El sentimiento es una suerte de enfermedad que ataca los órganos internos y finalmente destruye...

-¿Y tú no tienes deseos? Elric titubeó antes de replicar:

-Ya te entiendo. Reconozco que tu belleza... -Se encogió de hombros y añadió-: Pero ¿estás...?

-No me hagas demasiadas preguntas -dijo ella abriendo las manos-. Te lo repito: este castillo se convierte en lo que más desees y, en su interior, aparece todo lo que más anheles.

A continuación, hizo un gesto. Elric miró a su alrededor, con los ojos muy abiertos, y rompió a gritar. Presa del terror, cayó de rodillas y se volvió hacia Myshella con gesto suplicante.

- ¡No! ¡Por favor, no! ¡Myshella, yo no deseo esto! La mujer se apresuró a hacer un nuevo gesto. Moonglum ayudó a su amigo a ponerse en pie.

-¿Qué era? ¿Qué has visto?

Elric enderezó la espalda, apoyó la mano en la empuñadura de la espada y dijo a Myshella con voz ronca y severa:

-Mi señora, te mataría ahora mismo si no supiera que sólo querías complacerme. -Bajó la mirada y estudió el suelo durante unos segundos antes de añadir-: Entérate bien. Elric no puede tener lo que más desea. El objeto de sus ansias no existe, está muerto, y lo único que le queda a Elric es pena, maldad, odio y sentimiento de culpa. Eso es lo único que merece y lo único que volverá a desear en su vida.

Myshella se llevó las manos a la cara y volvió a entrar en la estancia donde el melnibonés la había encontrado por primera vez. Elric la siguió.

Moonglum se dispuso a ir tras ellos, pero se reprimió de hacerlo y permaneció donde estaba. Les vio entrar en la estancia y cerrar la puerta.

Volvió a las almenas y escrutó la oscuridad. Las alas de plata y oro brillaban a la luz de la luna, haciéndose más pequeñas cada vez hasta desaparecer.

Exhaló un suspiro.

Hacía frío. Volvió al interior del castillo y se sentó con la espalda contra una columna, disponiéndose a dormir.

Un rato después, escuchó unas risas procedentes de la estancia de la torre más alta.

Y la risa le impulsó a echar a correr por los pasadizos, a cruzar el gran salón donde el fuego se había apagado, a dejar atrás la puerta y adentrarse en la noche e ir en busca de los establos, donde podría sentirse más seguro.

Pero esa noche no pudo dormir, porque la risa lejana continuó persiguiéndole.

Y no cesó hasta que llegó el día.

LIBRO SEGUNDO
Una trampa para el Príncipe Pálido

«... pero fue en Nadsokor, la ciudad de los mendigos, donde Elric encontró a un viejo amigo y se enteró de una noticia acerca de un viejo enemigo...»

Crónica de la Espada Negra

1
La corte de los mendigos

Nadsokor, la ciudad de los mendigos, tenía mala reputación en todos los Reinos Jóvenes. Erigida junto a la ribera de aquel río fiero, el Varkalk, y no muy lejos del reino de Org donde se extendía el pavoroso bosque de Troos, Nadsokor expelía un hedor que resultaba sofocante a diez millas de distancia y apenas recibía visitantes.

Desde aquel desagradable lugar partían sus habitantes a mendigar por el mundo y a robar lo que podían, para traerlo de vuelta a Nadsokor, donde la mitad de sus ganancias pasaban a las arcas del rey a cambio de su protección.

El rey de Nadsokor llevaba muchos años en el trono y era llamado Urish, el de los Siete Dedos, porque sólo tenía cuatro dedos en la mano diestra y tres en la zurda. Su rostro, en otro tiempo hermoso, estaba salpicado de llagas y un cabello asqueroso, infestado de piojos, enmarcaba sus facciones enfermizas en las que la edad y la mugre habían trazado un millar de arrugas. En mitad de toda aquella ruina asomaban dos ojos pálidos y brillantes.

Como símbolo de su poder, Urish tenía una enorme hacha llamada Sajacarnes que llevaba siempre al costado. Su trono era de roble negro toscamente tallado y tachonado de oro en bruto, huesos y piedras semipreciosas. Debajo del trono estaba el Tesoro de Urish, un cofre de riquezas que no permitía ver a nadie que no fuera él.

Urish pasaba la mayor parte del día recostado en el trono, presidiendo una sala deprimente y lóbrega donde se congregaba su corte, una chusma de bribones de aspecto y modales demasiado repulsivos para ser tolerados en ningún lugar que no fuera aquél.

Para iluminar la sala y calentarla, permanecían encendidos constantemente unos braseros de desperdicios que despedían un humo aceitoso y un hedor que se imponía a todos los demás de la estancia.

Y ahora había un visitante en la corte de Urish.

El hombre se hallaba ante el estrado sobre el cual estaba instalado el trono y de vez en cuando se llevaba a los labios, encendidos y carnosos, un pañuelo impregnado en un intenso perfume.

Su rostro, habitualmente moreno, tenía un color grisáceo y en sus ojos había un aire torturado, casi fantasmal, mientras su mirada vagaba de los mendigos llenos de mugre a los montones de basura y a los braseros que ardían con luz mortecina. Vestido con las ropas amplias de brocado que llevaba el pueblo de Pan Tang, el visitante tenía ojos negros, nariz ganchuda, cabellos negro azulados y barba rizada. Con el pañuelo ante la boca, hizo una profunda reverencia al llegar ante el trono de Urish.

Como siempre, en la expresión del rey se confundieron la codicia, la debilidad y la malicia mientras observaba al extranjero cuya llegada le había anunciado uno de los cortesanos no hacía mucho.

Urish recordó el nombre y creyó adivinar el motivo que llevaba hasta allí al hombre de Pan Tang.

-Había oído decir que estabas muerto, Theleb K'aarna. Que te habían matado más allá de Lormyr, cerca del Confín del Mundo.

Urish sonrió, dejando a la vista los negros restos descompuestos de su dentadura. Theleb K'aarna se quitó el pañuelo de la cara y su voz, sofocada al principio, fue cobrando fuerza mientras recordaba la derrota que había sufrido hacía poco.

-Mi magia -dijo- no es tan débil que no me permita escapar a un hechizo como el que fue urdido ese día. Mientras el Dogal de Carne rodeaba las huestes de Kelmain, me trasladé bajo tierra con un conjuro.

La repulsiva sonrisa de Urish se hizo aún mayor.

-Así que te escondiste en un agujero, ¿no es eso? Los ojos del hechicero le miraron con ferocidad.

-No voy a discutir la capacidad de mis poderes con...

Se interrumpió y exhaló un profundo suspiro que lamentó al instante. Dirigió una cauta mirada a la corte de mendigos sarnosos y tullidos que había ido ocupando el sucio salón y que miraban con aire burlón: Los mendigos de Nadsokor conocían el poder de la pobreza y la enfermedad..., sabían cuánto aterraban a quienes no estaban acostumbrados a ellas. Y, así, su propia escualidez les ponía a salvo de intrusos.

Una tos repulsiva que quería ser una risotada estalló en la garganta del rey Urish.

-¿Y ha sido tu magia lo que nos ha traído aquí? Todo su cuerpo se agitó mientras sus ojos inyectados en sangre continuaban fijos en el hechicero.

-He cruzado los mares y todo Vilmir para llegar hasta aquí -dijo Theleb K'aarna-, porque he oído que existe alguien a quien odias más que a nadie...

- ¡Y aquí odiamos a todo el mundo..., a todos los que no son mendigos! -le recordó Urish.

El rey intentó una nueva carcajada que se convirtió, como la anterior, en una tos ronca y convulsiva.

-Pero sobre todo aborreces a Elric de Melniboné.

-Sí, he de darte la razón. Antes de que se hiciera famoso como asesino de su propia raza, como traidor de Imrryr, vino a Nadsokor a engañarnos, disfrazado de leproso y diciendo que había venido mendigando desde más allá de Karlaak, en las tierras del Este. Se burló de mí ignominiosamente y me robó una cosa del Tesoro. Y mi Tesoro es sagrado..., ¡no permito que nadie lo vea siquiera!

-Tengo entendido que te robó un pergamino con un conjuro que había pertenecido a su primo Yyrkoon -respondió Theleb K'aarna-. Yyrkoon quería deshacerse de Elric y le hizo creer que el conjuro liberaría a la princesa Cymoril de su sopor mágico...

-En efecto. Yyrkoon había entregado el pergamino a uno de mis súbditos que había acudido a mendigar a las puertas de Imrryr. Luego, le dijo a Elric lo que había hecho. Elric se disfrazó, vino aquí y, con la ayuda de su magia, tuvo acceso a mi Tesoro, mi sagrado Tesoro, y recuperó lo que había acudido a buscar...

Theleb K'aarna miró de reojo al rey de los mendigos.

-Hay quien dice que la culpa no fue de Elric sino de Yyrkoon, que os engañó a los dos. Y el hechizo no despertó a Cymoril, ¿verdad?

-Es cierto, pero en Nadsokor tenemos una ley... - Urish levantó la gran hacha Sajacarnes y enseñó su filo mellado y oxidado. A pesar de su aspecto poco cuidado, era un arma temible-. Y esa ley dice que el hombre que vea el sagrado Tesoro del rey Urish debe morir, y que su muerte debe ser la más horrible, a manos del Dios Ardiente.

-¿Y ninguno de tus súbditos ha conseguido aún llevar a cabo esa venganza?

-No, pues debo ser yo personalmente quien le anuncie la sentencia antes de que muera. Elric debe presentarse de nuevo en Nadsokor, pues sólo aquí puede recibir el destino que le tengo preparado.

-Yo tampoco siento el menor aprecio por Elric -dijo Theleb K'aarna.

Urish volvió a emitir aquel sonido, medio carcajada y medio tos.

-Sí, he oído que el albino te ha perseguido por los Reinos Jóvenes, que le has lanzado conjuros cada vez más poderosos y que, a pesar de todo, te ha derrotado en cada ocasión.

Theleb K'aarna frunció el ceño antes de replicar:

-Ten cuidado, rey Urish. He tenido poca fortuna, pero sigo siendo uno de los mayores hechiceros de Pan Tang.

-Pero desperdicias tus poderes inútilmente y pides mucho de los Señores del Caos. Un día, se cansarán de ayudarte y buscarán a otro para que lleve a cabo sus encargos.

Tras esto, el rey Urish cerró la boca, apretó los labios sobre su negra dentadura y estudió a Theleb K'aarna de arriba abajo sin que sus ojos pálidos parpadearan una sola vez.

Se produjo cierta agitación en el salón cuando la corte de los mendigos se acercó amenazadora hacia el hechicero, quien escuchó el sonido de unas muletas, el arrastrar de unos pies deformes, el movimiento de unos garrotes. Incluso el humo aceitoso de los braseros parecía amenazarle mientras se alzaba a regañadientes hacia la oscuridad del elevado techo de la sala.

El rey Urish puso una mano en el mango de la Sajacarnes y se llevó la otra a la barbilla, mesándose la perilla con sus uñas rotas. A la espalda del hechicero, una mendiga dejó escapar un ruido obsceno y soltó luego una risilla.

Casi para consolarse, el hechicero de Pan Tang volvió a cubrirse la boca y la nariz con el pañuelo perfumado y empezó a incorporarse, dispuesto a enfrentarse con un ataque, si éste se producía.

-De todos modos, supongo que todavía conservas tus poderes o, de lo contrario, no estarías aquí -dijo de pronto Urish, rompiendo la tensión.

-Mis poderes aumentan...

-De momento, quizá.

-Mis poderes...

-Supongo que has venido aquí con un plan que tienes la esperanza de que conduzca a la destrucción de Elric -continuó Urish sin la menor crispación. Los mendigos que le rodeaban se relajaron. Ahora, Theleb K'aarna era el único que mostraba alguna señal de incomodidad. Los ojos brillantes de Urish, inyectados en sangre, tenían una expresión sardónica-. Y has

venido a buscar nuestra ayuda porque sabes lo mucho que odiamos a ese maldito albino de Melniboné.

Theleb K'aarna asintió y respondió:

-¿Quieres saber los detalles de mi plan?

-¿Por qué no? -Urish se encogió de hombros-. Por lo menos, puede que resulten interesantes.

Theleb K'aarna miró con aire de disgusto a la depravada multitud que le rodeaba burlándose de él y deseó conocer algún hechizo que pudiera eliminar el hedor.

Aspiró profundamente a través del pañuelo y empezó a hablar...

2
El anillo robado

Al otro extremo de la taberna, el joven elegantemente vestido fingió pedir otro odre de vino mientras, en realidad, echaba un vistazo a hurtadillas hacia el rincón donde se encontraba Elric.

Después, el joven dandi se inclinó hacia sus compañeros de mesa -mercaderes y jóvenes nobles de varias naciones- y continuó sus comentarios en voz baja.

El centro de los comentarios, como bien sabía el albino, era su presencia. Normalmente, Elric no prestaba atención a tales situaciones, pero en esta ocasión se sentía cansado y aguardaba con impaciencia el regreso de Moonglum, de modo que estuvo casi tentado -aunque sólo fuera para pasar el rato- de ordenar al joven dandi que dejara ya el tema.

Elric empezaba a arrepentirse de su decisión de visitar Hrolmar la Vieja.

Esta rica ciudad era un gran punto de encuentro de toda la gente de acción de los Reinos Jóvenes. A ella acudían exploradores, aventureros, mercenarios, artesanos, comerciantes, pintores y poetas y, bajo el mando del famoso duque Avan Astran, la ciudad estado vilmiriana estaba experimentando una profunda transformación en su carácter.

El propio duque Avan había explorado la mayor parte del mundo y había regresado a Hrolmar la Vieja con grandes riquezas y conocimientos. Estas riquezas y su vida intelectual habían atraído a otros ricos y a más intelectuales, impulsando así el florecimiento de la ciudad.

Pero allí donde hay ricos e intelectuales, florecen también los rumores y chismorreos, pues si hay una clase de hombres, más dada a contar chismes que los mercaderes y los marineros, es la de los poetas y pintores. Y, como era lógico, gran parte de los rumores se refería a Elric, el albino zarandeado por el destino, que ya era el héroe de varias baladas escritas por poetas no muy sobrados de talento.

Elric había consentido en acudir a la ciudad porque Moonglum había insistido en que era el mejor lugar para encontrar fondos. El uso descuidado de sus riquezas por parte del albino casi les había sumido en la pobreza -no por primera vez-, y necesitaban provisiones y caballos frescos para la larga travesía de las llanuras de Vilmir e Ilmiora hasta el confín del Desierto de los Suspiros, donde se hallaba enclavada la misteriosa Tanelorn. Así pues, Elric había accedido al fin aunque, después de su encuentro con Myshella y de haber presenciado la destrucción de las huestes de Kelmain por el Dogal de Carne, había mostrado un gran cansancio, añorando la paz que le ofrecía Tanelorn.

Contribuía a empeorar las cosas el hecho de que la taberna estaba demasiado iluminada y que el servicio era demasiado exquisito para el gusto de Elric, quien hubiera preferido otra posada más humilde, donde los parroquianos estuvieran habituados a callarse las preguntas y los comentarios. Sin embargo, Moonglum había creído conveniente gastar sus últimos fondos en un buen alojamiento por si tenían que agasajar a alguien.

Elric dejó en manos de su compañero el asunto de buscar dinero. Sin duda, Moonglum se proponía conseguirlo mediante el robo o la estafa, pero al albino no le importaba.

Exhaló un suspiro y soportó las miradas a hurtadillas de los otros clientes, tratando de no escuchar lo que decía el joven de las ropas elegantes. Tomó un sorbo de vino de la copa e

hincó el diente en la carne fría de ave que Moonglum había pedido antes de marcharse. Encogió la cabeza en el cuello alto de la capa negra pero con ello no hizo sino destacar más la palidez ósea de su rostro y la blancura lechosa de sus largos cabellos. Contempló a su alrededor las sedas, pieles y tapices que formaban remolinos en la taberna mientras sus dueños pasaban de mesa en mesa y deseó con todo su corazón estar camino de Tanelorn, donde los hombres hablaban poco porque habían experimentado mucho.

-... mató a sus padres, también. Y al amante de su madre, se dice...

-... y cuentan que se acuesta con cadáveres...

- ...y que por eso los Señores de los Mundos Superiores le maldijeron con el rostro de un cadáver...

-... incesto, ¿no fue así? Me lo contó uno que navegó con él y...

-... y su madre tuvo tratos con el propio Arioco, y así parió...

-... ¡poco antes de que traicionara a su propio pueblo, entregándolo en manos de Smiorgan y los demás!

-Desde luego, parece un tipo melancólico y abatido, incapaz de encajar una broma...

Risas.

Elric se obligó a tranquilizarse y dio otro trago a su copa sin levantarse de la silla. Los comentarios, sin embargo, continuaron.

-También se dice que es un impostor, que el verdadero Elric murió en Imrryr...

-Un verdadero príncipe de Melniboné vestiría con más lujo y...

Un nuevo coro de risas.

Elric se incorporó, abriendo la capa de modo que quedara a la vista la gran espada negra que portaba al cinto.

Eran muchos en Hrolmar la Vieja quienes habían oído hablar de la espada mágica, la Tormentosa, y de su terrible poder. Elric cruzó la taberna hasta la mesa donde se encontraba el joven dandi.

- ¡Os ruego, caballeros, que maticéis vuestras chanzas! Sé que podéis hacerlo mucho mejor, pues aquí hay alguien que puede daros pruebas de ciertas cosas de las que habláis. ¿Qué me decís de su tendencia a un determinado tipo de vampirismo? Creo que no habéis tocado ese punto en vuestra conversación.

El joven dandi carraspeó e hizo un nervioso encogimiento de hombros.

-¿Y bien? - Elric puso una mueca de fingida inocencia- . ¿No os puedo ser de ayuda?

Los charlatanes habían enmudecido y simulaban estar absolutamente concentrados en la comida y la bebida que tenían ante ellos.

Elric les dirigió una sonrisa que les hizo temblar las manos.

-Sólo espero saber qué queréis oír, caballeros. Entonces os demostraré que soy realmente ése que habéis llamado Elric, el Matador de su Linaje.

Los mercaderes y nobles se envolvieron en sus capas y se pusieron en pie evitando su mirada. El joven dandi se dirigió a la salida con afectación, en un gesto de falsa valentía.

Pero Elric ocupaba ahora el hueco de la puerta y soltó una carcajada, con la mano en la empuñadura de la Tormentosa.

-¿No aceptáis que os invite a un trago, caballeros? Pensad lo que podríais contar a vuestros amigos sobre nuestro encuentro...

- ¡Dioses, qué patán! -masculló el joven dandi, con un escalofrío.

-Señor, no teníamos intención de... -dijo con voz apagada un obeso comerciante de hierbas de Shazar.

-Nos referíamos a otra persona -añadió un joven noble con apenas un asomo de perilla, pero con un poblado mostacho, y le dirigió una sonrisa débil y conciliatoria.

-Hablábamos de lo mucho que te admirábamos... -tartamudeó un caballero vilmiriano que parecía haberse dado cuenta de su presencia hacía apenas unos instantes y cuyas facciones habían palidecido hasta rivalizar con las del propio Elric.

Un comerciante vestido con los brocados oscuros de Tarkesh se humedeció los labios encendidos y trató de comportarse con más dignidad que sus amigos.

-Señor, Hrolmar la Vieja es una ciudad civilizada. Aquí, los caballeros no se baten entre ellos...

-... sino que prefieren chismorrear como campesinas -terminó la frase Elric.

-Sí -dijo el joven de abundante bigote-. Digo, no... El dandi se envolvió en su capa y bajó la vista al suelo con rabia en los ojos.

Elric se apartó de la puerta. Con un titubeo, el mercader tarkeshita avanzó unos pasos y luego ganó apresuradamente la oscuridad de la calle, seguido de sus tambaleantes compañeros. Elric escuchó sus pisadas sobre los adoquines y soltó una carcajada. Al escuchar sus risas, las pisadas se convirtieron en una carrera y el grupo no tardó en alcanzar los muelles junto a los cuales brillaba el agua, doblar una esquina y desaparecer.

Elric sonrió y alzó la mirada a las estrellas, más allá de las torres barrocas de Hrolmar la Vieja. Escuchó entonces otras pisadas procedentes del otro extremo de la calle. Dio media vuelta y, a la luz de la ventana de un edificio, vio al nuevo grupo que se acercaba.

Reconoció a Moonglum. El robusto hombre del Este regresaba en compañía de dos mujeres escasamente vestidas y excesivamente maquilladas, sin duda dos prostitutas vilmirianas del otro lado de la ciudad. Moonglum llevaba un brazo en torno al talle de cada mujer y venía cantando una balada confusa, pero sin duda descarada. A cada pocos pasos, se detenía para que una de las mujeres, entre risas, le echara al gaznate un trago de vino. Las dos prostitutas llevaban grandes frascos de piedra en sus manos libres y rivalizaban con Moonglum en dar tientos al vino.

Cuando Moonglum se aproximó más con sus pasos tambaleantes, reconoció a Elric y le saludó con un guiño.

-Ya ves que no te he olvidado, príncipe de Melniboné. ¡Una de estas bellezas es para ti!

Elric respondió con una exagerada reverencia.

-Es muy amable por tu parte, pero pensaba que te proponías encontrar un poco de oro para nosotros. ¿No era ésta la razón de que viniéramos a Hrolmar la Vieja?

- ¡Sí! -Moonglum besó en la mejilla a las muchachas, que soltaron una carcajada burlona-. ¡Desde luego que sí! Estas chicas son oro puro... o algo tan valioso como el oro. He rescatado a estas jóvenes de un chulo cruel del otro extremo de la ciudad, les he prometido venderlas a otro alcahuete que las trate mejor y me están agradecidas.

-De modo que has robado a esas esclavas, ¿no?

-Muy bien, si quieres llamarlo así, adelante. Las he «robado» con mi acero y las he liberado de una vida de degradación. Ha sido un acto humanitario. Su vida de penalidades ha terminado y ahora podrán tener esperanzas en el futuro...

-Su vida de penalidades va a terminar, en efecto... igual que la nuestra, cuando el chulo descubra lo sucedido y alerte a la guardia. ¿Cómo has encontrado a esas muchachas?

- ¡Han sido ellas quienes han dado conmigo! Acababa de poner mis espadas al servicio de un viejo mercader que no conocía la ciudad, al cual tenía que escoltar por los barrios más lóbregos de Hrolmar la Vieja a cambio de una buena bolsa de oro (más llena de lo que el hombre tenía pensado ofrecerme). Mientras él subía a las habitaciones de arriba con una prostituta, decidí tomar un par de tragos en la sala pública del piso inferior. Al parecer, les caí bien a estas dos bellezas y ellas me expusieron su desgraciada situación. Tuve suficiente con lo que oí. Las rescate de inmediato.

-Un plan muy astuto -comentó Elric con ironía.

- ¡Lo idearon ellas! Te digo que las dos tienen cerebro, además de...

-Te ayudaré a llevarlas de vuelta a su chulo antes de que los centinelas de la ciudad vengan a por nosotros.

- ¡Elric! -protestó Moonglum.

-Pero antes...

Elric agarró a su amigo, se lo cargó al hombro y avanzó tambaleándose hasta el muelle del extremo de la calle. Allí, tomando a Moonglum por el cuello de la blusa, le sumergió de pronto en las aguas sucias del puerto. Después, le ayudó a salir y a sostenerse en pie. Moonglum, tiritando, miró a Elric con aire triste.

-Ya sabes que soy propenso a los resfriados -murmuró.

- ¡Ya hacer planes de borracho! -replicó Elric-. Aquí no estamos bien vistos, Moonglum. La guardia sólo necesita una excusa para actuar contra nosotros. Lo mejor que puede sucedemos es que tengamos que huir de la ciudad antes de haber terminado nuestros asuntos. En el peor de los casos, podemos vernos desarmados, encarcelados e incluso ajusticiados.

Empezaron a desandar el camino hacia el lugar donde seguían esperando las dos prostitutas. Una de ellas se apresuró a adelantarse, hincó la rodilla para tomar la mano de Elric y posó sus labios en el muslo del albino.

-Señor, traigo un mensaje... Elric se inclinó para forzarla a ponerse en pie. Y la muchacha lanzó un grito al tiempo que abría como platos sus ojos pintarrajeados. Elric la miró desconcertado y, siguiendo la dirección de su mirada, volvió la cabeza y observó al grupo de matones que había aparecido de pronto tras la esquina y que ahora corría hacia él y Moonglum. Detrás de los matones, el albino creyó ver al joven dandi al que había expulsado de la taberna un rato antes. El hombre había vuelto en busca de venganza. Unas espadas brillaron en la oscuridad, en manos de unos hombres que llevaban la capucha negra de los asesinos profesionales. Eran más de una decena, lo cual indicaba que el joven dandi debía ser muy rico, pues los asesinos eran caros en Hrolmar la Vieja.

Moonglum había desenvainado sus dos espadas y ya había trabado combate con el cabecilla del grupo. Elric colocó a la aterrada muchacha detrás de él y llevó la mano a la empuñadura de la Tormentosa. Casi por propia voluntad, la enorme espada mágica saltó de la funda y su hoja despidió una luz negra al tiempo que empezaba a susurrar su extraño grito de guerra.

- ¡Elric! -escuchó murmurar con voz sorprendida a uno de los asesinos, y comprendió que el dandi no había informado a éstos de quién iba a ser la víctima.

Paró la estocada de un fino florete, volvió el arma hacia afuera y, con una especie de delicadeza en el gesto, segó de cuajo la muñeca del hombre que lo empuñaba. Mano y florete salieron despedidos entre las sombras y el hombre retrocedió tambaleándose y lanzando alaridos de dolor.

El albino vio ante sí más espadas y más ojos que le miraban con un brillo helado tras las capuchas negras. La Tormentosa entonó su peculiar cantinela, mitad lamento y mitad grito de victoria. Las facciones de Elric reflejaban su sed de combate y sus ojos carmesíes parecieron despedir fuego en su rostro marfileño mientras movía la espada a un lado y a otro.

Se sucedieron los gritos, las maldiciones, los chillidos de las mujeres y los jadeos de los hombres, el estruendo del acero contra el acero, el ruido de las botas sobre los adoquines, el sonido de la espada al penetrar en la carne y chocar con los huesos. Y Elric continuó luchando entre el tumulto, con la espada mágica asida entre sus dos pálidas manos. Había perdido de vista a Moonglum y rogó a los dioses que el hombre de Elwher siguiera en pie. En un par de ocasiones vio fugazmente a una de las muchachas y se preguntó cómo era que no había escapado de allí para ponerse a salvo.

Por fin, quedaron tendidos sobre el empedrado varios asesinos encapuchados y los restantes empezaron a vacilar ante el empuje del melnibonés, ya que conocían el poder de su espada y lo que ésta hacía con aquellos a quienes hería. Aquellos hombres habían visto la expresión de los rostros de sus camaradas mientras la espada infernal absorbía sus almas. Con cada muerte, Elric parecía hacerse más fuerte y la luz negra de la hoja parecía arder con más intensidad. Y, ahora, el albino se reía.

Sus carcajadas resonaron sobre los tejados de Hrolmar la Vieja y los ciudadanos que ya estaban acostados se cubrieron los oídos, creyendo que eran presa de alguna pesadilla.

- ¡Vamos, valientes! ¡Mi espada aún no está saciada!

Uno de los asesinos trató de mantener su posición y Elric alzó la Espada Negra. El hombre levantó la suya para protegerse la cabeza y Elric descargó un mandoble con todas sus fuerzas. La hoja segó el acero, hendió el casco y le cercenó el cuello hasta el esternón. La Tormentosa cortó en dos al encapuchado y se demoró unos instantes en la carne, apurando hasta el último sorbo de su alma siniestra. Tras esto, todos los supervivientes huyeron a la carrera.

Elric exhaló un profundo suspiro. Evitando mirar los restos del último hombre que había matado su espada, envainó ésta y se volvió en busca de Moonglum.

Y en aquel preciso instante recibió un fuerte golpe en la nuca. Notó que le entraban náuseas y trató de sobreponerse. Después, percibió que alguien le tomaba la muñeca y, entre la bruma que reinaba en su cabeza, vio a una figura que al principio tomó por la de Moonglum. Sin embargo, no se trataba de éste, sino tal vez de una mujer. Y ésta le estaba tirando de la mano izquierda. ¿Adonde quería llevarle?

Le fallaron las piernas y cayó de rodillas sobre los adoquines. Trató de gritar algo, pero no pudo. La mujer seguía tirándole de la mano como si quisiera conducirle a un lugar seguro. Pero el albino era incapaz de seguirla y rodó por el empedrado hasta quedar boca arriba, con la vista en un firmamento borroso.

Y lo siguiente que supo fue que el amanecer se alzaba sobre las extravagantes torres de Hrolmar la Vieja y que habían transcurrido varias horas desde su enfrentamiento con los sicarios.

Reconoció entonces el rostro de Moonglum, que le observaba con aire preocupado.

-¿Moonglum?

- ¡Loados sean los benévolos dioses de Elwher! -exclamó éste-. Pensé que te había matado alguna espada envenenada.

Elric recuperó la claridad mental rápidamente y se incorporó hasta quedar sentado.

-Alguien me atacó por la espalda. ¿Cómo...?

-Me temo que las muchachas no eran lo que parecían -confesó Moonglum, azorado.

Elric recordó la figura confusa de la mujer tirando de su mano izquierda y se miró de inmediato los dedos.

- ¡Moonglum! -exclamó entonces-. ¡Me ha desaparecido de la mano el Anillo de los Reyes! ¡Me han robado el Actorios!

El Anillo de los Reyes había ceñido el dedo de los antepasados de Elric durante siglos. Había sido el símbolo de su poder y la fuente de gran parte de su fuerza sobrenatural.

A Moonglum se le nubló la expresión.

-Creí que había robado a esas muchachas, pero las ladronas eran ellas. Habían tramado un plan para desvalijarnos. Un truco muy viejo.

-El asunto es más grave, Moonglum. No me han quitado nada más. Sólo el Anillo de los Reyes. Aún tengo un poco de oro en la bolsa.

Hizo tintinear ésta mientras se ponía en pie. Moonglum señaló con el dedo la pared del otro lado de la calle. Allí yacía una de las muchachas, con sus vaporosas ropas manchadas de barro y de sangre.

-Se puso en el camino de uno de los asesinos mientras luchábamos. Lleva toda la noche agonizando... y murmurando tu nombre. Yo no se lo había revelado, de modo que me

temo que tengas razón. Alguien las envió para que te robaran ese anillo y yo caí en la trampa como un bobo.

El albino acudió rápidamente al lugar donde estaba tendida la muchacha, se arrodilló a su lado y le acarició con suavidad la mejilla. Ella abrió los párpados y le miró con ojos vidriosos. Sus labios murmuraron el nombre de Elric.

-¿Por qué queríais quitarme el anillo? -preguntó éste-. ¿Quién os manda?

-Urish... -respondió ella en un susurro como una brisa que acariciara la hierba-. Robar el anillo... llevarlo a Nadsokor...

Moonglum se había colocado al otro lado de la muchacha agonizante. Había encontrado uno de los frascos de vino y se inclinó para darle a beber un sorbo. La muchacha intentó tomar un trago pero no lo consiguió. El vino corrió por su delicado mentón y su largo cuello hasta su pecho herido.

-¿Formas parte de los mendigos de Nadsokor? -le preguntó Moonglum.

Ella asintió débilmente.

-Urish y yo siempre hemos sido enemigos -explicó Elric a su compañero-. Una vez, recuperé cierta propiedad que había caído en sus manos y no me ha perdonado nunca por ello. Quizá ha querido apoderarse del Actorios para vengarse. -Volvió a mirar a la muchacha y le preguntó-: ¿Y tu compañera? ¿Ha vuelto a Nadsokor?

Ella pareció asentir de nuevo. Acto seguido, desapareció de sus ojos el último destello de vida, se le cerraron los párpados y dejó de respirar. Elric se incorporó, ceñudo, frotándose la mano donde había llevado el Anillo de los Reyes.

-Entonces, déjale que se quede con el anillo. Seguro que se da por satisfecho con ello -apuntó Moonglum con optimismo. Elric movió la cabeza en gesto de negativa y Moonglum carraspeó, para añadir a continuación- Dentro de una semana parte una caravana hacia Jadmar. La comanda Rackhir de Tanelorn y transporta provisiones para la ciudad. Si tomamos un barco y bordeamos la costa, podemos llegar a tiempo a Jadmar, unirnos a la caravana de Rackhir y realizar el viaje a Tanelorn en buena compañía. Como sabes, no es frecuente que nadie de Tanelorn emprenda un viaje semejante, pues...

-No -le interrumpió Elric con voz ronca-. Debemos olvidar Tanelorn por el momento, Moonglum. El Anillo de los Reyes es el vínculo con mis antepasados. Más aún: me ayuda en mis conjuros y nos ha salvado la vida en más de una ocasión. Vayamos en seguida a Nadsokor. Debo intentar atrapar a la muchacha antes de que llegue a la ciudad de los mendigos. De no conseguirlo, tendré que entrar en la ciudad para recuperarlo.

Moonglum se estremeció al pensarlo.

-Ni yo mismo podría trazar un plan más desquiciado, Elric. Urish nos destruirá.

-Sea como sea, tenemos que salir hacia Nadsokor. Moonglum se inclinó entonces sobre el cadáver de la muchacha y lo despojó de todas sus joyas.

-Si queremos unos caballos decentes para el viaje, necesitaremos todo el dinero que podamos reunir -explicó.

3
Los devoradores de almas

Vista desde lejos, con el crepúsculo escarlata como fondo, Nadsokor parecía más un cementerio destartalado que una ciudad. Las torres amenazaban ruina, los edificios estaban medio hundidos y las murallas estaban derruidas.

Elric y Moonglum alcanzaron la cima de la última colina a lomos de sus rápidos caballos de Shazar, que les habían costado todo el dinero que les quedaba, y la vieron. Peor aún: la olieron. Mil y un hedores surgían de la ciudad emponzoñada y los dos hombres, al borde de la náusea, dieron media vuelta a sus monturas y volvieron al valle tras la colina.

-Esperaremos aquí un momento, hasta que anochezca -dijo Elric-. Después, entraremos en Nadsokor.

-No estoy seguro de poder soportar ese hedor -replicó Moonglum-. Por bueno que sea nuestro disfraz, temo que nuestra cara de asco nos identifique como extranjeros.

Elric sonrió y echó mano a su bolsa. Sacó de ella dos pequeñas tabletas y le tendió una a su compañero. Moonglum la miró con suspicacia.

-¿Qué es?

-Un narcótico. Ya lo usé en otra ocasión que acudí a Nadsokor. Adormece por completo el sentido del olfato aunque, desafortunadamente, también te quitará el sentido del gusto...

Moonglum se echó a reír.

- ¡No pensaba darme un banquete de gastrónomo en esa ciudad de los mendigos!

Engulló la tableta y Elric le imitó. Casi al instante, Moonglum notó que la fetidez de la ciudad remitía. Un rato después, mientras mascaban el pan rancio que constituía sus únicas provisiones, comentó:

-No noto ningún sabor. El narcótico funciona.

Elric asintió con gesto ceñudo y la vista puesta en la cima de la colina, en dirección a la ciudad, mientras caía la noche.

Moonglum desenvainó sus espadas y se puso a afilarlas con la pequeña piedra que llevaba con tal propósito. Mientras lo hacía, observó el rostro de Elric tratando de adivinar sus pensamientos.

Por fin, el albino dijo:

-Desde luego, tendremos que dejar aquí los caballos, pues la mayoría de mendigos desdeña su uso.

-Sí, son orgullosos en su perversidad -murmuró Moonglum.

-En efecto. Tendremos que usar esos harapos que hemos traído.

-Se nos verán las espadas.

-No, si llevamos encima de ellas unas ropas sueltas. Haciéndolo así, tendremos que caminar con una pierna rígida, pero tal cosa no parecerá extraña en unos mendigos.

De mala gana, Moonglum descolgó el fardo de harapos de las alforjas.

Y así fue como dos hombres andrajosos, uno encorvado y cojo, el otro bajo y con un brazo rígido, avanzaron por una capa de basura que se extendía en torno a la ciudad de Nadsokor y les llegaba hasta el tobillo, encaminándose hacia uno de los muchos boquetes de la muralla.

Nadsokor había sido abandonada hacía varios siglos por un pueblo fugitivo de los estragos de una epidemia de viruela inusualmente mórbida que había causado la muerte de la mayoría de sus habitantes. Poco tiempo después de su abandono, la habían ocupado los primeros mendigos. No se había hecho nada por conservar las defensas de la ciudad y, tras el tiempo transcurrido, la suciedad que llenaba el recinto resultaba una protección tan eficaz como la más sólida de las murallas.

Nadie vio a las dos figuras mientras escalaban los escombros y penetraban en las calles oscuras y emponzoñadas de la ciudad de los mendigos. Unas ratas enormes se alzaron sobre las patas traseras para observarles mientras avanzaban hacia lo que antiguamente fuera la sede del senado de Nadsokor y que ahora era el palacio de Urish. Unos perros flacos, entre cuyas mandíbulas colgaban restos de basura, se escabulleron cautamente entre las sombras. En cierto momento, una breve columna de ciegos, cada uno de ellos con la mano derecha en el hombro del que iba delante, cruzó la calle por la que avanzaban Elric y Moonglum, tanteando el camino en mitad de la noche. De algunos de los edificios destartalados surgían las chácharas y las risas ahogadas de los tullidos y lisiados compartiendo un odre de vino y de los degenerados y corruptos dedicados a sus juergas. Cuando la pareja disfrazada se acercó a lo que había sido el foro de la ciudad, se escuchó un grito procedente de una de las puertas hecha astillas y apareció corriendo por ella una chiquilla que apenas debía haber llegado a la pubertad, perseguida por un mendigo monstruosamente grueso que se impulsaba con pasmosa rapidez sobre unas muletas mientras los lívidos muñones de sus piernas, amputadas a la altura de la rodilla, realizaban los mismos movimientos que si corriera. Moonglum se puso en tensión pero Elric le contuvo mientras el obeso tullido acorralaba a su presa, abandonaba las muletas, que resonaron en las losas rotas del pavimento, y se arrojaba sobre la niña.

Moonglum trató de desasirse pero Elric le susurró al oído:

-No te metas. En Nadsokor no se tolera a la gente pura de mente, cuerpo o espíritu.

Los ojos de Moonglum se llenaron de lágrimas cuando se volvió a su compañero.

- ¡Tu cinismo me repugna más que cualquier cosa que haga esa gente!

-No lo dudo, pero estamos aquí con un propósito: recuperar el Anillo de los Reyes que me han robado. Eso, y no otra cosa, es lo que hemos venido a hacer.

-¿Qué importa un anillo, cuando...?

Pero Elric había reemprendido la marcha hacia el foro y, tras un momento de vacilación, Moonglum le siguió.

Por fin, se detuvieron en un rincón de la plaza que se abría ante el palacio de Urish. Algunas columnas habían caído, pero aquél era el único edificio donde se había realizado algún esfuerzo de restauración y decoración. El arco de la entrada principal estaba pintado con toscas representaciones de las artes de Mendigar y Extorsionar. Incrustados en la puerta de madera, había un ejemplar de las monedas de cada una de las naciones de los Reinos

Jóvenes y, clavado encima de la puerta (tal vez en un rasgo de ironía), vieron un par de muletas de madera cruzadas como dos espadas, indicando que el arma del mendigo era su capacidad para producir horror y repulsión en los más afortunados o mejor dotados que él.

Elric contempló el edificio envuelto en sombras con una expresión calculadora en el rostro.

-No hay guardia -comentó a Moonglum.

-¿Para qué iban a tenerla? ¿Qué tienen que proteger?

-La anterior ocasión que estuve aquí había centinelas apostados. Urish protege con todo cuidado su tesoro. Aunque no es a ningún forastero al que teme, sino a su propia chusma de indeseables.

-Tal vez ya no les tenga miedo.

-Un tipejo como el rey Urish le teme a todo -sonrió Elric-. Será mejor que vayamos con cautela cuando entremos en el salón. Prepárate para desenvainar la espada al menor indicio de que nos hayan conducido a una trampa.

-Seguramente, el rey Urish no sospecha que nos hemos enterado de dónde venía la muchacha.

-Sí, parece un buen golpe de suerte que una de ellas nos lo revelara pero, de todos modos, debemos tener en cuenta la astucia de Urish.

- ¡Bah!, ese tipo no se arriesgaría a traerte aquí, mientras sigas llevando al costado la Espada Negra.

-Tal vez...

Empezaron a cruzar hacia el foro. La noche era muy tranquila y oscura. A lo lejos se oía de vez en cuando una risa, un grito o un sonido obsceno, indefinible.

Llegaron a la puerta y se detuvieron bajo las muletas cruzadas. Elric tanteó la empuñadura de la Tormentosa debajo de sus ropas andrajosas y, con la zurda, empujó la puerta. Se entreabrió con un chirrido. Moonglum y el albino miraron a su alrededor para ver si alguien había advertido el ruido, pero la plaza seguía tan tranquila como antes.

Un nuevo empujón, otro chirrido y los dos consiguieron escurrir el cuerpo por la abertura.

Se encontraron en el salón de Urish. Unos braseros de basura despedían una luz mortecina y un humo aceitoso que subía en volutas hasta las vigas. Vieron al otro extremo del salón el confuso perfil del estrado y, encima de éste, el enorme y tosco trono de Urish. La estancia parecía desierta pero Elric no apartó la mano de la empuñadura de la Espada Negra.

Se detuvo al escuchar un ruido, pero se trataba de una rata negra de gran tamaño que se escurría por el suelo.

De nuevo, se hizo el silencio.

Paso a paso, Elric avanzó con cuidado por el mugriento salón; Moonglum caminaba pegado a su espalda.

El albino empezó a animarse conforme se acercaban al trono. Tal vez fuera verdad que

Urish, después de todo, se hubiera confiado. Si era así, abriría el cofre oculto bajo el trono, sacaría el anillo y saldrían en seguida de la ciudad, para estar lejos de ella cuando amaneciera y cabalgar al encuentro de la caravana de Rackhir, el Arquero Rojo, que se dirigía a Tanelorn.

Empezó a relajarse, aunque continuó avanzando con la misma cautela. Moonglum se había detenido y ladeó la cabeza como si oyera algo.

-¿Qué sucede? -preguntó Elric, volviéndose.

-Posiblemente, nada. O, tal vez, una de esas ratas enormes que hemos visto antes. Es sólo que...

Un fulgor azul plateado surgió de detrás del grotesco trono y Elric alzó su mano zurda para protegerse los ojos, al tiempo que trataba de desenredar la espada de los harapos.

Moonglum lanzó un aullido y echó a correr hacia la puerta; Elric, pese a ponerse de espaldas a la luz, quedó deslumbrado. La Tormentosa soltó un gemido de rabia dentro de su funda. Elric tiró de la empuñadura pero notó sus brazos cada vez más débiles. Detrás de él se alzó una risotada que reconoció al instante. Una segunda carcajada -casi una tos ronca-, se unió a ella.

Recuperó la visión pero al instante le sujetaron unas manos húmedas y frías y, cuando vio a sus captores, se estremeció. Estaba en poder de unas criaturas incorpóreas venidas del Limbo, de unos devoradores de almas invocados mediante algún hechizo. Sus rostros muertos sonreían, pero sus ojos sin vida permanecieron muertos. Elric notó que el calor y las fuerzas abandonaban su cuerpo, como si aquellos seres espectrales las absorbieran. Casi llegó a notar cómo su vitalidad pasaba de su cuerpo al de aquellas criaturas.

De nuevo, sonó aquella risotada. Alzó los ojos hacia el trono y vio aparecer tras éste la figura alta y melancólica de Theleb K'aarna, a quien había dado por muerto junto al castillo de Kaneloon unos meses antes.

Theleb K'aarna sonrió entre los rizos de su barba mientras Elric se debatía entre los espectros. Al otro lado del trono apareció entonces la repulsiva figura de Urish, el de los Siete Dedos, con su hacha Sajacarnes acunada en el brazo izquierdo.

Elric apenas podía ya mantener la cabeza erguida mientras la carne fría de los devoradores de almas absorbía sus últimas fuerzas, pero aun así esbozó una sonrisa ante su propia estupidez. Había acertado al sospechar que se trataba de una trampa, pero se había equivocado al meterse en ella con tan poca preparación.

¿Dónde estaba Moonglum? ¿Le había abandonado? El hombrecillo de Elwher no aparecía por ninguna parte.

Urish rodeó el trono con paso tambaleante y aposentó en él su asquerosa persona, cruzando la Sajacarnes sobre sus brazos. Sus ojillos pálidos se clavaron en Elric. Theleb K'aarna permaneció de pie junto al trono pero en su mirada ardía una llamarada de triunfo como las mismas piras funerarias de Imrryr.

-Bienvenido de nuevo a Nadsokor - siseó Urish al tiempo que se rascaba la entrepierna-. Supongo que has vuelto para rectificar errores, ¿no?

Elric tiritaba, con el frío metido en los huesos. La Tormentosa se agitaba a su costado, pero sólo podría ayudarle si la desenvainaba con sus propias manos. Se dio cuenta de que iba a morir.

-He venido a recuperar lo que me pertenece -dijo con un castañeteo de dientes-. El anillo.

- ¡Ah! El Anillo de los Reyes. Era tuyo, ¿verdad? La muchacha llegó a decirte algo.

- ¡Tú la enviaste a robármelo!

-No voy a negarlo -replicó Urish con una risilla-, pero no esperaba que el Lobo Blanco de Imrryr cayera tan fácilmente en mi trampa.

- ¡Y habría vuelto a salir si no hubieras contado con los hechizos de ese aprendiz de brujo!

Theleb K'aarna le miró con rabia, pero sus facciones no tardaron en relajarse.

-¿Entonces, no te incomodan mis devoradores de almas?

Elric jadeaba ahora mientras escapaba de sus huesos el último hálito de calor. Ya no se sostenía en pie, sino que colgaba en las manos de aquellas criaturas. Theleb K'aarna debía haber proyectado aquello durante semanas, pues eran precisos muchos hechizos y pactos con los guardianes del Limbo para traer a la Tierra a tales espíritus.

-Así que voy a morir -murmuró Elric-. Bien, supongo que no me importa...

Urish levantó sus arruinadas facciones en una parodia de un gesto de orgullo y replicó:

- ¡No vas a morir todavía, Elric de Melniboné! Aún no se ha firmado la sentencia. Antes deberás sufrir las formalidades. ¡Pero por mi hacha Sajacarnes que he de condenarte por tus crímenes contra Nadsokor y contra el Sagrado Tesoro del rey Urish!

Elric apenas le oyó. Le fallaron las piernas y los espectros estrecharon aún más su abrazo. Confusamente, se percató de que la chusma de mendigos estaba llenando el salón. Sin duda, todos habían estado aguardando aquel momento. ¿Habría muerto Moonglum a sus manos en su intento por escapar?

- ¡Levantadle la cabeza! -ordenó Theleb K'aarna a sus servidores de ultratumba-. ¡Que vea a Urish, rey de todos los mendigos, proclamar su justa sentencia!

Elric notó una mano fría bajo la barbilla que le levantaba la cabeza para que sus ojos nublados pudieran ver a Urish puesto en pie, con el hacha Sajacarnes entre los cuatro dedos de su mano diestra, alzándola hacia el techo impregnado de humo.

-Elric de Melniboné, eres culpable de muchos crímenes contra el Innoble entre los Innobles..., contra mí, el rey Urish de Nadsokor. Y has ofendido al amigo del rey Urish, el muy degenerado y villano Theleb K'aarna.

Al escuchar tales palabras, el hechicero de Pan Tang apretó los labios, pero no interrumpió el discurso.

-... y, además, has venido por segunda vez a la ciudad de los mendigos para repetir tus crímenes. ¡Por mi gran hacha Sajacarnes, símbolo de mi dignidad y mi poder, te condeno al Castigo del Dios Ardiente!

En todo el salón se alzó el nauseabundo aplauso de la corte de los mendigos. Elric recordó una leyenda de Nadsokor según la cual, cuando sus primeros habitantes cayeron víctimas de la epidemia, invocaron la ayuda del Caos y le suplicaron que limpiara de la peste su ciudad... con el fuego si era necesario. El Caos gastó una broma cruel a aquellas gentes, enviándoles al Dios Ardiente que consumió lo que quedaba de sus pertenencias. Una posterior invocación al Orden para que les ayudara había terminado con la intervención de lord Donblas

y el encarcelamiento del Dios Ardiente en la ciudad. Los contados supervivientes de la ciudad, arrepentidos de haber invocado a los Señores de los Mundos Superiores, habían terminado por abandonar la ciudad. Entonces, se dijo Elric, ¿el Dios Ardiente seguía aún en Nadsokor?

Captó débilmente la voz de Urish, que ordenaba:

- ¡Llevadle al laberinto y entregadlo al Dios Ardiente! Theleb K'aarna dijo algo pero Elric no entendió sus palabras, aunque escuchó la réplica de Urish.

-¿La espada? ¿De qué le servirá ante un Señor del Caos? Además, ¿quién sabe qué sucederá si la espada se desenvaina sola?

Theleb K'aarna siguió mostrándose reacio, a juzgar por su tono de voz, pero al fin aceptó la opinión del rey.

A continuación, la voz del hechicero resonó en el salón, imperiosa.

- ¡Seres del Limbo, soltadle! ¡Su vitalidad ha sido vuestra recompensa! ¡Ahora... marchaos!

Elric cayó sobre la mugre que cubría las losas, pero estaba demasiado débil para intentar moverse mientras los mendigos le rodeaban y le levantaban.

Se le cerraron los ojos y perdió el sentido mientras era transportado desde el salón, pero aún alcanzó a escuchar las voces burlonas del hechicero de Pan Tang y del rey de los mendigos, celebrando su triunfo.

4
El castigo del Dios Ardiente

- ¡Por las cagadas de Narjhan, qué frío está!

Elric escuchó la voz áspera de uno de los mendigos que le transportaban. El albino aún seguía muy débil, pero el calor corporal de los mendigos le había reconfortado y el frío que sentía en los huesos había remitido considerablemente.

- ¡Ahí está la entrada!

Elric abrió los ojos con esfuerzo.

Sus captores le llevaban boca abajo, pero alcanzó a echar un vistazo delante de él en la penumbra.

Allí se apreciaba algo que emitía un fulgor mortecino.

Cubriendo el hueco en forma de arco de la boca del túnel, se extendía algo que parecía la piel iridiscente de algún animal sobrenatural.

Los mendigos tomaron impulso, balancearon su cuerpo y le arrojaron contra aquella especie de piel de brillo apagado.

Fue a dar contra ella de espaldas.

Era una sustancia viscosa que se adhirió a él y Elric notó que le estaba absorbiendo. Trató de resistirse pero aún estaba demasiado débil y tuvo la certeza de que iba a morir.

Sin embargo, al cabo de unos largos minutos se encontró al otro lado, entre paredes de roca sólida, y permaneció tendido y jadeante en la oscuridad del túnel.

Aquél debía ser el laberinto al que se había referido Urish en su parlamento.

Tiritando todavía, trató de incorporarse utilizando como apoyo su espada envainada. Le llevó un buen rato ponerse en pie pero, por fin, pudo apoyar la espalda en la pared curva del túnel.

Se sorprendió al advertir que las piedras parecían estar calientes. ¿No sería que, en realidad, tenían su temperatura normal y que le parecían calientes porque su propio cuerpo estaba terriblemente frío?

Incluso estas especulaciones parecían fatigarle pero, fuera cual fuese el origen del calor, lo acogió con alivio y pegó la espalda contra las piedras del túnel.

El calor penetró en su cuerpo produciéndole una sensación casi extática y exhaló un profundo suspiro. Poco a poco, iban volviéndole las fuerzas.

- ¡Por los dioses! -murmuró-, ni siquiera las nieves de la estepa de Lormyr pueden compararse a este frío abrumador.

Respiró de nuevo profundamente y tuvo un acceso de tos.

A continuación, advirtió que la pócima que había tomado empezaba a perder efecto. Se

limpió los labios con el revés de la mano y escupió. Su olfato empezaba a captar el hedor de la ciudad.

Retrocedió con paso vacilante hacia la entrada del túnel. Aquella rara sustancia seguía allí con su resplandor mortecino. Apoyó la mano en ella y la sustancia cedió un poco al principio, pero luego permaneció firme. Elric apoyó todo su cuerpo contra la extraña barrera pero ésta no cedió más. Era una especie de membrana de especial dureza, pero no era carne. ¿Se trataba acaso del lacre con el que los Señores del Orden habían sellado el túnel, atrapando en el interior a su enemigo ancestral, el Señor del Caos? La única luz del túnel procedía de la propia membrana.

- ¡Por Arioco que le devolveré todo esto al rey de los mendigos! -murmuró.

Se despojó de algunos harapos y llevó la mano a la empuñadura de la Tormentosa, cuya hoja ronroneó como lo haría un gato. Desenvainó la espada y ésta entonó por lo bajo una cantinela complacida. Elric emitió un siseo mientras el poder de la espada mágica fluía a través de su brazo hasta llenar todo su cuerpo. La Tormentosa le estaba proporcionando las fuerzas que necesitaba, pero Elric sabía que debería pagarle el favor en seguida, que debería saciarla de sangre y almas para devolverle la energía que ahora le prestaba. Al tiempo que descargaba un poderoso mandoble sobre la membrana, el albino exclamó:

- ¡Voy a hacer trizas este sello y a liberar al Dios Ardiente sobre Nadsokor! ¡Golpea fuerte, Tormentosa, para que las llamas vengan a devorar el antro repulsivo en que se ha convertido esta ciudad!

Pero la espada mágica emitió un aullido cuando penetró en la membrana y se quedó atascada en ella. No apareció ningún corte en la extraña sustancia y, por el contrario, Elric tuvo que aplicar todas sus fuerzas para conseguir liberar la Tormentosa. Tras esto, jadeante, se apartó de la membrana.

-Esta barrera se hizo para resistir los esfuerzos del Caos -murmuró-. Mi espada resulta inútil contra ella. Por lo tanto, ya que no puedo volver atrás, tengo por fuerza que continuar avanzando.

Con la Tormentosa en la mano, dio media vuelta y empezó a adentrarse en el pasadizo. Dobló una esquina, otra más y una tercera, y la luz procedente de la membrana desapareció por completo. Elric buscó a tientas su bolsa, donde llevaba pedernal y yesca, pero los mendigos la habían arrancado de su cinto y se la habían robado. Decidió entonces volver sobre sus pasos, pero ya se había internado bastante en el laberinto y fue incapaz de encontrar de nuevo el lugar por el que había entrado.

-No encuentro la puerta pero, a lo que parece, tampoco hay ningún Dios. Tal vez exista otra salida de este lugar. Si está cerrada por una puerta de madera, la Tormentosa no tardará en abrirme una vía de escape a la libertad.

Así pues, continuó avanzando por el laberinto y dio cien vueltas y revueltas en la oscuridad antes de hacer una nueva pausa.

Había notado que iba recuperando la temperatura corporal normal pero ahora, en lugar de sentir aquel frío terrible, empezaba a notar un calor incómodo. Estaba sudando. Se despojó de los harapos con que se había disfrazado y se quedó sólo con la blusa y los calzones. Empezaba a tener sed.

Dobló un ángulo más y vio una luz ante él.

- ¡Bueno, Tormentosa, quizá quedemos libres, después de todo!

Echó a correr hacia la fuente de la claridad. Pero no se trataba de la luz del día, ni tampoco del resplandor mortecino de la membrana. Era una luz de llamas..., de antorchas, tal vez.

La claridad le permitió observar las paredes del túnel. Al contrario que los edificios del resto de Nadsokor, el lugar estaba libre de suciedad y mostraba una piedra lisa gris teñida por el rojo resplandor.

La fuente de la luz estaba tras la siguiente curva, pero el calor se había hecho más intenso y la piel le escocía mientras el sudor brotaba de todos su poros.

- ¡aah!

Una gran voz llenó de pronto el túnel cuando Elric dobló el recodo y vio danzar las llamas a menos de treinta metros de distancia.

- ¡Aah! ¡por fin!

La voz salía del fuego.

Y Elric supo que había encontrado al Dios Ardiente.

- ¡No tengo ninguna disputa contigo, mi Señor del Caos! -exclamó-. ¡También yo sirvo al Caos!

-Pero tengo que comer -replicó la voz-. ¡Checkalakh tiene que comer!

-Pobre alimento soy para alguien como tú -dijo Elric en tono apaciguador, empuñando la Tormentosa con ambas manos y dando un paso atrás.

-Sí, mendigo, es cierto lo que dices... ¡pero eres la única comida que me han enviado!

- ¡No soy ningún mendigo!

- ¡Lo seas o no, Checkalakh te va a devorar!

Las llamas se estremecieron y empezaron a tomar forma. Era una silueta humana, pero formada íntegramente de fuego. Unas manos ígneas flameantes se extendieron hacia Elric.

El albino dio media vuelta y echó a correr.

Y Checkalakh, el Dios Ardiente, fue tras él como una centella.

Elric notó un dolor intenso en el hombro y le llegó el olor a tela quemada. Aumentó su velocidad, sin la menor idea de adonde corría.

Pero el Dios-Ardiente continuó persiguiéndole.

- ¡Basta, mortal! ¡Es inútil! ¡No puedes escapar al Checkalakh de Caos!

Con voz desesperada, Elric replicó con un grito:

- ¡No me asarás como a un cerdo! -Su paso comenzó a vacilar-. ¡No lo harás, ni que seas un dios!

Como el rugido de las llamas en la chimenea, Checkalakh insistió:

- ¡No me desafíes, mortal! ¡Es un honor servir de alimento a un dios!

El calor y el esfuerzo de la carrera estaban agotando a Elric, en cuya cabeza se había formado una especie de plan en el mismo instante que había encontrado al Dios Ardiente. Por eso había empezado a correr.

Pero ahora, perseguido por Checkalakh, se vio obligado a volverse.

-Te encuentro un tanto débil para ser un Señor del Caos tan poderoso -le dijo, preparando la espada.

-Mi larga estancia aquí me ha debilitado -reconoció Checkalakh-, pues de lo contrario ya te habría dado alcance. ¡Pero no tardaré en hacerlo, y entonces te devoraré!

La Tormentosa emitió su alarido de desafío contra el debilitado Dios del Caos y la negra hoja lanzó una estocada a la cabeza flamígera, produciéndole un largo corte en la mejilla. Un fuego más pálido flameó en ésta y algo subió por la espada hasta el corazón de Elric, quien se estremeció en una mezcla de terror y alegría mientras entraba en su cuerpo una parte de la fuerza vital del Dios Ardiente.

Los ojos en llamas de Checkalakh contemplaron la espada y luego a Elric. El Señor del Caos frunció su ceño ardiente y se detuvo.

-Tenías razón: ¡no eres un mendigo ordinario!

-Soy Elric de Melniboné y empuño la Espada Negra. Y mi amo es Arioco, un ser mucho más poderoso que tú, señor Checkalakh.

Algo parecido a un dolor físico se adueñó de las feroces facciones del Dios Ardiente.

-Sí... Hay muchos que son más poderosos que yo, Elric de Melniboné.

Elric se secó el sudor de la cara y aspiró grandes bocanadas de aire caliente.

-Entonces, ¿por qué no unimos nuestras fuerzas? Entre los dos, podríamos romper la barrera que cierra la entrada y vengarnos de quienes han conspirado para encarcelarnos aquí.

Checkalakh movió la cabeza en gesto de negativa y se desprendieron de ella pequeñas lenguas de fuego.

-Esa entrada sólo se abrirá cuando yo muera -dijo-. Así lo decretó el duque Donblas del Orden cuando me encerró. Aunque consiguiéramos destruir la barrera mágica que sella la entrada, eso significaría mi muerte. Por tanto, poderoso entre los mortales, debo luchar contigo y devorarte.

Elric echó a correr de nuevo en una búsqueda desesperada de la entrada, sabiendo que la única luz que podía esperar encontrar en el laberinto procedía del propio Dios Ardiente. Aunque lograra derrotar al dios, seguiría atrapado en el complicado rompecabezas de pasadizos.

Y entonces se dio cuenta de que volvía a estar en el lugar donde había sido arrojado a través de la membrana.

- ¡Por esa abertura sólo se puede entrar en mi prisión, no salir de ella! -anunció Checkalakh.

- ¡Ya lo sé!

Elric asió con más fuerza la empuñadura de la Tormentosa y volvió el rostro hacia el ser de fuego. Incluso mientras su espada se movía a un lado y a otro, parando todos los intentos de alcanzarle del Dios Ardiente, Elric sintió lástima por aquella criatura que había acudido en respuesta a las invocaciones de los mortales y había terminado encarcelado para su desgracia.

Pero las ropas del albino empezaban ya a humear y, aunque la Tormentosa le aportó renovadas energías cada vez que tocaba al Dios Ardiente, el calor empezaba a abrumarle. Había dejado de sudar y ahora tenía la piel reseca, a punto de cuartearse. En sus manos blancas se estaban formando ampollas y pronto sería incapaz de sostener el arma con ellas.

- ¡Arioco! -exclamó con un jadeo-. ¡Aunque mi adversario sea un Señor del Caos como tú, ayúdame a derrotarle!

Pero Arioco no le proporcionó ninguna ayuda. El albino ya sabía, por boca de su propio demonio protector, que se estaban preparando grandes planes en la Tierra y en los Mundos Superiores y que Arioco apenas tenía tiempo, ni siquiera para su favorito entre los mortales.

Con todo, por pura costumbre, Elric continuó murmurando el nombre de Arioco mientras movía la espada de modo que ésta golpeara primero las manos en llamas de Checkalakh y luego su hombro ardiente. Una nueva oleada de vigor procedente del Señor del Caos penetró en él.

A Elric le pareció que incluso la Tormentosa empezaba a arder y el dolor de sus manos cubiertas de ampollas se hizo tan intenso que, al final, fue la única sensación de la que tuvo conciencia. Se tambaleó hacia atrás contra la membrana iridiscente y notó su textura carnosa en la espalda. Las puntas de sus largos cabellos empezaban a humear y gran parte de sus ropas estaba completamente chamuscada.

Sin embargo, le dio la impresión de que Checkalakh se estaba debilitando. Sus llamas ardían con menos brillo y en su rostro de ruego empezaba a formarse una expresión de resignación.

Elric recurrió al dolor como única fuente de energía e hizo que éste sostuviera la espada, la levantara sobre su cabeza y la descargara en un gran mandoble dirigido a la cabeza del dios.

Y, al tiempo-que la hoja negra descendía, el fuego del Dios Ardiente empezó a apagarse. En el instante siguiente, la Tormentosa encontró su objetivo y Elric lanzó un grito mientras una enorme oleada de energía invadía su cuerpo con tal fuerza que le hizo retroceder. La espada mágica le cayó de la mano y el albino sintió que su carne no podía soportar lo que ahora la invadía. Rodó por el suelo con un gemido y pateó el aire al tiempo que alzaba hacia el techo sus manos nudosas y llenas de ampollas, como si suplicara al ser que tenía poder para hacerlo que pusiera fin a lo que le estaba sucediendo. En sus ojos no había lágrimas, pues parecía que incluso la sangre había empezado a hervir en sus venas.

- ¡Arioco! ¡Sálvame! -gritó el albino, estremeciéndose-. ¡Arioco! ¡Haz que cese lo que me está sucediendo!

Se sentía lleno de la energía de un dios y su cuerpo mortal no estaba preparado para contener tal fuerza.

- ¡Ahh! ¡Líbrame de esto!

Mientras se retorcía de dolor, advirtió la aparición de un rostro sereno y hermoso que le observaba. Vio a un hombre alto, mucho más que él, y supo que no tenía ante sí a un mortal, sino a otro dios.

- ¡Ya ha pasado todo! -musitó una voz dulce y pura. Y, aunque el ser no se movió, a Elric le dio la impresión de que le acariciaban unas manos dulces. El dolor empezó a remitir y la voz continuó hablando.

-Hace muchos siglos, yo, Donblas el Justiciero, vine a Nadsokor para liberarla del poder del Caos. Sin embargo, llegué demasiado tarde. El mal atrajo más maldad, como siempre sucede, y yo no podía intervenir demasiado en los asuntos de los mortales, pues los dioses del Orden hemos jurado dejar que la humanidad cumpla su propio destino, si ello es posible. Con todo, el equilibrio cósmico se balancea ahora como el péndulo de un reloj con un resorte roto y unas fuerzas terribles se han desatado sobre la Tierra. Tú, Elric, eres un servidor del Caos..., pero más de una vez te has puesto al servicio del Orden. Se ha dicho que el destino de la humanidad depende de ti y puede que así sea. Por lo tanto, voy a ayudarte..., aunque con ello esté quebrantando mi propio juramento...

Y Elric cerró los ojos y se sintió en paz por primera vez desde que tenía memoria.

El dolor había desaparecido, pero aún se sentía lleno de una gran energía. Cuando volvió a abrir los ojos, no encontró ningún rostro hermoso mirándole y la membrana iridiscente que sellaba la entrada del laberinto había desaparecido.

Vio la Tormentosa en el suelo cerca de él y, como impulsado por un resorte, el albino se incorporó y recogió la espada mágica, devolviéndola a la vaina. Advirtió que le habían desaparecido las ampollas de las manos e incluso las partes chamuscadas de su indumentaria.

¿Acaso había soñado todo aquello, o la mayor parte?

Sacudió la cabeza en gesto de negativa. Estaba libre, se sentía fuerte y tenía la espada consigo. Ahora, regresaría al salón del rey Urish y se vengaría del tirano de Nadsokor y de Theleb K'aarna.

Escuchó unos pasos y se retiró a las sombras. Por las rendijas del techo del túnel se filtraba una luz, evidenciando que en aquel punto estaba cerca de la superficie. Apareció una figura y Elric la reconoció al instante.

- ¡Moonglum!

El hombre de Elwher sonrió aliviado y envainó sus espadas.

-He acudido aquí para prestarte ayuda, si podía, pero veo que no la necesitas.

-Aquí, no. El Dios Ardiente ya no existe. Más tarde te lo contaré todo. ¿Qué te sucedió en el salón?

-Cuando comprendí que nos habíamos metido en una trampa, eché a correr hacia la puerta; vi que era a ti a quien buscaban y pensé que era mejor que uno de los dos siguiera libre. Pero entonces vi abrirse la puerta y me di cuenta de que los mendigos estaban esperándonos. - Moonglum arrugó la nariz y se sacudió el polvo de los harapos que aún vestía-. Así pues, me encontré tendido en uno de esos montones de basura que cubren el salón de Urish. Me enterré en él y allí me quedé, escuchando lo que sucedía. Cuando he podido, he buscado el túnel con la intención de prestarte la ayuda que pudiera.

-¿Y dónde están ahora Urish y Theleb K'aarna?

-Parece que se disponen a cumplir la parte del pacto que el hechicero tiene con Urish. Éste no se sentía demasiado contento con el plan para atraerte a Nadsokor, pues teme tu poder...

- ¡Razón tiene para ello! ¡Sobre todo ahora!

-Sí. Pues bien, parece que Urish se ha enterado de algo que nosotros ya sabíamos: que la caravana de Tanelorn ha emprendido el viaje de vuelta a la ciudad. Urish tiene cierto conocimiento de Tanelorn, aunque creo que no mucho, y profesa un odio irracional por esa ciudad, tal vez porque representa lo opuesto a lo que es Nadsokor.

-¿Y proyectan asaltar la caravana de Rackhir?

-Exacto. Y Theleb K'aarna invocará a las criaturas del Infierno para asegurarse de que el ataque tiene éxito. Al parecer, Rackhir no puede recurrir a ninguna práctica mágica.

-En una ocasión sirvió al Caos, pero no ha vuelto a hacerlo -asintió Elric-. Los habitantes de Tanelorn no pueden tener amos sobrenaturales.

-Es lo que deduje de la conversación.

-¿Cuándo piensan realizar el ataque?

-Ya han emprendido la marcha. Han partido inmediatamente después de desembarazarse de ti. Urish estaba impaciente.

-Es muy raro que los mendigos realicen un asalto directo a una caravana.

-No siempre cuentan con un poderoso hechicero por aliado.

-Tienes razón. - Elric frunció el ceño-. Y mis poderes mágicos también son limitados, sin el Anillo de los Reyes en mi mano. Las cualidades sobrenaturales de ese aro me identifican como auténtico miembro de la Estirpe Real de Melniboné, una estirpe que ha realizado incontables pactos con los Seres Superiores. Primero debo recuperar el anillo y luego iremos de inmediato en socorro de Rackhir.

Moonglum dirigió un vistazo a la puerta.

-Escuché algo sobre proteger el Tesoro de Urish durante su ausencia. Tal vez haya un puñado de hombres armados en el salón.

-Ahora que estamos preparados y que llevo dentro de mí la fuerza del Dios Ardiente -respondió Elric con una sonrisa-, creo que seríamos capaces de enfrentarnos solos a todo un ejército, Moonglum.

A éste se le iluminaron los ojos.

- ¡Entonces, te conduciré de vuelta al trono! Ven. Este pasadizo lleva a una puerta que se abre en una pared del salón, cerca del trono.

Se internaron por el pasadizo a la carrera hasta que, por fin, llegaron ante la puerta que Moonglum había mencionado. Elric no se detuvo sino que sacó la espada e hizo astillas el obstáculo. Sólo cuando estuvo en el salón hizo una pausa. El lóbrego lugar estaba iluminado ahora por la luz diurna, pero de nuevo aparecía desierto. No vio apostado ningún mendigo armado.

En cambio, instalado en el trono de Urish, se encontraba un ser grueso y escamoso de piel amarilla, verde y negra. Una bilis parduzca resbalaba de su jeta sonriente cuando alzó una de sus numerosas patas en un saludo burlón.

-Bienvenido -siseó el ser monstruoso-, y ten cuidado, pues soy el guardián del Tesoro de Urish.

-Es un ser del Infierno -dijo Elric a Moonglum-. Un demonio invocado por Theleb K'aarna. El hechicero debe haber pasado mucho tiempo preparando sus conjuros, si es capaz de dominar a tantos sirvientes sobrenaturales.

Frunció el ceño y sopesó la Tormentosa en su mano pero, cosa extraña, la espada mágica no pareció ávida de combate.

-Te lo advierto -siseó el demonio-, no me puede matar ninguna espada, ni siquiera la tuya. Tengo un pacto de protección...

-¿De dónde ha salido? -cuchicheó Moonglum, observando con cautela al demonio.

-Pertenece a una raza de diablos utilizada por todos los dotados de poderes mágicos. Es un guardián. No atacará mientras nosotros no lo hagamos, pero es prácticamente invulnerable a las armas humanas y, en este caso, tiene un hechizo mágico contra las espadas, aunque sean sobrenaturales. Si tratáramos de matarle con nuestras armas, se echarían sobre nosotros todos los poderes del Infierno. No tendríamos la menor posibilidad de sobrevivir.

- ¡Pero tú acabas de destruir a un dios! ¡Un demonio no es nada, comparado con eso!

-Era un dios débil -le recordó Elric-, y éste es un demonio fuerte, pues representa a todos los demonios, que acudirían en su ayuda para cumplir con su pacto de protección.

-¿No tenemos, pues, posibilidad de derrotarlo?

-No debemos intentar nada, si queremos ayudar a Rackhir. Tenemos que llegar a nuestros caballos y tratar de poner sobre aviso a la caravana. Quizá más adelante podamos volver e idear algún hechizo que nos ayude a enfrentarnos a ese demonio. -Elric dirigió una sardónica reverencia al diablo guardián, devolviéndole el saludo-. Adiós, ser despreciable. ¡Ojalá tu amo no vuelva para liberarte y tengas que quedarte eternamente en medio de toda esta basura!

El demonio guardián babeó de rabia.

- ¡Mi amo es Theleb K'aarna, uno de los hechiceros más poderosos de tu especie!

- ¡De la mía, no! -replicó Elric, sacudiendo la cabeza- Muy pronto le daré muerte. Y luego te dejaré aquí hasta que descubra el modo de destruirte.

Entre displicente e irritado, el demonio cruzó sus múltiples brazos y cerró los ojos.

Elric y Moonglum cruzaron la estancia cubierta de mugre en dirección a la puerta.

Cuando llegaron a la escalinata que conducía al foro, los dos estaban a punto de vomitar. Con la bolsa, a Elric le habían robado el resto de la pócima y su olfato estaba ahora desprotegido frente al hedor. Moonglum escupió en los peldaños mientras descendía hacia la plaza y, al levantar la mirada, dio un respingo y desenvainó sus dos espadas cruzando los brazos para asir cada una con la mano contraria.

-¡Elric!

Una decena de mendigos corría hacia ellos armada de garrotes, hachas y navajas. Elric soltó una risotada.

- ¡ Aquí tienes un bocado de tu gusto, Tormentosa!

La desenvainó, y movió la espada aullante en torno a la cabeza, avanzando implacablemente hacia los mendigos. Casi al instante, un par de ellos se detuvo y emprendió la huida, pero el resto continuó corriendo hacia la pareja.

Elric bajó un poco la espada y segó una cabeza y produjo un profundo corte en el hombro del segundo mendigo antes de que la sangre del primero hubiera empezado a manar.

Moonglum saltó hacia adelante con sus dos finas espadas y trabó combate con dos de sus adversarios a la vez. Elric lanzó una estocada y otro de ellos empezó a gritar y agitarse, agarrado de la hoja que, implacable, le absorbía la vida y el alma.

La Tormentosa emitía ahora una canción cargada de ironía y tres de los mendigos supervivientes arrojaron sus armas y desaparecieron por el otro extremo de la plaza mientras Moonglum ensartaba a sus dos oponentes en el corazón con dos estocadas limpias y simultáneas. Elric acabó con el resto de la partida, que le pedía piedad con gritos y gemidos.

Devolvió la espada a su funda, contempló la matanza carmesí que había causado, se limpió los labios como si terminara de disfrutar de un banquete con un gesto que causó escalofríos a Moonglum y dio unas palmaditas en el hombro a su compañero.

- ¡Vamos! ¡Corramos en ayuda de Rackhir!

Mientras iba tras el albino, Moonglum se dijo que Elric había absorbido algo más que la fuerza vital del Dios Ardiente en su encuentro en el laberinto. Desde que había salido de éste, mostraba mucha de la dureza e insensibilidad de los Señores del Caos.

Desde que había salido del túnel, Elric parecía un auténtico guerrero de la antigua Melniboné.

5
Seres que no son mujeres

Los mendigos habían celebrado tanto su triunfo sobre el albino y se habían concentrado tanto en sus planes para el ataque a la caravana de Tanelorn, que habían olvidado ir en busca de los caballos en los que Elric y Moonglum habían llegado a Nadsokor.

El albino y su compañero encontraron las monturas donde las habían dejado la noche anterior. Los magníficos corceles de Shazar pacían en el prado como si sólo llevaran unos minutos esperando.

Montaron a las sillas y muy pronto cabalgaban a toda la velocidad que les proporcionaban sus ligeras monturas, en dirección norte nordeste, hacia el punto donde calculaban que estaría la caravana.

Poco después de mediodía la divisaron por fin. Una larga hilera de carromatos y caballos engalanados con ricas sedas de vivos colores y arneses profusamente decorados se extendía por el fondo de un valle poco profundo. Y, rodeando la caravana por ambos lados, se encontraba el escuálido y heterogéneo ejército de mendigos del rey Urish de Nadsokor.

Elric y Moonglum detuvieron sus caballos cuando alcanzaron la cresta de la colina y observaron el panorama.

Theleb K'aarna y el rey Urish no aparecían por ningún lado hasta que Elric les localizó en la colina al otro lado del valle. Por el modo en que el hechicero extendía sus brazos hacia el cielo intensamente azul, Elric dedujo que ya estaba invocando la ayuda que había prometido a Urish.

Abajo, Elric vio un destello encarnado que reconoció como la vestimenta del Arquero Rojo. Cuando se fijó mejor, vio un par de figuras más que le resultaron conocidas. Eran Brut de Lastimar, con su cabello rubio y su cuerpo de enorme corpulencia, bajo el cual su caballo de combate parecía un poni, y Carkan, que en otro tiempo había sido de Pan Tang pero que ahora vestía la capa a cuadros y la gorra de piel de los bárbaros de Ilmiora Meridional. El propio Rackhir había sido Sacerdote Guerrero del país de Moonglum, más allá del Desierto de los Suspiros, pero todos aquellos hombres habían jurado a sus dioses retirarse a vivir a la pacífica Tanelorn donde, se decía, ni siquiera los más poderosos Señores de los Mundos Superiores podían entrar. A Tanelorn la Eterna, que había existido desde hacía incontables ciclos y que sobreviviría a la misma Tierra.

Ignorante del plan de Theleb K'aarna, Rackhir no estaba demasiado preocupado, al parecer, por la presencia de la horda de mendigos, cuyo armamento era tan pobre como el del grupo que se había enfrentado a Elric y Moonglum en Nadsokor.

-Tenemos que cruzar sus filas y llegar junto a Rackhir en seguida -dijo Moonglum.

Elric asintió pero no hizo el menor movimiento. Estaba mirando la colina de enfrente donde Theleb K'aarna continuaba su encantamiento, tratando de adivinar qué clase de ayuda estaba invocando el hechicero.

Un momento después, Elric soltó un aullido y espoleó su caballo, lanzándolo al galope ladera abajo. Moonglum, casi tan sorprendido como los propios mendigos, siguió a su compañero hacia el grueso de la horda harapienta, descargando golpes con su espada más larga a diestro y siniestro.

La Tormentosa que empuñaba Elric emitió un fulgor negro al tiempo que abría una senda sangrienta a través del ejército de mendigos, dejando tras él un amasijo de cuerpos mutilados, entrañas esparcidas y miradas muertas en las que podía leerse el horror.

El caballo de Moonglum quedó bañado en sangre hasta el lomo y relinchó, resistiéndose a seguir al diabólico albino de la espada negra, pero Moonglum, temeroso de que las filas de los mendigos se cerraran en torno a él, obligó a su montura a continuar avanzando hasta que, al fin, los dos jinetes forzaron el cerco y se encontraron cabalgando hacia la caravana. En ese instante, alguien pronunció a gritos el nombre de Elric.

Era Rackhir, el Arquero Rojo, vestido de escarlata de pies a cabeza, con un arco rojo de hueso en la mano y, a la espalda, un carcaj también encarnado de flechas con plumas carmesíes. El hombre se cubría la cabeza con un gorro de piel escarlata, decorado con una única pluma del mismo color, y mostraba unas facciones curtidas y enjutas, casi desprovistas de carne. Rackhir había luchado al lado de Elric antes de la caída de Imrryr y juntos habían descubierto las Espadas Negras. Tras ello, Rackhir había partido en busca de Tanelorn y la había encontrado al fin.

Elric no había vuelto a ver a Rackhir desde entonces. Ahora, apreció una envidiable sensación de tranquilidad en los ojos del arquero. Rackhir había sido en otro tiempo un Sacerdote Guerrero de las tierras del Este al servicio del Caos, pero ahora no servía a nadie más que a su pacífica Tanelorn.

- ¡Elric! ¿Has venido para ayudarnos a mandar a Urish y sus mendigos de vuelta al sitio de donde han venido? -Rackhir sonreía, visiblemente complacido de ver a su viejo amigo-. ¡Y Moonglum! ¡No había vuelto a verte desde que dejé las tierras del Este! ¿Cuándo os habéis conocido?

-Han sucedido muchas cosas desde nuestro último encuentro, Rackhir -dijo Moonglum con una sonrisa. El Arquero Rojo se frotó su nariz aguileña.

-Sí, eso he oído -respondió. Elric se apresuró a desmontar.

-No tenemos tiempo para recuerdos ahora, Rackhir. Corres un peligro más grave de lo que supones.

-¿Qué dices? ¿Desde cuándo temes a la chusma apestosa de Nadsokor? ¡Observa lo rudimentario de su armamento!

-Con esos mendigos viene un hechicero de Pan Tang, Theleb K'aarna. Mira: ahí está, en esa colina. Rackhir frunció el ceño.

- ¡Brujería! Poca protección tengo actualmente contra ella. ¿Sabes si es muy bueno ese hechicero?

-Es uno de los más poderosos de Pan Tang.

-... Y los brujos de Pan Tang casi igualan a los de tu raza en conocimientos, ¿no es cierto, Elric?

-Me temo que en estos momentos incluso me supere, pues Urish me ha robado el anillo Actorios.

Rackhir miró a Elric con extrañeza, advirtiendo en el rostro del albino algo que, evidentemente, no había visto en él la última vez que habían estado juntos.

-Bien -murmuró al fin-, tendremos que defendernos como mejor podamos...

-Si desenganchas los caballos de los carros para que todos tus hombres puedan montar, quizá logremos escapar antes de que Theleb K'aarna conjure la ayuda sobrenatural que está invocando, sea la que sea.

Elric movió la cabeza en un gesto de saludo cuando vio acercarse, sonriente, al gigantesco Brut de Lashmar, que había sido un héroe en su ciudad antes de caer en el descrédito.

Rackhir rechazó la sugerencia del albino:

-Tanelorn necesita las provisiones que traemos.

-Mira ahí -intervino Moonglum sin alzar la voz.

En lo alto de la colina donde habían visto a Theleb K'aarna se alzaba ahora una densa nube roja, como una columna de sangre en un agua clara.

-Lo está consiguiendo -murmuró Rackhir-. ¡Brut! ¡Que todo el mundo monte! No tenemos tiempo para preparar más defensas, pero tendremos la ventaja de estar a caballo cuando ataquen.

Brut se alejó al galope, gritando órdenes a los hombres de Tanelorn. Éstos se apresuraron a desenganchar los carromatos y aprestar las armas.

La nube encarnada empezaba a dispersarse y de ella iban surgiendo unas siluetas. Elric trató de distinguirlas pero la distancia se lo impidió. Montó de nuevo a la silla de su caballo mientras los jinetes de Tanelorn se organizaban en unidades que, cuando se produjera el ataque, se lanzarían al galope entre los mendigos -carentes de monturas- hasta cruzar sus filas. Rackhir hizo un gesto con la mano a Elric y se dirigió a encabezar una de las columnas de caballería. Elric y Moonglum se encontraron al frente de una decena de guerreros armados con hachas, picas y lanzas.

Entonces, sobre el expectante silencio, se escuchó el graznido de la voz de Urish.

- ¡Al ataque, mis mendigos! ¡Están perdidos!

La multitud de mendigos empezó a descender por las laderas del valle. Rackhir alzó la espada como señal a sus hombres. El primer grupo de jinetes se separó de la caravana, dirigiéndose al encuentro de los atacantes.

Un gran griterío resonó en el valle cuando los guerreros de Tanelorn chocaron con sus enemigos, blandiendo sus armas a diestro y siniestro.

Elric vio la capa a cuadros de Carkan entre un mar de harapos, brazos mugrientos, garrotes y navajas. Vio también la gran cabeza rubia de Brut sobresaliendo de una masa de miseria humana.

-Esas criaturas no son rival para los guerreros de Tanelorn -dijo Moonglum.

Elric señaló hacia la colina con aire sombrío.

-Tal vez prefieran a sus nuevos enemigos. Moonglum se volvió y soltó una exclamación.

- ¡Son mujeres!

Elric sacó la Tormentosa de su funda.

-No son mujeres -replicó-. Son elenoinas. Proceden del Octavo Plano y no son humanas. Ya verás.

-¿Las conoces?

-Mis antepasados se enfrentaron a ellas una vez.

Un extraño ulular agudísimo taladró sus oídos. Procedía de la ladera de la colina, donde volvía a distinguirse la figura de Theleb K'aarna. El sonido procedía de aquellos seres que Moonglum seguía tomando por mujeres de carne y hueso. Mujeres pelirrojas cuya cabellera les llegaba casi hasta las rodillas y constituía el único velo de sus cuerpos desnudos. Las elenoinas descendieron como en una danza por la ladera hacia la sitiada caravana, volteando sobre sus cabezas pesadas espadas que debían medir más de metro y medio.

-Theleb K'aarna es muy astuto -murmuró el albino-. Los guerreros de Tanelorn vacilarán antes de herir a una mujer. Y, mientras titubean, las elenoinas acabarán con ellos con perversa ferocidad.

Rackhir ya se había percatado también de la presencia de las elenoinas y había reconocido a qué se enfrentaba.

- ¡No os dejéis engañar, guerreros! -gritó-. ¡Estas criaturas son demonios!

Volvió la cabeza hacia Elric y éste vio una expresión resignada en su rostro, pues el Arquero Rojo conocía el poder de las elenoinas. Espoleó su caballo hasta llegar junto al albino y le preguntó qué podían hacer.

-¿Qué pueden hacer los mortales frente a las elenoinas? -respondió Elric con un suspiro.

-¿No posees ningún recurso mágico?

-Con el Anillo de los Reyes, tal vez podría conjurar a los grahluk, enemigos ancestrales de esas furias. Theleb K'aarna ya ha abierto una puerta al Octavo Plano.

-¿No podrías tratar de invocarlos? -suplicó Rackhir.

-Mientras lo intentara, no podría ayudarte con mi espada y creo que hoy ha de sernos más útil la Tormentosa que los conjuros.

Rackhir se estremeció y se alejó sobre su caballo para ordenar a sus hombres que reforzaran sus filas, pero sabía a ciencia cierta que todos ellos iban a morir.

De pronto, los mendigos retrocedieron también, tan aterrados por la presencia de las elenoinas como los hombres de Tanelorn.

Sin dejar de entonar su .cántico agudo y escalofriante, las elenoinas bajaron sus espadas y se desplegaron por la colina, mirando a los hombres con una sonrisa.

-¿Cómo pueden...? -empezó a decir Moonglum, pero entonces vio sus ojos enormes, anaranjados, y vio sus dientes largos, puntiagudos y relucientes como si fueran de metal.

Los jinetes de Tanelorn retrocedieron hacia los carromatos dispuestos en una larga hilera desordenada. El horror, la desesperación y la incertidumbre se reflejaban en todos los rostros salvo el de Elric, que mostraba una expresión de torva cólera. Sus ojos carmesíes echaban fuego mientras sostenía la Tormentosa cruzada sobre la perilla de la silla de montar y contemplaba a las diabólicas mujeres.

El cántico de las elenoinas se hizo más y más estridente, hasta taladrarles el tímpano a los humanos y revolverles el estómago. Las furias alzaron sus brazos delgados y se pusieron de nuevo a voltear las espadas por encima de sus cabezas, sin dejar de mirarles con sus ojos insensibles y animalescos, maliciosos y carentes de parpadeo.

Entonces, Carkan de Pan Tang, con su gorro de piel ladeado en la cabeza y la capa a cuadros ondeando al viento, lanzó un grito sofocado y, azuzando a su poderoso caballo, se lanzó contra ellas volteando también su espada.

- ¡Atrás, demonios! ¡Atrás, engendros del Infierno!

- ¡Aaaaaaah! -exclamaron las elenoinas con anticipada delectación-. ¡Iiiiiiiih! -entonaron.

Y Carkan se vio de pronto en medio de una decena de espadas finas y cortantes y tanto él como su caballo quedaron, en un abrir y cerrar de ojos, convertidos en pequeños pedazos de carne amontonados a los pies de las elenoinas, cuyas risas llenaron el valle mientras algunas se agachaban para hincar sus afiladas dentaduras en los restos descuartizados.

Un rugido de horror y de odio se alzó entonces entre las filas de Tanelorn y los jinetes, presa de la histeria y el miedo y la repugnancia, cargaron gritando contra las infernales mujeres, que se rieron aún más fuerte y continuaron volteando sus afiladas espadas.

La Tormentosa emitió un murmullo como si captara el estrépito del combate, pero Elric no se movió mientras contemplaba la escena, pues sabía que las elenoinas seguirían matando como acababan de hacer con Carkan.

- ¡Tiene que haber algún hechizo contra ellas, Elric! -murmuró Moonglum.

- ¡Lo hay, pero no puedo invocar a los grahluk! -Elric respiraba entrecortadamente y su cerebro era un torbellino-. ¡No puedo, Moonglum!

- ¡Por Tanelorn, debes intentarlo!

Entonces, Elric picó espuelas y, con la aullante Tormentosa en la mano, se lanzó contra las elenoinas e invocó a gritos el nombre de Arioco como lo habían invocado sus antepasados desde la fundación de Imrryr.

- ¡Arioco! ¡Arioco! ¡Sangre y almas para mi señor Arioco!

Paró el golpe de la espada de una elenoina y observó sus ojos animalescos al tiempo que la Tormentosa transmitía a su brazo la vibración del impacto. Golpeó a su vez, pero el diablo con apariencia de mujer paró la embestida. La cabellera rojiza se agitó en el aire y se enroscó en torno al cuello del albino, pero éste cortó el mechón de un tajo y la presión se relajó. Lanzó una estocada al cuerpo desnudo pero la elenoina saltó a un lado. Un nuevo golpe silbante de la fina espada y Elric se vio obligado a echarse hacia atrás para evitarlo, cayendo de la silla. Se puso en pie al instante para protegerse de un segundo ataque, empuñó la Tormentosa con ambas manos y avanzó con la negra hoja por delante hasta ensartarla en su liso vientre. La elenoina soltó un rugido de rabia y una sustancia verdusca y pestilente empezó a brotar de la herida. La mujer infernal cayó al suelo entre gruñidos y mi- radas rabiosas, aún con vida. Elric descargó el filo de la Tormentosa en su cuello y la cabeza rodó por el suelo mientras la larga cabellera trataba de enroscarse en torno a sus tobillos. El albino se apresuró a recoger la cabeza y echó a correr colina arriba, donde se habían congregado los mendigos para contemplar la destrucción de los guerreros de Tanelorn. Al verle aparecer, los mendigos rompieron filas y echaron a correr, pero Elric alcanzó a uno de ellos en la espalda con la punta

de la hoja. El hombre cayó e intentó continuar a rastras, pero las rodillas no le sostuvieron y cayó de bruces sobre la hierba tinta en sangre. Elric levantó del suelo al desgraciado y se lo echó al hombro. Después, dio media vuelta y corrió pendiente abajo hacia los carromatos del valle. Los guerreros de Tanelorn se estaban batiendo bien, pero las elenoinas ya había reducido su número a la mitad. Casi increíblemente, había también varios cadáveres de aquellos seres monstruosos tendidos en el campo de batalla.

Elric vio a Moonglum defendiéndose con sus dos espadas. Vio a Rackhir montado todavía y dando órdenes a sus hombres. Vio a Brut de Lashmar en el centro del combate. Sin embargo, el albino continuó corriendo hasta quedar a cubierto de uno de los carromatos y depositó en el suelo su botín sanguinolento. Con la punta de la espada, abrió en canal el cuerpo contrahecho del mendigo; luego, recogió la cabellera de la elenoina y la empapó en la sangre del desgraciado.

Después se incorporó, vuelto hacia el oeste, con la melena ensangrentada en una mano y la Tormentosa en la otra. Levantó al unísono la cabeza y la espada y empezó a hablar en la ancestral Lengua Alta de Melniboné, recordando las palabras que había leído en el viejo libro de hechizos de su padre:

«Debe utilizarse el cabello de una Elenoina, sostenido en dirección al oeste y empapado en la sangre de un enemigo, para conjurar a los enemigos de las Elenoinas, los Grahluks».

Así pues, procedió a la invocación:

¡Venid, Grahluks!¡Venida matar!
¡Venid, Grahluks, y acabad con vuestro viejo enemigo!
¡Que sea éste el día de vuestra victoria!

Las fuerzas que había absorbido del Dios Ardiente fueron abandonándole mientras utilizaba la energía para llevar a cabo el conjuro. Y era posible que, sin el Anillo de los Reyes, estuviera gastando esas fuerzas inútilmente.

¡Grahluks, acudid sin tardanza!
¡Venida matara vuestro enemigo ancestral!
¡Que sea éste el día de vuestra victoria!

El conjuro era mucho menos complejo que la mayoría de los que había empleado en el pasado, pero le exigió más esfuerzo que ninguno de los que había realizado en su vida.

- ¡Os conjuro a que aparezcáis, Grahluks! ¡Venid aquí a vengaros de quienes os expoliaron!

Según las leyendas, muchos ciclos atrás las elenoinas habían expulsado a los grahluks de sus tierras en el Octavo Plano, y los grahluks sólo vivían desde entonces para vengarse cada vez que se presentaba la ocasión.

En torno a Elric, el aire vibró y adoptó un color pardo, luego verde y, por fin, negro.

- ¡Grahluks! ¡Venid a destruir a las Elenoinas! -La voz de Elric era cada vez más débil-. ¡Grahluks, la puerta está abierta!

Y el suelo tembló y una extraña ventolera agitó los cabellos empapados en sangre de la mujer infernal y el aire se hizo denso y púrpura y Elric cayó de rodillas sin dejar de repetir la invocación.

- ¡Grahluks...!

Se escuchó un siseo, que se convirtió en gruñido. Un hedor inexpresable impregnó el aire.

Los grahluks habían acudido. Eran criaturas simiescas de aspecto tan bestial como las elenoinas y portaban redes, cuerdas y escudos. Según las leyendas, las dos especies habían poseído inteligencia; de hecho, grahluks y elenoinas habían formado parte de la misma especie, en dos ramas que habían evolucionado por separado.

Surgieron a puñados de la niebla púrpura y se quedaron mirando a Elric, que aún seguía arrodillado. Elric señaló el lugar donde los guerreros de Tanelorn que quedaban en condiciones seguían combatiendo a las mujeres infernales.

-Allí...

Los grahluks, hambrientos de batalla, gruñeron y se lanzaron contra las elenoinas.

Las criaturas conjuradas por Theleb K'aarna vieron llegar a sus enemigos y sus voces agudas cambiaron de tono al tiempo que se retiraban una corta distancia ladera arriba.

Elric se incorporó a duras penas y gritó con voz exhausta:

- ¡Rackhir! ¡Retira a tus guerreros! Los grahluks se ocuparán ahora del trabajo...

- ¡Finalmente, nos has socorrido! -exclamó el Arquero Rojo, obligando a su caballo a dar media vuelta.

Tenía las ropas hechas jirones y mostraba una decena de heridas en el cuerpo.

Los hombres de Tanelorn vieron destellar redes y lazos de cuerda sobre las elenoinas, cuyas espadas se veían frenadas por los escudos de sus adversarios. Vieron cómo las aullantes mujeres del Infierno eran aplastadas y asfixiadas y cómo parte de sus entrañas eran devoradas entre gruñidos por aquellos demonios simiescos.

Y, cuando hubieron acabado con la última de las elenoinas, los grahluks tomaron las espadas de éstas, las volvieron hacia sí mismos y se arrojaron sobre ellas.

- ¡Se están suicidando! -exclamó Rackhir-. ¿Por qué?

-Sólo viven para destruir a las elenoinas. Una vez lo han conseguido, no tienen ninguna otra razón para existir.

Elric estuvo a punto de desmayarse y entre Rackhir y Moonglum le sostuvieron.

- ¡Mirad! -exclamó Moonglum con una carcajada-. ¡Los mendigos huyen!

- ¡Theleb K'aarna! -murmuró Elric-. Tenemos que apresar al hechicero...

-Sin duda, ya habrá huido a Nadsokor con Urish.

-Tengo que... es preciso que recupere el Anillo de los Reyes.

-Es evidente que puedes llevar a cabo tus hechizos sin él -comentó el Arquero Rojo.

-¿De veras?

Elric alzó la cabeza y mostró el rostro a Rackhir, que bajó los ojos y asintió.

-Te ayudaremos a recobrar el anillo -aceptó Rackhir en voz baja-. Los mendigos no volverán a ser problema. Cabalgaremos contigo a Nadsokor.

-Esperaba que lo hicierais. -Elric subió con dificultad a la silla de un caballo superviviente y tiró de las riendas, dirigiendo su montura hacia la ciudad de los mendigos-. Tal vez vuestras flechas consigan lo que mi espada no puede...

-No te comprendo -dijo Rackhir.

-Te lo explicaremos por el camino -intervino Moonglum, montando a su vez.

6
El demonio burlón

Tiempo después, los guerreros de Tanelorn cabalgaban por las calles inmundas de Nadsokor.

Elric, Moonglum y Rackhir iban al frente de la columna pero en su actitud no había aire alguno de ostentación y triunfo. Los jinetes no miraban a derecha ni a izquierda y los mendigos ya no constituían ninguna amenaza, pues no se atrevían a atacar sino que preferían ocultarse en las sombras.

Un brebaje preparado por el Arquero Rojo había ayudado a Elric a recobrar parte de sus energías, y el albino ya no avanzaba recostado sobre el cuello de su montura sino que iba erguido en la silla mientras cruzaban el foro y llegaban al palacio del rey de los mendigos.

Elric no se detuvo ante la puerta, sino que obligó al caballo a subir los escalones y penetrar en el lóbrego salón.

- ¡Theleb K'aarna! -gritó.

Su voz resonó en el salón, pero el hechicero de Pan Tang no respondió.

Los braseros de basura se avivaron con el viento de la puerta abierta e iluminaron un poco más el estrado del fondo.

- ¡Theleb K'aarna!

Postrada ante el trono había una figura sucia y harapienta, pero no era el hechicero. El tipo, entre sollozos y gemidos, le suplicaba al ser que ocupaba el asiento real.

Elric penetró un poco más en el salón, sin desmontar, hasta ver con claridad a los protagonistas de la escena.

Recostado en el gran trono de roble negro estaba el demonio que ya conocía. Tenía los brazos cruzados y los ojos cerrados y parecía hacer oídos sordos, en actitud un tanto teatral, a las súplicas del hombre arrodillado a sus pies.

El resto de la columna, también a caballo, penetró tras Elric en el salón y juntos avanzaron hasta el estrado, ante el cual se detuvieron.

La figura hincada de rodillas volvió la cabeza. Era Urish, que soltó una exclamación cuando vio a Elric. Al instante, extendió una de sus manos mutiladas para agarrar el hacha, abandonada a cierta distancia.

Elric emitió un suspiro.

-No temas, Urish. Estoy cansado de derramar sangre y no busco tu muerte.

El demonio abrió los ojos.

- ¡Has regresado, príncipe Elric! -exclamó. El albino captó una indefinible diferencia en su tono de voz.

-Sí. ¿Dónde está tu amo?

-Me temo que ha huido de Nadsokor para siempre.

- Y te ha dejado aquí sentado para toda la eternidad, ¿no?

El demonio inclinó la cabeza.

Urish tocó la pierna de Elric con su mano nauseabunda.

- ¡Elric..., ayúdame! Debo conseguir mi Tesoro. ¡Es todo lo que tengo! Destruye a ese demonio y te devolveré tu Anillo de los Reyes.

-Muy generoso por tu parte, rey Urish -replicó el albino con una sonrisa.

Por el rostro demacrado de Urish resbalaron unas lágrimas sobre la mugre.

-Por favor, Elric, te lo ruego...

-Tengo intención de destruir al demonio -declaró. Urish le miró con aire nervioso.

-¿Y a alguien más?

-La decisión es cosa de los hombres de Tanelorn a los que has tratado de robar y a cuyos amigos has causado la muerte de forma tan espantosa.

- ¡Eso fue cosa de Theleb K'aarna, no mía!

-¿Y dónde está el hechicero ahora?

-Cuando desencadenaste a esos monstruos simiescos contra nuestras elenoinas, escapó del valle. Se dirigió al río Varkalk, en dirección a Troos.

Sin volver la cabeza, Elric dijo a continuación:

-¿Rackhir? ¿Quieres probar tus flechas ahora?

Se oyó el zumbido de la cuerda de un arco y un dardo se clavó en el pecho del demonio. La flecha vibró en el blanco; el demonio la observó con un ligero interés y luego aspiró profundamente. Con la inspiración, la flecha penetró más en su cuerpo, hasta quedar por último completamente absorbida.

- ¡Aaaah! -exclamó Urish, tomando el hacha Sajacarnes-. ¡Eso no va a dar resultado!

Una segunda flecha partió del arco escarlata de Rackhir y también ésta fue absorbida, igual que una tercera.

Urish estaba ahora fuera de sí, blandiendo el hacha. Elric le gritó una advertencia:

- ¡Rey Urish, ese demonio tiene un hechizo protector contra espadas!

El demonio hizo sonar las escamas.

-No estoy seguro de si eso que llevas es una espada. Urish titubeó. La saliva le corría por la barbilla y sus ojos enrojecidos giraban de un lado a otro.

- ¡Desaparece, demonio! ¡Devuélveme el Tesoro..., es mío!

El demonio le contempló con sorna.

Con un alarido de terror y de angustia, Urish se lanzó contra el demonio blandiendo furiosamente su hacha Saja-carnes. El filo del arma cayó sobre la cabeza de la criatura infernal, sonó un estruendo como el de un rayo que sacudiera el metal y el hacha saltó hecha añicos. Urish se quedó mirando al demonio con temblorosa expectación. Con un gesto despreocupado, el demonio extendió cuatro de sus manos y le agarró. Sus mandíbulas se abrieron más de lo que nadie hubiera podido imaginar y el tamaño del demonio se expandió hasta alcanzar en un instante el doble del anterior. Las manos levantaron al rey de los mendigos hasta sus fauces y, de pronto, sólo se vieron dos piernas pataleando en la enorme boca; a continuación, el demonio hizo un enérgico movimiento de deglución y no quedó nada del repulsivo Urish de Nadsokor.

-Tu hechizo protector es eficaz -comentó Elric, encogiéndose de hombros.

-Sí, mi dulce Elric -respondió el demonio con una sonrisa.

El tono de su voz resultó ahora muy familiar al albino, que observó detenidamente a su interlocutor.

-Tú no eres un demonio corriente...

-Espero que no, mi más amado de los mortales.

El caballo de Elric se encabritó y relinchó cuando la forma del demonio empezaba a cambiar. Se escuchó un zumbido, un humo negro envolvió el trono y, al dispersarse, apareció sentada en él otra figura, con las piernas cruzadas. Tenía la forma de un hombre pero era más hermoso que cualquier mortal. Era un ser de intensa y majestuosa belleza, de una hermosura sobrenatural.

- ¡Arioco!

Elric inclinó la cabeza ante el Señor del Caos.

-Sí, Elric. He tomado el lugar del demonio en tu ausencia.

-Pero te habías negado a ayudarme...

-Como te dije, hay otros asuntos más importantes en marcha. Muy pronto, el Caos se enfrentará al Orden y Donblas y los suyos serán enviados al Limbo para toda la eternidad.

-Entonces, ¿sabías que Donblas habló conmigo en el laberinto del Dios Ardiente?

-Desde luego. Por eso me he buscado tiempo para visitar tu plano. No puedo tolerar que te presten protección Donblas el Justiciero y su gentuza sin sentido del humor. Me sentí ofendido, pero ahora te he demostrado que mi poder es mayor que el del Orden. -Arioco contempló a Rackhir, Brut, Moonglum y los demás, que permanecían tras Elric cubriéndose los ojos para protegerse de su belleza-. ¡Quizá vosotros, ilusos de Tanelorn, os deis cuenta ahora de que es mejor servir al Caos!

- ¡Yo no sirvo al Orden ni al Caos! -declaró Rackhir, inflexible.

- ¡Un día descubrirás que la neutralidad es más peligrosa que tomar partido, renegado!

La voz armoniosa de Arioco sonó ahora casi rencorosa.

-No puedes hacerme daño - replicó el Arquero Rojo-. ¡Y si Elric regresa con nosotros a Tanelorn, también él podrá librarse de tu yugo perverso!

-Elric es de Melniboné. Todo el pueblo de Melniboné sirve al Caos... y son recompensados con largueza por ello. ¿Cómo, si no, habría podido librar este trono del demonio de Theleb K'aarna?

-Tal vez, en Tanelorn, Elric no tendría necesidad del Anillo de los Reyes -replicó Rackhir, mirándole a los ojos.

Se escuchó un sonido como el de un torrente de agua, el estampido de un trueno, y la forma de Arioco empezó a hacerse más grande. Pero, al tiempo que se agrandaba, empezó también a difuminarse hasta que no quedó en el gran salón otra cosa que el hedor de la suciedad acumulada.

Elric desmontó y corrió al trono. Sacó de debajo el arcón del difunto Urish y reventó la tapa con la Tormentosa. La espada emitió un murmullo como si protestara de aquel humilde trabajo. Gemas, oro y objetos diversos quedaron esparcidos sobre la mugre mientras Elric buscaba el anillo.

Por fin, lo mostró en alto con gesto triunfal y lo colocó de nuevo en su dedo. Cuando volvió hasta el caballo, su paso era más ligero y enérgico.

Mientras tanto, Moonglum había desmontado y estaba guardando las mejores joyas en su bolsa. Cuando terminó, guiñó el ojo a Rackhir, quien sonrió.

-Ahora voy a Troos en busca de Theleb K'aarna. Todavía tengo que vengarme de él.

-Déjale que se pudra en el bosque malsano de Troos -dijo Moonglum.

Rackhir posó su mano en el hombro de Elric.

-Si Theleb K'aarna te odia tanto, volverá a encontrarte. ¿Por qué pierdes el tiempo persiguiéndole?

Elric dirigió una débil sonrisa a su viejo camarada.

-Siempre has sido convincente en tus argumentos, Rackhir, y es cierto que estoy cansado. En el breve tiempo desde que vine a Nadsokor, han caído bajo mi espada dioses y demonios.

-Ven a descansar a Tanelorn... Tanelorn la apacible, donde ni siquiera los más poderosos Señores de los Mundos Superiores pueden entrar sin permiso.

Elric contempló el anillo que acababa de recuperar.

-Sin embargo, he jurado que Theleb K'aarna morirá...

-Tiempo habrá para dar cumplimiento a tal promesa. Elric se pasó la mano por el cabello lechoso y sus amigos creyeron ver unas lágrimas en sus ojos carmesíes.

-Sí, sí -murmuró-. Tiempo habrá...

Y el grupo se alejó de Nadsokor a caballo, dejando a los mendigos sumidos en el hedor y la suciedad y lamentándose de haber tenido contacto con la hechicería y con Elric de Melniboné.

El albino y sus compañeros cabalgaron hacia Tanelorn la Eterna. Tanelorn, que había acogido a todos los vagabundos inquietos que la encontraban. A todos, salvo a uno.

Perseguido por el destino, lleno de culpa, de pesar, de desesperación, Elric de Melniboné rogó que, esta vez, Tanelorn pudiera acogerle incluso a él.

LIBRO TERCERO
Tres héroes con un mismo propósito

«... Y fue Elric, entre todas las manifestaciones del Campeón Eterno, quien encontró Tanelorn sin esfuerzo. Y, de todas estas manifestaciones, fue el albino el único en elegir marcharse de la ciudad de las mil encarnaciones...»

Crónica de la Espada Negra

1
Tanelorn la Eterna

Tanelorn había adoptado muchas formas en su infinita existencia, pero todas estas formas, salvo una, habían sido hermosas.

Y hermosa era ahora la ciudad, con la suave luz del sol en sus torres de tonos pastel, en sus agujas curvas y en sus cúpulas. Y en lo alto de sus chapiteles ondeaban gallardetes, pero no banderas de guerra, pues los guerreros que habían encontrado Tanelorn y se habían quedado en ella estaban cansados de combates.

Tanelorn había estado siempre allí. Nadie sabía cuándo había sido construida, pero algunos sabían que ya existía antes que el Tiempo y que seguiría en pie al final de éste. Por eso era conocida como Tanelorn la Eterna.

La ciudad había tenido un papel importante en las luchas de numerosos héroes y dioses y, debido a su existencia más allá del Tiempo, era odiada por los Señores del Caos, los cuales habían tratado de destruirla en más de una ocasión. Al norte de sus muros se extendían las suaves llanuras de Ilmiora, una tierra donde se sabía que imperaba el Orden, y al sur quedaban las extensiones desoladas del Desierto de los Suspiros, un erial interminable sobre el cual silbaba un viento constante. Si Ilmiora representaba el Orden, el Desierto de los Suspiros reflejaba sin duda la aridez desnuda del Caos Último. Los habitantes de Tanelorn no guardaban lealtad al Orden ni al Caos y habían decidido no participar en el Combate Cósmico que libraban sin pausa los Señores de los Mundos Superiores. En la ciudad no había líderes ni seguidores y sus habitantes vivían en armonía, pese a que muchos de ellos habían sido guerreros de gran fama antes de elegir quedarse en ella. Pese a todo, uno de los ciudadanos más admirados de Tanelorn, al cual acudían con frecuencia los demás para consultarle, era Rackhir el de las facciones ascéticas, quien en otro tiempo había sido un feroz sacerdote guerrero en P'hum, donde se había ganado el apodo de Arquero Rojo por su gran habilidad con el arco y por su indumentaria, siempre encarnada. Su habilidad y el colorido de sus ropas seguían intactos, pero el gusto por el combate le había abandonado desde que empezara a vivir en Tanelorn.

Cerca del muro bajo de protección al oeste de la ciudad, se encontraba una casa de dos plantas rodeada de un jardín en el que crecían flores silvestres de todas clases. La casa era de mármol rosa y amarillo y, al contrario que la mayoría de las demás edificaciones de Tanelorn, poseía un techo alto y puntiagudo. Aquél era el hogar de Rackhir, quien estaba ahora sentado a la puerta, recostado en un banco de madera, observando el paseo de su huésped por el jardín.

El invitado era su viejo amigo, el atormentado príncipe de Melniboné. Elric vestía una sencilla camisa blanca y unos calzones de resistente seda negra. Una cinta de aquella misma seda negra en torno a la frente mantenía su rostro albino despejado de la melena de cabello lechoso que le llegaba a los hombros.

Rackhir no quería interrumpir los pensamientos de su amigo pero, al mismo tiempo, lamentaba ver a Elric en aquel estado. Había tenido la esperanza de que Tanelorn fuera consuelo para el albino, de que expulsara los fantasmas y las dudas que poblaban su mente, pero daba la impresión de que ni siquiera Tanelorn podía proporcionar tranquilidad al albino.

Por último, el Arquero Rojo rompió su silencio.

-Hace un mes que llegaste a Tanelorn, amigo mío, pero sigues cabizbajo y meditabundo.

Elric alzó la vista con una leve sonrisa.

-Tienes razón, Rackhir. Perdóname, soy un huésped desconsiderado.

-¿Qué es eso que ocupa tus pensamientos?

-Ningún asunto en concreto. Parece que tanta paz me impide concentrarme. Sólo la acción violenta me ayuda a ahuyentar la melancolía. Creo que no estoy hecho para Tanelorn, amigo mío.

-Pero la acción violenta, o sus resultados, no hace sino producirte más melancolía, ¿no es así?

-En efecto. Es el dilema con el que vivo constantemente. Es un conflicto que vengo arrastrando desde el incendio de Imrryr..., puede que desde antes, incluso.

-Es el mismo conflicto que acosa a todos los hombres -replicó Rackhir-. Al menos, en cierto grado.

-Sí... Preguntarse qué sentido tiene la propia existencia y qué verdad encierra ese sentido de la vida, aunque termine por encontrarse.

-Tanelorn hace que esos problemas no tengan importancia para mí -le aseguró Rackhir-. Esperaba que también tú pudieras apartarlos de tu mente. ¿Te quedarás aquí?

-No tengo otros planes. Sigo sediento de venganza contra Theleb K'aarna, pero no tengo idea de dónde está y, como bien me dijisteis tú o Moonglum, Theleb K'aarna vendrá con seguridad en mi busca tarde o temprano. Recuerdo que una vez, cuando descubriste Tanelorn, me propusiste que trajera aquí a Cymoril y me olvidara de Melniboné. Ojalá te hubiera escuchado entonces, Rackhir, porque ahora conocería la paz y el rostro sin vida de Cymoril no me acosaría por la noche.

-Me has hablado de esa hechicera que, según tus palabras, se parecía a Cymoril...

-¿Myshella? ¿La que llaman Emperatriz del Alba? La primera vez que la vi estaba dormida y, cuando dejé su lado, era yo el que estaba soñando. Nos utilizamos mutuamente para conseguir un propósito común. No la volveré a ver.

-Pero si ella...

-No la volveré a ver, Rackhir.

-Como tú digas.

Una vez más, los dos hombres quedaron en silencio y sólo se escuchó el trino de un único pájaro y el chapoteo de la fuente mientras Elric reanudaba su deambular por el jardín.

Un rato después, Elric se volvió de pronto en redondo y entró en la casa bajo la preocupada mirada de Rackhir.

Cuando volvió a salir, llevaba puesto el ancho cinto que sostenía la negra vaina de la Tormentosa, su espada mágica.

Se había echado una capa de seda blanca sobre los hombros y calzaba botas altas.

-Voy a cabalgar -anunció-. Me internaré en el Desierto de los Suspiros y cabalgaré hasta que esté exhausto. Tal vez lo único que necesito es ejercicio.

-Ten cuidado con el desierto, amigo mío -le previno Rackhir-. Es un territorio siniestro y traicionero.

-Iré con cautela.

-Llévate la yegua bermeja. Está acostumbrada al desierto y su resistencia es legendaria.

-Gracias. Nos veremos por la mañana, si no he vuelto antes.

-Sé cauto, Elric. Confío en que tu remedio tenga éxito y desaparezca esa melancolía...

La expresión de Rackhir no era de tranquilidad, precisamente, mientras observaba a su amigo encaminándose hacia los vecinos establos. La capa de seda blanca se hinchó tras él como si se hubiera levantado una súbita niebla marina.

Luego, escuchó el sonido de los cascos de la yegua sobre los adoquines de la calle y se incorporó para ver al albino en el momento de poner al trote a su montura y encaminarse hacia la muralla norte, tras la cual podía divisarse la gran extensión amarillenta y baldía del Desierto de los Suspiros.

Moonglum salió de la casa con una manzana de gran tamaño en la mano y un rollo de manuscrito bajo el brazo.

-¿Adonde va Elric, Rackhir?

-A buscar la paz en el desierto.

Moonglum frunció el ceño y dio un mordisco a la manzana, pensativo.

-Ya ha buscado la paz en todos los demás lugares y me temo que tampoco la encuentre aquí. Rackhir asintió.

-Eso mismo pienso yo -dijo-, pero tengo la premonición de que descubrirá otras cosas, pues Elric no siempre se mueve por sus propios impulsos. Hay ocasiones en que, dentro de él, actúan otras fuerzas que le obligan a emprender alguna acción fatal.

-¿Crees que ésta es una de tales ocasiones? -preguntó Moonglum.

-Puede ser.

2
El regreso de la hechicera

La arena se alzaba bajo el impulso del viento y las dunas parecían olas de un mar casi petrificado. Desnudos colmillos de roca, restos de cadenas montañosas erosionadas por el viento, sobresalían aquí y allá en el paisaje y, envolviéndolo todo, se escuchaba un doliente suspiro como si la arena recordara el tiempo en que había sido roca, piedra de una ciudad o hueso de animal o de persona, y añorase ahora su resurrección, gimiendo ante el recuerdo de su muerte.

Elric se cubrió con la capucha de la capa para protegerse del fiero sol que brillaba en un cielo azul acerado.

«Un día -pensó el albino-, también yo conoceré esta paz de la muerte y tal vez entonces la lamente así.» Dejó que la yegua bermeja redujera la marcha a un trotecillo y tomó un sorbo de agua de una de las cantimploras.

El desierto le rodeaba ahora, y parecía infinito. No crecía allí ninguna planta. No vivía en él ningún animal. No cruzaba su cielo ningún ave.

Por alguna razón, se estremeció y tuvo el presentimiento de que habría un momento en el futuro en que se encontraría solo, como ahora estaba, en un mundo aún más yermo que aquel desierto, sin siquiera un caballo por compañía. Se quitó la idea de la cabeza, pero la imagen le había dejado tan desconcertado que, por un instante, logró su ambición de olvidar sus lúgubres pensamientos acerca de su destino y de su situación. El viento amainó ligeramente y el suspiro se convirtió en un levísimo murmullo.

Inquieto, Elric pasó los dedos por la empuñadura de la Tormentosa, la Espada Negra, pues asoció aquel presentimiento con el arma, aunque no sabía por qué. Y le pareció escuchar una nota irónica en el murmullo del viento. ¿O tal vez emanaba de la propia espada? Ladeó la cabeza, atento, pero el sonido se hizo aún menos audible, como si supiera que él lo estaba escuchando.

La yegua de crin dorada inició el ascenso de la suave pendiente de una duna, tropezando en una ocasión al hundir la pezuña en arenas más profundas. Elric se concentró en conducir a su montura a terreno más firme.

Al llegar a lo alto de una duna, tiró de las riendas del animal. Ante él se sucedían las olas de arena del desierto, rotas sólo esporádicamente por algún afloramiento rocoso. Estaba dispuesto a continuar cabalgando hasta que el retorno a Tanelorn fuera imposible, hasta que tanto él como su montura cayeran exhaustos y fueran engullidos finalmente por las arenas. Echó atrás la capucha y se secó el sudor de la frente.

¿Por qué no?, se dijo. La vida era insoportable. Probaría la muerte. Pero, ¿no le estaría vedada ésta? ¿No estaría condenado a vivir? A veces, así se lo parecía.

Entonces, pensó en la yegua. No sería justo sacrificarla por su capricho. Con gestos pausados, desmontó.

El viento arreció de nuevo y el suspiro del desierto se hizo más potente. La arena se arremolinó en torno a sus botas. Era un viento cálido que batía la voluminosa capa blanca del albino. El corcel se puso a piafar, nervioso.

Elric se volvió hacia el nordeste, hacia el Confín del Mundo.

Y echó a andar.

La yegua le dirigió un relincho inquisitivo al ver que su jinete no la llamaba, pero Elric no hizo caso del sonido y pronto dejó atrás al animal. No se había preocupado ni de llevar agua consigo. Echó atrás la capucha para que el sol incidiera directamente sobre su cabeza y avanzó con paso uniforme y decidido, marchando como si estuviera al frente de un ejército.

Tal vez percibía tras él a un ejército..., el ejército de los muertos, de todos los amigos y enemigos cuya muerte había causado en el curso de su búsqueda insensata de un sentido para su existencia.

Y todavía quedaba con vida un enemigo, uno aún más poderoso y malévolo que Theleb K'aarna. Ese enemigo era su yo oscuro, esa parte de su naturaleza que estaba simbolizada por aquella espada con conciencia propia que aún colgaba de su cinto. Y, cuando muriera, con él desaparecería también aquel enemigo. Y el mundo se libraría de una fuerza maléfica.

Elric de Melniboné continuó caminando por el Desierto de los Suspiros durante varias horas y gradualmente, como había esperado, empezó a perder su sentido de la identidad hasta que fue casi como si se hiciera uno con el viento y, por fin, quedara unido con el mundo que le había rechazado y que él mismo había rehusado.

Cayó la tarde, pero apenas advirtió la puesta de sol. Llegó la noche, pero continuó la marcha, insensible al frío. Ya se sentía débil y se alegró de su debilidad, cuando en otras ocasiones había luchado por conservar las fuerzas de las que sólo gozaba gracias al poder de la Espada Negra.

Y, en algún momento en torno a la medianoche, bajo una luna pálida, las piernas le fallaron y cayó de bruces en la arena y allí se quedó tendido con la escasa conciencia que le quedaba.

-¿Príncipe Elric? ¿Mi señor?

La voz era rica, vibrante, casi divertida. Era una voz de mujer y Elric la reconoció. Permaneció inmóvil.

-¿Elric de Melniboné?

Notó una mano en el brazo. La mujer estaba intentando ponerle en pie. Antes de verse arrastrado, se incorporó con cierta dificultad hasta quedar sentado. Intentó hablar pero, al principio, no surgió palabra alguna de sus labios, resecos y llenos de arena. La mujer permaneció de pie mientras la aurora se alzaba tras ella e iluminaba los largos cabellos negros que enmarcaban sus hermosas facciones. Iba vestida con una vaporosa túnica azul, verde y dorada, y le estaba sonriendo.

El albino sacudió la cabeza mientras expulsaba la arena de su boca y dijo al fin:

-Si estoy muerto, aún sigo acosado por fantasmas y espejismos.

-No soy más espejismo que todo cuanto hay en este mundo -respondió ella-. No estás muerto, mi señor.

-En ese caso, mi señora, estás a muchas leguas del castillo de Kaneloon. Has venido del otro lado del mundo..., de confín a confín.

-He venido en tu busca, Elric.

-Entonces, Myshella, has roto tu palabra pues, cuando nos separamos, dijiste que no volveríamos a vernos, que nuestros destinos habían dejado de estar entrecruzados.

-Entonces daba por muerto a Theleb K'aarna. Creía que nuestro mutuo enemigo había perecido en el Dogal de Carne. -La hechicera alzó los brazos y fue casi como si el gesto .conjurara el sol, pues éste apareció de pronto en el horizonte-. ¿Por qué caminabas así por el desierto, mi señor?

-Buscaba la muerte.

-Pero sabes que no es tu destino morir de esta manera.

-Me lo han dicho, pero no lo sé con certeza, Myshella. De todos modos -añadió, incorporándose a duras penas y plantándose ante ella sin apenas sostenerse-, empiezo a sospechar que tienes razón.

La mujer se acercó a él y sacó una copa de debajo de la túnica. Estaba llena hasta el borde de un líquido frío de color plateado.

-Bebe -le dijo.

Elric no levantó las manos hacia la copa.

-No me alegro de verte, Myshella.

-¿Por qué? ¿Porque tienes miedo de amarme?

-Si te complace pensar tal cosa... sí, por eso.

-No me complace. Sé que guardas el recuerdo de Cymoril y que cometí el error de permitir que Kaneloon se convirtiera en lo que más deseas... antes de darme cuenta de que es también lo que más temes.

- ¡Calla! -replicó Elric, bajando la cabeza.

-Lo siento. Ya me disculpé entonces. Por un momento, nos sacudimos de encima a la vez el deseo y el terror, ¿no es verdad?

Elric alzó la vista y Myshella estaba mirándole fijamente a los ojos.

-¿No es verdad? -repitió ella.

-Sí.

El albino respiró profundamente y extendió las manos para asir la copa.

-¿Es alguna pócima que destruirá mi voluntad y me hará actuar conforme a tus intereses?

-Ninguna pócima podría conseguir tal cosa. Te reanimará, eso es todo.

Tomó un sorbo del líquido y, al instante, notó la boca limpia y la mente despejada. Apuró la copa y notó una oleada de energía en sus extremidades y en sus órganos vitales.

-¿Todavía deseas morir? -preguntó Myshella mientras tomaba la copa de sus manos y la volvía a ocultar bajo sus ropas.

-Si la muerte me trae la paz...

-No te la traería..., al menos, si murieras ahora. De eso estoy segura.

-¿Cómo me has encontrado aquí?

- ¡Ah!, por diversos medios, algunos de ellos mágicos. Pero ha sido mi pájaro el que me ha traído hasta ti.

Extendió el brazo derecho y señaló un punto detrás de Elric. El albino se volvió y se halló de nuevo ante el ave de plata, oro y metal a cuyo lomo había viajado en una ocasión al servicio de Myshella. Sus grandes alas metálicas estaban plegadas, pero en sus ojos de esmeralda había una mirada de inteligencia mientras esperaba a su dueña.

-Entonces, ¿has venido para devolverme a Tanelorn? Ella sacudió la cabeza.

-Todavía no. He venido a decirte dónde puedes descubrir a nuestro enemigo Theleb K'aarna.

-¿Ha vuelto a amenazarte? -inquirió Elric con una sonrisa.

-Directamente, no.

El albino se sacudió la arena de la capa.

-Te conozco bien, Myshella. No te entrometerías en mi destino a menos que éste se cruzara de nuevo, de alguna forma, con el tuyo. Has dicho que tengo miedo de amarte y tal vez tengas razón, porque creo que me da miedo amar a cualquier mujer. Pero tú utilizas el amor; los hombres a quienes lo entregas son aquellos que sirven a tus propósitos.

-No lo niego. Yo sólo amo a héroes... y sólo a héroes que trabajan para asegurar la presencia del Poder del Orden en este plano de nuestra Tierra...

-No me importa quién consiga imponerse, el Orden o el Caos. Hasta mi odio por Theleb K'aarna se ha desvanecido... y era un odio personal, en nada relacionado con ninguna causa.

-¿Y si te digo que Theleb K'aarna vuelve a amenazar al pueblo de Tanelorn?

-Imposible. Tanelorn es eterna.

-Cierto; la ciudad es eterna... pero sus moradores, no. En más de una ocasión se ha abatido la desgracia entre quienes habitan Tanelorn. Y los Señores del Caos odian la ciudad, aunque no pueden atacarla directamente. Ayudarían a cualquier mortal que creyera poder destruir a aquellos que consideran unos traidores.

Elric frunció el ceño, pues conocía la inquina que sentían los Señores del Caos hacia Tanelorn y había oído mencionar en más de una ocasión que habían recurrido a mortales para atacar la ciudad.

-¿Y dices que Theleb K'aarna proyecta destruir a los habitantes de Tanelorn? ¿Con la ayuda del Caos?

-Exacto. El hecho de que frustraras sus planes respecto a Nadsokor y la caravana de Rackhir le llevó a extender su odio a todos los moradores de la Ciudad Eterna. En Troos descubrió unos antiguos documentos, unos libros mágicos supervivientes de la Era del Pueblo Condenado.

-¿Cómo puede ser? ¡Ese pueblo existió todo un ciclo de tiempo antes de Melniboné!

-Es cierto, pero el propio bosque de Troos se remonta a la Era del Pueblo Condenado, una gente que poseía muchos inventos y medios para conservar sus conocimientos...

-Está bien, daré por cierto que Theleb K'aarna encontró esos documentos, pero ¿qué le han revelado?

-Le han mostrado el modo de causar una ruptura en la división que separa los diferentes planos de la Tierra. Este conocimiento de los otros planos sigue siendo un misterio casi total para nosotros (incluso tus antepasados sólo alcanzaron a intuir la variedad de existencias establecida en lo que los antiguos denominaron el «multiverso») y no conozco mucho más que tú al respecto. Los Señores de los Mundos Superiores pueden, a veces, moverse libremente entre los estratos espaciales y temporales; en cambio, los mortales no pueden..., al menos, no en este período de nuestra existencia.

-¿Y qué ha hecho Theleb K'aarna? Sin duda, para provocar esa «ruptura» que mencionas se precisa un gran poder, que el hechicero de Pan Tang no posee.

-Tienes razón, pero Theleb K'aarna tiene poderosos aliados entre los Señores del Caos. Los Señores de la Entropía se han aliado con él como se aliarían con cualquiera que aceptara ser el instrumento de destrucción de los habitantes de Tanelorn. Theleb K'aarna ha encontrado algo más que manuscritos en el bosque de Troos. Ha descubierto unos artefactos enterrados que inventó el Pueblo Condenado y que, finalmente, fueron la causa de su propia destrucción. Por supuesto, el hechicero no sabía de qué se trataba hasta que los Señores del Caos le han mostrado cómo funcionaban, utilizando como energía las propias fuerzas de la Creación.

-¿Y los ha activado? ¿Dónde?

-Ha traído uno de los artefactos a estas tierras, pues necesitaba un lugar donde trabajar y ha pensado que aquí estaría a salvo de observadores incómodos como yo.

-¿Así pues, está en el Desierto de los Suspiros?

-Exacto. Si hubieras continuado avanzando a lomos de esa yegua, ya le habrías encontrado... o él a ti. Creo que fue eso, el impulso de salir en su busca, lo que te llevó a adentrarte en el desierto.

- ¡No me guiaba otro impulso que el de buscar la muerte! -replicó Elric, tratando de controlar su cólera. Myshella sonrió de nuevo.

-Si prefieres ver así las cosas...

-¿Tratas de decirme que estoy tan manipulado por el Destino que ni siquiera puedo escoger mi propia muerte?

-Hazte esta pregunta a ti mismo.

Una sombra de desconcierto y desesperación nubló el rostro de Elric.

-¿Qué es, entonces, lo que me impulsa? ¿Y con qué fin?

-Eso tienes que descubrirlo por tu cuenta.

- ¿Quieres que vaya contra el Caos? ¡Pero si el Caos me presta su ayuda y Arioco es mi protector!

-Sí, pero eres un mortal y Arioco no cuida gran cosa de ti, tal vez porque adivina lo que traerá el futuro.

-¿Qué conoces tú del futuro?

-Poca cosa... y lo poco que sé no te lo puedo revelar. Los mortales pueden escoger a quién sirven, Elric.

-Yo he escogido ya. He escogido el Caos.

-Sin embargo, gran parte de tu melancolía se debe a que te sientes dividido en tus lealtades.

-En eso tienes razón, lo reconozco.

-Además, si te enfrentaras a Theleb K'aarna no estarías luchando por el Orden: sólo estarías combatiendo a un enemigo al que también ayuda el Caos, y los Señores del Caos también luchan entre ellos a menudo, ¿no es así?

-Sí. Y también es un hecho conocido que odio a Theleb K'aarna y que deseo destruirle, no importa si sirve al Caos o lo hace al Orden.

-Por lo tanto, con tu venganza no despertarás una excesiva cólera entre aquellos a quienes prestas lealtad, aunque tal vez tus protectores se muestren reacios a seguir ayudándote.

-Cuéntame algo más sobre los planes de Theleb K'aarna.

-Es preciso que lo veas por ti mismo. Ahí tienes tu montura. -La hechicera alzó de nuevo la mano y, cuando Elric volvió la cabeza en la dirección que señalaba, vio salir de detrás de una duna a la yegua bermeja-. Dirígete al nordeste, como hacías, pero avanza con cautela para que Theleb K'aarna no advierta tu presencia y te tienda una trampa.

-Supón que me limito a regresar a Tanelorn, o que decido intentar matarme otra vez.

-Pero no harás ninguna de las dos cosas, ¿verdad, Elric? Les debes lealtad a tus amigos y en el fondo de tu corazón deseas servir a lo que yo represento. Eso, además de odiar a Theleb K'aarna. No creo que tengas ganas de morir por el momento.

El albino frunció el ceño y murmuró:

-Una vez más, recae sobre mí una responsabilidad que no busco y me veo trabado por unas consideraciones ajenas a mis propios deseos, atrapado por unas emociones que nosotros, los melniboneses, hemos aprendido a despreciar... Está bien, Myshella: iré a hacer lo que deseas.

-Ten cuidado, Elric. Theleb K'aarna posee ahora unos poderes que tú no conoces y que te resultarán difíciles de combatir.

La hechicera le dirigió una lánguida mirada y, de pronto, el albino dio un paso adelante, la tomó en sus brazos y la besó mientras unas lágrimas resbalaban por sus pálidas mejillas y se mezclaban con las de ella.

Después, la vio montar a la silla de ónice del ave de plata y oro. Myshella gritó una orden y las alas metálicas batieron el aire con un gran estruendo. El ave volvió hacia él sus ojos de esmeralda y abrió el pico incrustado de piedras preciosas.

-Adiós, Elric -tronó su voz.

Myshella, en cambio, guardó silencio y no miró atrás.

Pronto, el ave de metal fue una mota de luz en el cielo azul y Elric azuzó a su montura en dirección nordeste.

3
La barrera rota

Elric tiró de las riendas de la yegua y se detuvo, ocultándose tras unos riscos. Había encontrado el campamento de Theleb K'aarna, quien había erigido una gran tienda de campaña de seda amarilla bajo la protección de un afloramiento rocoso en forma de anfiteatro natural que se alzaba entre las dunas del desierto. Junto a la tienda había un carromato y dos caballos, pero todo ello quedaba dominado por el objeto metálico que ocupaba el centro del claro. El objeto estaba envuelto en una enorme esfera casi perfecta de cristal transparente con una estrecha abertura en la parte superior. El artilugio del interior era asimétrico y extraño, compuesto por muchas superficies curvas y angulosas que parecían contener miles de rostros a medio formar, siluetas de animales y edificios, formas engañosas que aparecían y desaparecían bajo la mirada de Elric. Una imaginación aún más recargada que la de los antepasados del albino había diseñado el objeto, amalgamando metales y otras sustancias que la razón se negaba a aceptar que pudieran fundirse en un solo material.

Aquello era una creación del Caos que proporcionaba una clave sobre cómo el Pueblo Condenado había llegado a destruirse a sí mismo. Y el objeto estaba vivo. En su interior, algo latía con el pulso delicado y vacilante de un pajarillo agonizante. Elric había presenciado muchos horrores en su vida y muy pocos de ellos le habían afectado, pero aquel artefacto, aunque a primera vista pareciera más inocuo que la mayoría de lo que había visto, le hizo subir la bilis a la boca. Sin embargo, pese a la repugnancia que le inspiraba, permaneció donde estaba, fascinado por la máquina del interior del globo, hasta que se levantó la cortina de la puerta de la tienda amarilla y salió de ella Theleb K'aarna.

El hechicero de Pan Tang estaba más pálido y delgado que la última vez que Elric le había visto, poco antes de la batalla entre los mendigos de Nadsokor y los guerreros de Tanelorn. Pese a ello, una energía enfermiza ruborizaba sus mejillas y centelleaba en sus ojos oscuros, proporcionando una rapidez nerviosa a sus movimientos. Theleb K'aarna se acercó a la esfera y Elric consiguió entender sus murmullos.

- ¡Bien! -decía para sí-, ¡Ahora, muy pronto acabaré con Elric y sus aliados! ¡Ah!, ese albino lamentará el día en que se ganó mi venganza y me convirtió de aprendiz en lo que soy ahora. Y, cuando le haya dado muerte, la reina Yishana comprenderá su error y se entregará a mí. ¿Cómo podría Yishana amar más a ese anacronismo de facciones pálidas que a un hombre de mis grandes facultades? ¿Cómo?

Elric casi había olvidado la obsesión de Theleb K'aarna por la reina Yishana de Jharkor, la mujer que había ejercido sobre el hechicero más poder que cualquier magia. Eran los celos que Elric inspiraba al hechicero lo que había convertido a aquel aprendiz de las artes ocultas, relativamente inocuo, en un vengativo practicante de las invocaciones más aterradoras.

Observó como Theleb K'aarna empezaba a trazar con el dedo unos complicados dibujos sobre el cristal del globo. Y con cada pase mágico que completaba, el pulso del interior de la máquina se hacía más poderoso. Una luz de extraños colores empezó a fluir en ciertas partes del artefacto, que cobraron vida. Un latido uniforme surgió de la abertura de la parte superior y un peculiar hedor llegó hasta la nariz de Elric. El núcleo luminoso se hizo más brillante y creció de tamaño mientras la máquina parecía cambiar de forma, convirtiéndose por momentos en una especie de líquido que giraba en el interior del globo.

La yegua bermeja piafó y empezó a agitarse, inquieta. Elric le dio unas palmaditas en el cuello con un gesto automático y el animal se tranquilizó. Theleb K'aarna no era ahora más que una silueta recortada contra la luz que cambiaba continuamente de color dentro del cristal.

Continuaba murmurando sus encantamientos, pero las palabras quedaban ahogadas por los latidos, que ahora producían un eco continuo en las peñas de los alrededores. Su mano diestra seguía dibujando diagramas invisibles en el cristal.

El cielo pareció oscurecer aunque faltaban varias horas para la puesta de sol. Elric alzó la vista y, sobre su cabeza, el firmamento seguía azul, pero el aire que le envolvía se había vuelto oscuro, como si una nube solitaria hubiera cubierto la escena que presenciaba.

De pronto, Theleb K'aarna retrocedió apresuradamente, con los ojos aterrados y saltones y el rostro teñido de aquella extraña luz procedente de la máquina.

- ¡Venid! -gritaba-. ¡Venid! ¡La barrera está rota!

Elric vio entonces una sombra detrás de la esfera. Una sombra que empequeñecía incluso el gran artefacto. Un ser escamoso lanzó un bramido, se movió pesadamente y alzó una cabeza enorme y sinuosa que le recordó los dragones de las cavernas de su isla, aunque éste era más corpulento y tenía sobre su enorme lomo dos crestas de placas óseas que se agitaban con su avance. La bestia abrió la boca y mostró sus mandíbulas con varias hileras de dientes y el suelo tembló cuando asomó por un costado de la esfera y se quedó mirando la figura diminuta del hechicero con unos ojos estúpidos y coléricos. Otra bestia apareció de detrás del artefacto, seguida de una tercera... Grandes monstruos reptilianos de otra era de la Tierra. Y, siguiéndolas, aparecieron las criaturas que controlaban a aquellos monstruos. La yegua relinchaba y pateaba el suelo y trataba desesperadamente de huir, pero Elric consiguió calmarla otra vez mientras observaba a las criaturas poner las manos en las cabezas obedientes de las grandes bestias. Esas criaturas resultaban aún más aterradoras que los reptiles pues, aunque caminaban sobre dos piernas y tenían una especie de manos, también ellas eran reptilianas. Guardaban un peculiar parecido con los dragones y su tamaño también era muchas veces el de un hombre. Llevaban en las manos unos instrumentos ornamentados que sólo podían ser armas; instrumentos sujetos a los brazos por espirales de metal dorado. Una capucha de piel cubría sus cabezas negras y verdes, entre cuyas sombras brillaban, coléricos, dos ojos rojos.

Theleb K'aarna soltó una carcajada.

- ¡Lo he conseguido! ¡He destruido la barrera entre los planos y, gracias a los Señores del Caos, he encontrado unos aliados a los que Elric no podrá destruir porque en este plano no obedecen las leyes de la brujería! ¡Son invencibles, invulnerables... y sólo obedecen a Theleb K'aarna!

Bestias y guerreros lanzaron gritos y bramidos al unísono.

- ¡Ahora iremos contra Tanelorn! -gritó el hechicero-. ¡Y con este poder volveré a Jharkor para hacer mía a la voluble Yishana.

Elric sintió en aquel instante cierta lástima por Theleb K'aarna. Sin la ayuda de los Señores del Caos, sus conjuros no habrían logrado aquello. El hechicero de Pan Tang se había entregado a ellos, se había convertido en uno de sus instrumentos y todo por aquel amor desquiciado por la envejecida reina de Jharkor. Elric se dio cuenta de que no podía ir contra los monstruos y sus monstruosos jinetes. Tenía que volver a Tanelorn para advertir a sus amigos que abandonaran la ciudad; luego, su única esperanza era encontrar un medio de devolver a aquellos intrusos al plano del que habían salido.

Pero, en aquel instante, la yegua emitió un súbito relincho y se encabritó, enloquecida por las imágenes, los sonidos y los olores que había tenido que soportar. Y el relincho sonó en un súbito silencio. La agitada yegua quedó a la vista de Theleb K'aarna cuando éste volvió sus ojos enloquecidos en dirección a Elric.

El albino comprendió que no lograría ganar en velocidad a los monstruos y que aquellas armas podían fácilmente destruirle a distancia. Desenvainó la negra hoja de la Tormentosa y la espada infernal lanzó un grito al sentirse libre. Espoleó a su montura y descendió entre las peñas directamente hacia el globo mientras Theleb K'aarna, aún desconcertado, era incapaz de dar órdenes a sus nuevos aliados. La única esperanza del melnibonés era conseguir destruir el artefacto o, al menos, romper algún componente importante y, con ello, devolver a los monstruos a su plano.

Con su rostro lechoso, casi fantasmagórico en aquella oscuridad mágica, y blandiendo la espada en alto, pasó al galope junto a Theleb K'aarna y descargó un poderoso golpe contra el cristal que protegía la máquina.

La Espada Negra dio contra el cristal y se hundió en él.

Llevado del impulso, Elric salió despedido por encima de la silla y traspasó también el cristal, sin romperlo al parecer. Vio por un instante los extraños planos y curvas del artilugio del Pueblo Condenado y, al momento, su cuerpo los golpeó. Notó como si el tejido de su ser se estuviera desintegrando...

... y se encontró tendido sobre la suave hierba del claro de un bosque y nada quedaba del desierto, de Theleb K'aarna, de la máquina pulsante, de las horribles bestias y de sus espantosos amos. Sólo un prado entre el follaje mecido por el viento y un sol cálido. Escuchó unos trinos y oyó una voz.

- ¡La tormenta! ¡Ha pasado! ¿Y tú? ¿Eres quien llaman Elric de Melniboné?

El albino se incorporó y dio media vuelta. Frente a él se hallaba un hombre de gran estatura, cubierto con un yelmo cónico de plata y enfundado hasta las rodillas en una cota de malla, también de plata. Una capa escarlata, de mangas largas, cubría parcialmente la malla. El hombre portaba al costado una espada larga envainada, llevaba unos calzones de cuero fino y suave y calzaba unas botas de piel de gamuza teñida de verde. Sin embargo, lo que más captó la atención de Elric fueron las facciones del desconocido, mucho más parecidas a las de un melnibonés que a las de un verdadero ser humano, y el hecho de que llevara en la mano izquierda un guantelete de seis dedos con incrustaciones de piedras preciosas de colores oscuros. Un gran parche, también tachonado de gemas a juego con el guante, cubría su ojo derecho. El izquierdo, grande y rasgado, tenía un iris amarillo y el globo ocular de color púrpura.

-Sí, soy Elric de Melniboné -respondió el albino-. ¿Es a ti a quien debo dar las gracias por rescatarme de las bestias conjuradas por Theleb K'aarna?

El hombre movió la cabeza en gesto de negativa.

-He sido yo quien te ha invocado, en efecto, pero no conozco a ningún Theleb K'aarna. Se me ha dicho que tenía una única oportunidad de recibir tu ayuda y que, para ello, tenía que acudir a este lugar concreto en este preciso momento. Soy Corum Jhaelen Irsei, el Príncipe de la Capa Escarlata, y estoy embarcado en una empresa de gran importancia.

Elric frunció el ceño. El nombre le sonaba casi familiar pero no lograba ubicarlo. Recordó a medias un viejo sueño...

-¿Qué lugar es éste? -preguntó, envainando la espada.

-No pertenece a tu plano ni a tu tiempo, príncipe Elric. Te he conjurado para que me

ayudes en mi batalla contra los Señores del Caos. Ya he conseguido destruir a dos de los Señores de las Espadas, Arioco y Xiombarg, pero el tercero, el más poderoso, sigue...

-¿A Arioco y a Xiombarg, los Señores del Caos? ¿Dices que has destruido a dos de los miembros más poderosos de la Alianza del Caos? ¡Pero si no hace ni un mes que hablé con Arioco! Él es mi protector y...

-Existen muchos planos de existencia -le interrumpió con suavidad el príncipe Corum-. En algunos de ellos, los Señores del Caos son muy poderosos. En otros, son más débiles. Según he oído, incluso hay planos en los que no existen en absoluto. Debes aceptar que Arioco y Xiombarg han sido barridos en mi mundo hasta el punto de que ya no existen. Es el tercero de los Señores de las Espadas quien nos amenaza ahora; el tercero y el más poderoso de ellos, el rey Mabelode.

Elric frunció el ceño.

-En mí... plano... Mabelode no es más poderoso que Arioco y Xiombarg. Lo que me estás diciendo trastoca todo cuanto yo tengo entendido.

-Trataré de explicarte todo lo que esté en mi mano -respondió el príncipe Corum-. Por alguna razón, el Destino me ha escogido para ser el héroe que acabe con el dominio del Caos en los Quince Planos de la Tierra. En estos momentos, recorro los caminos buscando una ciudad que nosotros llamamos Tanelorn, donde espero encontrar ayuda. Sin embargo, mi guía ha sido hecho prisionero en un castillo cerca de aquí y debo rescatarle antes de continuar. Me ha sido revelado el modo de invocar ayuda para llevar a cabo el rescate y he utilizado el encantamiento para traerte a mí. También me han asegurado que, si me ayudas, te estarás ayudando a ti mismo y que, si consigo mi objetivo, tú recibirás algo que hará más fácil tu tarea.

-¿Quién te ha contado todo eso?

-Un hombre sabio.

Elric se sentó en un tronco caído, con la cabeza entre las manos.

-He sido arrastrado hasta aquí en un momento muy inoportuno -declaró-. Te ruego que me digas la verdad, príncipe Corum. -Alzó la mirada y añadió-: Es un prodigio que estés aquí, hablando conmigo, y que comprenda tus palabras. ¿Cómo es posible tal cosa?

-Ese hombre sabio me informó también que podríamos comunicarnos fácilmente porque «somos parte de una misma cosa». No me pidas que te explique más, príncipe Elric, porque no sé más.

Elric se encogió de hombros.

-Bueno, todo esto podría ser una ilusión. Puede que haya perdido la vida o que me haya devorado ese artefacto de Theleb K'aarna, pero es evidente que no tengo otra opción que acceder a auxiliarte con la esperanza de recibir ayuda, a mi vez.

El príncipe Corum abandonó el claro del bosque y reapareció con dos caballos, uno negro y otro blanco, y ofreció a Elric las bridas del primero.

Elric montó en una silla diferente a las que estaba acostumbrado.

-Has mencionado Tanelorn, y es por la salvación de la Ciudad Eterna que me encuentro ahora hablando contigo en este mundo de ensueños.

-¿Sabes dónde está Tanelorn?

El rostro del príncipe Corum reflejó una impaciente expectación.

-En mi mundo, sí, pero... ¿por qué habría de existir esa ciudad en tu mundo?

-Tanelorn existe en todos los planos, aunque cambia de apariencia en cada uno. Existe una única y eterna Tanelorn, bajo muchas formas distintas.

Los dos jinetes avanzaban por una estrecha senda a través del bosque apacible. Elric dio por cierto lo que le decía Corum. Su presencia en aquel lugar tenía algo de irreal, como si estuviera sumido en un sueño, y llegó a la conclusión de que debía considerar todo cuanto aconteciera allí como un producto de su imaginación.

-¿Adonde vamos ahora? -preguntó con voz serena-. ¿Al castillo?

Corum sacudió la cabeza en gesto de negativa.

-Primero debemos encontrar al Tercer Héroe... al Héroe de los Muchos Nombres.

-¿Y también vas a conjurarlo mediante la hechicería?

-Me han dicho que no lo haga, que él acudirá a nuestro encuentro, arrancado de la era en la que esté viviendo por la necesidad de completar los Tres Que Son Uno.

-¿Qué significa eso? ¿A qué se refiere eso de los Tres Que Son Uno?

-No sé mucho más que tú, príncipe Elric, salvo que seremos necesarios los tres para derrotar al que tiene prisionero a mi guía.

-Sí -murmuró Elric-, y será necesario más que eso para salvar la Tanelorn de mi mundo de los reptiles que ha conjurado Theleb K'aarna. En este mismo instante, ya deben estar en marcha para atacar la ciudad.

4
La Torre Evanescente

La senda se ensanchó al dejar el bosque atrás e internarse en un páramo elevado y montañoso, cubierto de brezo. A lo lejos, hacia el oeste, se apreciaban unos acantilados y, tras éstos, el azul intenso del océano. Un puñado de aves volaba en círculos en el cielo despejado. La panorámica era la de un mundo especialmente apacible y Elric casi no pudo creer que estuviera bajo el ataque de las fuerzas del Caos. Mientras cabalgaban, Corum le explicó que su guantelete de seis dedos no era tal guante, sino la mano de un ser de otro mundo que le había sido injertada en el brazo, igual que su ojo era un órgano ajeno que le permitía ver en un inframundo terrible al cual Corum podía recurrir para buscar ayuda, si así lo decidía.

-Todo esto que me explicas hace que las magias y cosmologías más complejas de mi mundo parezcan juegos de niños, en comparación -dijo Elric con una sonrisa mientras cruzaban el tranquilo páramo.

-Sólo te parece complicado porque te resulta extraño -respondió Corum-. Sin duda, tu mundo también me parecería incomprensible si, de pronto, me viera arrojado a él. Además -añadió con una carcajada-, el mundo en que nos encontramos tampoco es mi plano, aunque se le parece más que muchos. Una cosa tenemos en común, Elric, y es que los dos estamos condenados a tener un papel en la lucha constante entre los Señores de los Mundos Superiores, sin llegar nunca a entender por qué tiene lugar esa lucha, por qué es eterna. Los dos combatimos y padecemos dolores agónicos en nuestra mente y nuestra alma, pero nunca tenemos la certeza de que nuestro sufrimiento merece la pena.

-Tienes razón -asintió Elric-. Tú y yo tenemos mucho en común.

Corum se disponía a responder cuando vio a alguien en el camino, delante de ellos. Era un guerrero a caballo, absolutamente inmóvil encima de su silla, como si les estuviera esperando.

-Tal vez éste sea el Tercero de quien me habló Bolorhiag.

Elric y Corum continuaron avanzando con cautela.

El hombre al que se acercaban les observó con expresión seria y pensativa. Tenía la misma estatura que ellos, pero era más corpulento. Su piel era negro azabache y sobre la cabeza y los hombros llevaba la cabeza y la piel disecadas de un oso rugiente. La armadura que cubría su pecho era negra también, sin ninguna insignia, y al costado portaba una gran espada de empuñadura negra guardada en una vaina del mismo color. Montaba un enorme semental ruano y detrás de la silla llevaba atado un sólido escudo redondo. Cuando tuvo más cerca a Elric y Corum, en las atractivas facciones negroides del jinete apareció una expresión de asombro y surgió de su boca una exclamación.

- ¡Yo os conozco! ¡Os conozco a los dos! Elric también tuvo la sensación de reconocerle, igual que había apreciado algo familiar en la figura de Corum.

-¿Cómo has llegado a este páramo de Balwyn, amigo? -le preguntó Corum.

El jinete echó un vistazo en torno a sí, desconcertado.

-¿El páramo de Balwyn? ¿Esto es el páramo de Balwyn? Sólo llevo aquí unos momentos. Antes estaba en... en... ¡Ah!, el recuerdo empieza a desvanecerse otra vez... -Se llevó una mano a la frente y añadió-: Un nombre... ¡Otro nombre! ¡Basta! ¡Elric! ¡Corum! Pero yo... yo soy ahora...

-¿Cómo es que conoces nuestros nombres? -quiso saber Elric.

Una sensación de amenaza había embargado al albino. Algo le decía que no debía hacer aquella pregunta, que no debía conocer la respuesta.

-Porque... ¿no lo veis?... Yo soy Elric, y soy Corum... ¡ah, ésta es la peor agonía!... O, al menos, he sido o seré Elric o Corum...

-¿Cuál es tu nombre, caballero? -insistió Corum.

-Mil nombres he recibido. Mil héroes he sido en mi existencia. ¡Ah! yo soy..., soy John Daker..., soy Erekosé..., soy Ulrik... y son muchos, muchísimos más... ¡Ay, los recuerdos, los sueños, las existencias! -De pronto, miró fijamente a sus interlocutores con los ojos transidos de dolor y continuó-: ¿Es que no lo entendéis? ¿Acaso soy el único condenado a entenderlo? Yo soy el que llaman el Campeón Eterno, el héroe que ha existido siempre... Sí, soy Elric de Melniboné y el príncipe Corum Jhaelen Irsei..., soy cada uno de vosotros. Los tres somos un mismo ser, condenado a combatir eternamente sin comprender nunca la razón. ¡Ay!, la cabeza me estalla. ¿Quién me tortura de esta manera? ¿Quién?

Elric notó la garganta seca.

- ¿Estás diciendo que eres otra encarnación de mí mismo?

- ¡Si es así como quieres expresarlo...! Los dos sois nuevas encarnaciones de mí mismo.

-Entonces -comentó Corum-, era eso a lo que se refería Bolorhiag cuando hablaba de los Tres Que Son Uno. Todos nosotros somos aspectos distintos del mismo hombre, pero hemos triplicado nuestra fuerza porque hemos sido traídos de tres eras diferentes. Sólo de esta manera podemos marchar contra Voilodion Ghagnasdiak de la Torre Evanescente con garantías de éxito.

-¿Es esa torre el castillo donde se encuentra prisionero tu guía? -preguntó Elric, al tiempo que dirigía una mirada comprensiva al negro jinete sumido en lamentaciones.

-Sí. La Torre Evanescente se traslada de un plano a otro, de una era a otra, y permanece en el mismo lugar apenas unos instantes cada vez. Sin embargo, dado que somos tres encarnaciones distintas de un mismo héroe, es posible que encontremos entre los tres algún encantamiento que nos permita seguir el rastro de la torre y asaltarla. Después, una vez liberado mi guía, podemos seguir hacia Tanelorn...

-¿Tanelorn? -El caballero negro se volvió hacia Corum con un súbito destello de esperanza en sus ojos-. También yo busco Tanelorn, pues sólo allí podré descubrir algún remedio para mi terrible destino, que consiste en conocer todas mis encarnaciones anteriores y ser conducido al azar de una existencia a otra. ¡Tanelorn...! ¡Es preciso que la encuentre!

-Yo también debo llegar a Tanelorn -le replicó Elric- pues, en mi plano, los habitantes de la ciudad corren un gran peligro.

-Así pues, los tres tenemos un mismo objetivo, además de una misma identidad -señaló Corum-. Por lo tanto, os ruego que luchemos en concierto. Primero debemos liberar a mi guía, y luego seguir camino hacia Tanelorn.

-Os ayudaré de buen grado -dijo el gigante negro.

-¿Y qué nombre debemos darte... a ti, que eres nosotros mismos? -apuntó Corum.

-Llamadme Erekosé, aunque me viene a los labios otro nombre, porque fue bajo esa identidad cuando más cerca estuve de conocer el olvido y la plenitud del amor.

-Entonces, me das envidia, Erekosé -comentó Elric expresivamente-, porque al menos has estado cerca del olvido...

-Elric, tú no tienes idea de qué es lo que debo olvidar -replicó su interlocutor, al tiempo que sacudía las riendas de su montura-. Y bien, Corum... ¿por dónde se va a la Torre Evanescente?

-Este camino conduce a ella. Ahora nos dirigimos hacia el Valle Oscuro, me parece.

La mente de Elric apenas podía comprender el significado de lo que acababa de escuchar. La conversación daba a entender que el universo (o «multiverso», como lo había llamado Myshella) estaba dividido en infinitos planos de existencia y que el tiempo era un concepto prácticamente carente de sentido, salvo cuando se refería a una vida humana o a un breve período histórico. Y había planos de la existencia donde el Equilibrio Cósmico era desconocido (o así lo había apuntado Corum), y otros donde los Señores de los Mundos Superiores tenían unos poderes muy superiores a los que disfrutaban en el mundo del albino. Se sintió tentado de contemplar la posibilidad de olvidarse de Theleb K'aarna, Myshella, Tanelorn y todo lo demás para dedicarse a la exploración de aquellos mundos infinitos. Sin embargo, en seguida se dio cuenta de que no podía hacerlo pues, si Erekose había dicho la verdad, él (o alguien que en esencia era él mismo) existía ya en todos aquellos planos. La fuerza de lo que él denominaba «Destino», fuera lo que fuese, le había dado acceso a aquel plano con un propósito concreto. Un propósito importante que debía afectar al destino de mil planos, puesto que reunía a tres encarnaciones distintas de sí mismo. El albino observó con curiosidad al gigante negro que cabalgaba a su izquierda y al manco del parche en el ojo y el guantelete tachonado de gemas que avanzaba a su diestra. ¿De veras eran él mismo?

Imaginó por un momento sentir la misma desesperación que embargaba a Erekosé: recordar todas esas otras encarnaciones, todos los errores cometidos, todos los conflictos inútiles, y no saber nunca el sentido de todo ello... si realmente tenía alguno.

-El Valle Oscuro -anunció Corum, señalando el pie de la montaña.

El camino descendía, empinado, hasta pasar entre dos grandes peñascos, tras los cuales desaparecía entre las sombras. El lugar resultaba especialmente lóbrego.

-Me han dicho que aquí hubo una vez un pueblo -indicó Corum a sus compañeros-. Vaya un lugar más siniestro, ¿verdad, hermanos?

-Los he visto peores -murmuró Erekosé-. Vamos, terminemos de una vez...

Espoleando a su ruano, se adelantó a los otros y se lanzó a todo galope pendiente abajo. Elric y Corum siguieron su ejemplo y, muy pronto, los tres dejaron atrás los amenazadores riscos y continuaron su marcha por el sendero, sumidos en la oscuridad, sin apenas ver lo que tenían delante.

Finalmente, Elric advirtió unas ruinas apiñadas al pie de los farallones rocosos que se alzaban a ambos lados. Eran unas ruinas extrañamente retorcidas que no parecían consecuencia de la guerra o del paso del tiempo; las piedras estaban combadas, fundidas, como si las hubiera tocado el Caos a su paso por el valle.

Corum estudió detenidamente las ruinas y, al cabo de un rato, detuvo su caballo.

-Ahí -dijo-. Ese hoyo. Debemos esperar ahí.

Elric observó el hoyo, profundo y de paredes rocosas. La tierra de su fondo parecía recién removida, como si hubiera sido excavada hacía muy poco.

-¿Esperar a qué, amigo Corum? -preguntó a éste.

-A la Torre -explicó Corum-. Estoy seguro de que éste es el lugar donde se materializa cuando aparece en este plano.

-¿Y cuándo aparecerá?

-No lo sé. En cualquier momento. Tenemos que esperar y, tan pronto como la veamos, debemos correr hacia ella e intentar entrar antes de que se desvanezca otra vez, trasladándose al siguiente plano.

Erekosé le miró con rostro impasible. Desmontó y se sentó en el duro suelo con la espalda apoyada en una losa que en otro tiempo había pertenecido a una casa.

-Pareces más paciente que yo, Erekosé -dijo Elric.

-He aprendido a serlo, pues he vivido desde el principio de los tiempos y seguiré viviendo hasta que el tiempo termine.

Elric descabalgó de su caballo negro y aflojó la cincha de éste mientras Corum deambulaba al borde del hoyo.

-¿Quién te ha dicho que la Torre aparecería aquí?

-Un hechicero que, sin duda, sirve al Orden como yo, pues soy un mortal destinado a combatir el Caos.

-Igual que yo -dijo Erekosé, el Campeón Eterno.

-Yo también -intervino Elric de Melniboné-, aunque yo he jurado servirlo.

El albino miró a sus dos compañeros y se convenció de que eran dos encarnaciones de sí mismo. Desde luego, sus vidas, luchas y personalidades eran, en cierto grado, muy parecidas.

-¿Por qué buscas tú Tanelorn, Erekosé? -preguntó a éste.

-Me han dicho que allí podría encontrar la paz y el conocimiento, un medio de regresar al mundo de los Eldren donde vive la mujer que amo, pues se dice que, como Tanelorn existe en todos los planos y en todo momento, al que vive allí le resulta más fácil pasar entre los planos y descubrir el que le interesa. ¿Qué intereses tienes tú en la Ciudad Eterna, Elric?

-Yo conozco Tanelorn y sé que aciertas al buscarla. Mi misión parece consistir en la defensa de la ciudad en mi propio plano... pero en este mismo momento mis amigos pueden haber sido destruidos ya por los seres monstruosos que han sido enviados contra ellos. Ojalá Corum tenga razón y esa Torre Evanescente me permita encontrar un medio de derrotar a las bestias de Theleb K'aarna y a sus amos. Corum se llevó la mano enjoyada al ojo tachonado de gemas.

-Yo busco Tanelorn porque he oído que la ciudad puede ayudarme en mi lucha contra el Caos.

-Pero Tanelorn no combatirá contra el Orden ni contra el Caos. Ésa es la razón de su existencia eterna -replicó Elric.

-Sí. Como Erekosé, yo no busco espadas sino conocimiento.

Cayó la noche y el Valle Oscuro se hizo aún más lóbrego. Mientras los demás vigilaban el hoyo, Elric trató de dormir, pero sus temores por Tanelorn se lo impidieron. ¿Trataría Myshella de proteger la ciudad? ¿Morirían en ella Moonglum y Rackhir? ¿Qué podía encontrar en la Torre Evanescente que le sirviera de ayuda? Escuchó el murmullo de la conversación de sus otros yoes, que discutían cómo había empezado a existir el Valle Oscuro.

-He oído que el Caos atacó una vez la ciudad que por aquel entonces se alzaba en un tranquilo valle -decía Corum a Erekosé-. La Torre era en aquel tiempo propiedad de un caballero que dio albergue a alguien odiado por el Caos. Éste desencadenó una fuerza enorme de extrañas criaturas contra el valle, elevando y comprimiendo sus laderas, pero el caballero buscó el auxilio del Orden, que le permitió trasladar su torre a otra dimensión. Entonces, el Caos decretó que la Torre siguiera viajando siempre, sin pasar nunca en un plano más de unas horas y, normalmente, apenas unos minutos. Finalmente, el caballero y su huésped se volvieron locos y se mataron el uno al otro. Tras esto, Voilodion Ghagnasdiak descubrió la Torre y se instaló en ella. Por desgracia para él, no se dio cuenta del error que había cometido hasta que se vio transportado de su plano a otro diferente. Desde entonces, siempre le ha dado miedo abandonar la Torre pero, desesperado ante la falta de compañía, ha adoptado la costumbre de capturar a todo el que puede y obligarle a ser su compañero en la Torre Evanescente hasta que se cansa de su prisionero. Cuando se aburre de él, le mata.

-¿Y tu guía está, pues, a punto de morir? ¿Qué clase de ser es ese Voilodion Ghagnasdiak?

-Es una criatura perversa y monstruosa que posee grandes poderes destructivos. Es lo único que sé de él.

-Y ésa es la razón- de que los dioses hayan decidido reunir tres manifestaciones de mí mismo para atacar la Torre Evanescente -murmuró Erekosé-. Debe ser importante para ellos.

-También lo es para mí -asintió Corum-. Ese guía es también amigo mío y la propia existencia de los Quince Planos está amenazada si no logro encontrar pronto Tanelorn la Eterna.

Elric escuchó la amarga risotada de Erekosé.

-¿Por qué no puedo... por qué no podemos nunca encontrarnos con un problema menor, una cuestión doméstica? ¿Por qué estamos siempre comprometidos con el destino del universo?

Corum le respondió mientras Elric empezaba a dar cabezadas, vencido por el sueño.

-Tal vez los problemas domésticos sean peores. ¿Quién sabe?

5
Jhary−a−Conel

- ¡Aquí está! ¡De prisa, Elric!

El albino se incorporó de un salto.

Estaba amaneciendo y ya había hecho un turno de guardia durante la noche.

Sacó la Espada Negra de la funda advirtiendo con cierta sorpresa que Erekosé ya había desenvainado su arma y que era casi idéntica a la suya.

Allí estaba la Torre Evanescente.

Corum ya corría hacia ella.

La torre era, en realidad, un pequeño castillo de recia piedra gris, pero en sus almenas había un extraño juego de luces y sombras y la silueta no era del todo nítida en ciertas partes de las murallas.

Elric corrió junto a Erekosé.

-Siempre tiene la puerta abierta para atraer a sus «huéspedes» -dijo el gigante negro con un jadeo-. Es nuestra única ventaja, me temo.

La Torre empezó a difuminarse.

- ¡De prisa! -gritó Corum de nuevo, y el Príncipe de la Capa Escarlata franqueó a la carrera la oscuridad del portón.

- ¡De prisa!

Entraron corriendo a una pequeña antecámara iluminada por una gran lámpara de aceite que colgaba de una cadena sujeta al techo.

De pronto, la puerta se cerró a su espalda.

Elric observó las tensas facciones negras de Erekosé y el rostro tuerto de Corum. Los tres tenían las espadas prestas, pero un profundo silencio reinaba ahora en la estancia. Sin una palabra, Corum señaló una estrecha ventana de la pared. La vista del exterior había cambiado. Ahora parecían encontrarse sobre un mar azul.

- Jhary! - exclamó Corum-. Jhary−a−Conel!

Respondió a su voz un leve sonido. Podía tratarse de una respuesta o del chillido de una rata en las paredes del castillo.

- Jhary! -volvió a gritar Corum-. ¡Voilodion Ghagnasdiak! ¿Pretendes burlarte de mí? ¿O acaso has dejado este lugar?

-No me he marchado. ¿Qué queréis de mí?

La voz procedía de la estancia contigua. Con cautela, los tres héroes que eran uno penetraron en ella.

Una especie de relámpago parpadeaba en la estancia y, bajo su luz fantasmagórica, Elric vio a Voilodion Ghagnasdiak.

Era un enano vestido con abultadas sedas multicolores, pieles y satenes, que portaba una pequeña espada en la mano. Tenía una cabeza desproporcionadamente grande en relación con el cuerpo, pero sus facciones eran atractivas con unas cejas negras y espesas que se juntaban sobre su nariz. El enano les sonrió.

-Por fin alguien nuevo para aliviar mi aburrimiento. Pero dejad esas espadas, caballeros, os lo ruego, pues sois mis invitados.

-Ya sé cuál es el destino que pueden esperar tus invitados -replicó Corum-. Debes saber que hemos venido para liberar a Jhary–a–Conel, al que tienes prisionero. Entréganoslo y no te haremos daño.

Las hermosas facciones del enano sonrieron abiertamente al escuchar tales palabras.

-Sabed que soy muy poderoso y que no podéis vencerme. Observad.

Agitó la espada y nuevos relámpagos centellearon en la estancia. Elric levantó a medias la espada para protegerse de ellos, pero no llegaron a alcanzarle. Dio unos pasos hacia el enano, enfurecido, y le anunció:

-Yo soy Elric de Melniboné, Voilodion Ghagnasdiak, y tengo mucho poder. La Espada Negra que empuño está se- dienta de sangre y se beberá tu alma a menos que liberes al amigo del príncipe Corum.

El enano soltó una nueva carcajada.

-¿Espadas? ¿Qué poder tienen?

-Nuestras armas no son espadas corrientes -intervino Erekose-. Y nos han traído aquí unas fuerzas que tú no eres capaz de comprender. Hemos sido arrancados de nuestras épocas respectivas por el poder de los propios dioses, con el concreto propósito de exigirte la entrega de ese Jhary–a–Conel.

Voilodion Ghagnasdiak replicó a esto:

-Una de dos: os han engañado, o tratáis de engañarme a mí. Reconozco que ese Jhary es un tipo ingenioso pero, ¿qué interés podrían tener los dioses por él?

Elric alzó la Tormentosa y la espada mágica emitió un gemido de expectación ante la oportunidad de saciar su sed.

Entonces, el enano sacó de la nada una pequeña bola amarilla y la lanzó contra Elric. El albino recibió el impacto en la frente y fue arrojado hacia atrás contra la pared opuesta de la sala. La Tormentosa saltó de su mano y cayó al suelo con un estruendo. Elric, aturdido, trató de levantarse y alargó la mano para recuperar la espada, pero se sintió demasiado débil. Tuvo el impulso de invocar a gritos la ayuda de Arioco, pero recordó que éste había sido expulsado de aquel mundo. En la Torre no había aliados sobrenaturales a los que apelar; sólo podía contar con la espada, y ahora era incapaz de empuñarla.

Erekose retrocedió de un salto y dio un puntapié a la Tormentosa, impulsándola en dirección a Elric. Cuando los dedos del albino se cerraron en torno a la empuñadura, sintió que las fuerzas volvían a su cuerpo, aunque no eran más que las fuerzas normales en un mortal, y consiguió ponerse en pie.

Corum permaneció donde estaba. El enano seguía riéndose aún. Otra bola amarilla apareció en su mano y volvió a arrojarla contra Elric, pero esta vez el albino levantó a tiempo la Espada Negra y desvió el proyectil, que rebotó hacia el otro extremo de la estancia, contra cuya pared estalló. Entre el fuego de la explosión, los tres héroes vieron retorcerse algo negro.

-Destruir esos globos es peligroso -apuntó tranquila- mente Voilodion Ghagnasdiak-, porque ahora os destruirá lo que llevan dentro.

La sombra negra creció de tamaño mientras las llamas se apagaban.

-Estoy libre -dijo una voz.

- ¡Sí, estás libre para matar a estos locos que han rechazado mi hospitalidad!

Voilodion Ghagnasdiak estaba exultante de júbilo.

- ¡Estás libre para morir! -replicó Elric mientras contemplaba cómo la sombra negra tomaba forma.

Al principio sólo pareció una maraña de pelo, que me comprimiéndose gradualmente hasta adoptar el perfil de una criatura con el cuerpo recio y musculoso de un gorila, aunque su piel era gruesa y llena de verrugas como la de un rinoceronte. Detrás de los hombros le crecían unas grandes alas negras y sobre el cuello se sostenía la cabeza de un tigre con las fauces abiertas. La extraña criatura sostenía en sus manos velludas un arma larga, parecida a una guadaña. La cabeza de tigre emitió un rugido y la mano descargó un golpe de guadaña que pasó rozando a Elric.

Erekosé y Corum iniciaron un movimiento para acudir en ayuda del albino, quien escuchó gritar a Corum:

- ¡El ojo! ¡No consigo ver en el inframundo y no puedo conjurar su ayuda!

Al parecer, también los poderes mágicos de Corum estaban limitados en aquel plano. A continuación, Voilodion Ghagnasdiak arrojó una bola amarilla contra el gigante negro y otra contra el hombre pálido de la mano postiza tachonada de piedras preciosas. Los dos consiguieron a duras penas desviar los proyectiles y, al hacerlo, provocaron su estallido. De inmediato, surgieron dos nuevas formas que se convirtieron en otros tantos hombres-tigre alados, y los compañeros de Elric se vieron obligados a defenderse.

Tras esquivar un nuevo envite de la guadaña, el albino intentó recordar alguna invocación que conjurara la ayuda sobrenatural, pero no se le ocurrió ninguna que pudiera funcionar en aquel lugar. Lanzó una estocada al hombre-tigre pero la guadaña detuvo el golpe. Su oponente poseía una rapidez de movimientos y una fuerza tremendas. Las alas negras empezaron a batir y la feroz criatura voló hasta el techo, planeó bajo las vigas durante unos instantes y se lanzó en picado sobre Elric volteando la guadaña, con un grito espeluznante en su boca de grandes colmillos y un brillo de odio en sus ojos amarillentos.

Elric se sintió próximo al pánico. La Tormentosa no le proporcionaba la fuerza que esperaba, pues sus poderes estaban disminuidos en aquel plano del universo. El albino apenas logró desviar de nuevo el arma enemiga y causar una herida superficial en el muslo desprotegido de la criatura. El filo de la espada cortó la carne de su furioso atacante, pero no surgió sangre de la herida y el hombre-tigre no pareció darse cuenta de ella. De nuevo, batió las alas y volvió a elevarse hacia el techo.

Elric vio que sus compañeros se encontraban en un apuro similar. Corum tenía una expresión de gran consternación, como si hubiera esperado una victoria fácil y ahora previera una derrota.

Mientras tanto, Voilodion Ghagnasdiak continuó con sus gritos de júbilo mientras seguía arrojando más bolas amarillas que, al estallar, se convertían en nuevas criaturas aladas con cabeza de tigre. La sala se llenó de ellas. Elric, Erekosé y Corum retrocedieron hasta la pared opuesta mientras los monstruos se lanzaban al asalto, taladrándoles los tímpanos con el temible batir de sus alas gigantescas y con sus ásperos gritos de odio.

-Me temo que os he traído a los dos a la destrucción -se lamentó Corum, jadeando-. Nadie me advirtió que nuestros poderes estarían aquí tan limitados. La Torre debe cambiar de plano tan de prisa que las leyes normales de la brujería no actúan dentro de sus muros.

-En cambio, parecen funcionar bastante bien para el enano -replicó Elric al tiempo que movía la espada para detener los golpes sucesivos de dos guadañas-. Si pudiéramos dar muerte a un solo...

Con la espalda contra la pared, notó que una guadaña le hacía un rasguño en la mejilla, de la que brotó sangre. A continuación, notó otro desgarro en la capa y una nueva herida en el brazo. Las cabezas de tigre sonreían ahora, cerrando el cerco sobre él.

Elric descargó un golpe a la cabeza de la criatura más próxima, cercenándole una oreja, y el monstruo emitió un aullido. La Tormentosa le respondió con otro aullido y lanzó una estocada a la garganta del ser infernal. Sin embargo, la espada apenas penetró en la carne y sólo consiguió que el hombre-tigre se tambaleara ligeramente.

Aprovechando su pérdida de equilibrio, Elric le arrancó la guadaña de las manos y, dándole la vuelta, segó con su filo curvo el pecho de la criatura. El hombre-tigre emitió un grito mientras la sangre brotaba de la herida.

- ¡Lo que imaginaba! -gritó Elric a sus compañeros-. ¡Sólo pueden herirles sus propias armas!

Avanzó con la guadaña en una mano y la Tormentosa en la otra. Los hombres-tigre retrocedieron y empezaron a batir las alas para remontar el vuelo y esperar planeando junto al techo.

Elric corrió hacia Voilodion Ghagnasdiak. El enano soltó un chillido de terror y desapareció por una abertura demasiado pequeña para que Elric pasara por ella con comodidad.

A continuación, con un estruendo atronador, los monstruos con cabeza de tigre descendieron de nuevo.

Esta vez, los otros dos se esforzaron por capturar las guadañas de sus enemigos. Haciendo retroceder a los que le atacaban, Elric hirió por detrás al monstruo más próximo a Corum y la criatura cayó al suelo con la cabeza cercenada. Corum envainó su espada y tomó el arma de su enemigo, con la que dio muerte casi inmediatamente a un tercer hombre-tigre, cuya guadaña impulsó de un puntapié hacia Erekosé. El aire maloliente se llenó de plumas negras y las losas del suelo quedaron resbaladizas a causa de la sangre. Los tres héroes se abrieron paso entre sus enemigos hasta la pequeña antecámara donde acababan de estar. Las criaturas de cabeza de tigre continuaron acosándoles, pero ahora tenían que traspasar la puerta y ésta resultaba más fácil de defender.

Elric volvió la cabeza y echó un vistazo por la estrecha ventana de la Torre. Fuera, el paisaje cambiaba constantemente mientras la Torre Evanescente continuaba su errante vagar por los planos de la existencia. Los tres héroes empezaban a estar fatigados y todos ellos habían perdido algo de sangre debido a heridas superficiales. Las guadañas entrechocaban en una lucha sin cuartel. Entre el batir de las alas, las fauces rugientes de sus adversarios les

escupían y mascullaban palabras apenas inteligibles. Elric, privado de las fuerzas que le suministraba su espada forjada en el Infierno, empezaba a debilitarse rápidamente. Por dos veces, se tambaleó a punto de caerse y sus dos compañeros le sostuvieron. Se preguntó si acaso iba a morir en un mundo extraño, sin que Moonglum y Rackhir supieran jamás qué le había sucedido, pero entonces recordó que sus amigos ya debían encontrarse bajo el ataque de los monstruos reptilianos enviados por Theleb K'aarna contra Tanelorn y que también ellos morirían muy pronto. Este pensamiento le dio un poco más de fuerzas y le permitió hundir profundamente la guadaña en el vientre de otro de los atacantes.

Un hueco en las filas de aquellas criaturas producto de la brujería le permitió ver la portezuela del extremo opuesto de la sala contigua. En su quicio estaba agachado Voilodion Ghagnasdiak, que seguía lanzando sin cesar más bolas amarillas, de las que surgían nuevos hombres-tigre alados para reemplazar a los caídos.

Sin embargo, en ese momento, Elric escuchó al enano soltar un alarido y vio que algo cubría su rostro. Era un animal blanco y negro con unas pequeñas alas negras que batían el aire. ¿Un cachorro de aquellos monstruos que atacaba a su amo, tal vez? Elric no logró distinguirlo con claridad, pero la reacción de Voilodion Ghagnasdiak fue de absoluto terror, tratando de arrancar al bicho de su rostro.

Otra figura apareció detrás del enano. Unos ojillos brillantes le miraron desde un rostro de aire astuto enmarcado por una larga cabellera negra. El recién llegado lucía la misma indumentaria ostentosa que el enano, pero iba desarmado. Elric vio que le gritaba algo y trató de captar sus palabras al tiempo que otro de los hombres-tigre se lanzaba contra él.

Corum vio entonces al desconocido.

- Jhary! -exclamó.

-¿Es ése el que has venido a rescatar? -preguntó Elric.

-Sí.

Elric hizo ademán de avanzar hacia la sala, pero Jhary–a–Conel le indicó con un gesto que permaneciera donde estaba.

- ¡No! ¡Quedaos ahí! -le oyó gritar.

Elric frunció el ceño y se dispuso a preguntar por qué, cuando fue atacado por los feroces monstruos por ambos costados a la vez y hubo de retroceder, descargando la guadaña a un lado y a otro.

-¡Cogeos por los brazos! - gritó Jhary–a–Conel-. ¡Corum en el centro, y los otros dos empuñando las espadas!

Elric estaba jadeando. Hirió a otro hombre-tigre y notó una nueva punzada de dolor en la pierna. Un reguero de sangre brotó de su pantorrilla.

Voilodion Ghagnasdiak seguía luchando con el animal que se había adherido a su rostro.

- ¡De prisa! -volvió a gritar Jhary–a–Conel-. Es vuestra única oportunidad... ¡y la mía! Elric miró a Corum.

-Mi amigo es muy sabio -le aseguró éste-. Conoce muchas cosas que nosotros ignoramos. Venid aquí. Yo ocuparé el centro.

Erekosé enganchó su brazo moreno con el de Corum y Elric hizo lo mismo al otro lado. Erekosé empuñó su espada con la zurda y Elric levantó la Tormentosa en su diestra.

Y empezó a suceder algo. Volvió a ellos una sensación de energía, seguida de otra de gran bienestar físico. Elric miró a sus compañeros y soltó una carcajada. Era casi como si haber unido sus respectivas fuerzas les hubiera hecho cuatro veces más fuertes..., como si se hubieran convertido en una única entidad.

Un especial estado de euforia embargó a Elric, a quien ya no quedaba ninguna duda de que Erekosé había estado en lo cierto al decir que los tres eran diferentes aspectos de un mismo ser.

- ¡Acabemos con ellos! -exclamó, y se dio cuenta de que los tres habían gritado lo mismo.

Con una carcajada, los tres penetraron cogidos del brazo en la estancia y, esta vez, las dos espadas causaron heridas allí donde descargaron, matando con rapidez y proporcionando aún más vigor a los brazos que las empuñaban.

Los hombres-tigre alados, presas de un frenético desconcierto, revolotearon por la sala perseguidos por los Tres Que Eran Uno. Los tres estaban bañados en su propia sangre y en la de sus enemigos; los tres soltaban carcajadas, invulnerables, actuando completamente al unísono.

Y, mientras se movían por la sala, los muros de ésta empezaron a temblar. Les llegó la voz de Voilodion Ghagnasdiak, que chillaba:

- ¡La Torre! ¡La Torre! ¡Esto va a destruir la Torre! Elric alzó la vista de su última víctima. Efectivamente, la Torre se bamboleaba de un lado a otro como un barco en plena tormenta.

Jhary−a−Conel apartó al enano de un empujón y penetró en la estancia. La visión de los cadáveres le resultó repulsiva, pero dominó sus emociones.

-Es cierto -dijo-. La magia que hemos obrado aquí debe causar este efecto. ¡Bigotes, ven aquí!

El bicho adherido a la cara de Voilodion Ghagnasdiak echó a volar y se posó en el hombro de Jhary. Elric advirtió entonces que se trataba de un pequeño gato blanco y negro, absolutamente corriente salvo por aquel par de alas negras que ahora recogía sobre el lomo.

Voilodion Ghagnasdiak permaneció encogido bajo el quicio de la angosta abertura, sollozando. Unas lágrimas de sangre resbalaban de sus ojos ciegos, bañando sus hermosas facciones.

Elric se desasió de Corum y volvió a la antecámara para asomarse por la aspillera, pero ahora no se distinguía por ella otra cosa que una vertiginosa erupción de nubes púrpura y malva.

- ¡Estamos en el Limbo! -exclamó.

Se hizo el silencio, pero la Torre continuó oscilando. Un viento misterioso recorrió la estancia y apagó las luces, dejando como única iluminación la que entraba del exterior, donde seguía agitándose la bruma.

Jhary−a−Conel llegó junto a Elric y se asomó a la ventana con expresión preocupada.

-¿Cómo es que sabías qué debíamos hacer? -le preguntó Elric.

-Lo sabía porque te conozco, Elric de Melniboné, igual que conozco a Erekosé, pues he viajado por muchas épocas y he estado en muchos planos. Por eso me han llamado a veces «el compañero de los Campeones». Tengo que encontrar mi espada y mi bolsa... y también el sombrero. Sin duda, debe estar todo en la cámara acorazada del enano, con el resto de su botín.

-Pero, ¿y la Torre? Si se destruye, ¿no nos sucederá lo mismo a nosotros?

-Es una posibilidad. Vamos, amigo Elric, ayúdame a buscar el sombrero.

-¿En un momento así, te preocupas por un sombrero?

-Sí. -Jhary–a–Conel volvió a la sala grande mientras acariciaba al gato blanquinegro. Voilodion Ghagnasdiak seguía encogido y sollozante junto a la pared-. Príncipe Corum... señor Erekosé... venid también conmigo.

Corum y el gigante negro se unieron a Elric y se adentraron por el estrecho pasadizo, avanzando palmo a palmo hasta que el conducto se ensanchó, dejando a la vista una escalera que conducía hacia abajo. La Torre sufrió una nueva sacudida. Jhary tomó una antorcha de la pared, le prendió fuego y empezó a descender los peldaños, seguido por los tres héroes.

Una piedra se desprendió del techo y cayó justo ante los pies de Elric.

-Preferiría buscar un medio de escapar de la Torre -comentó a Jhary–a–Conel-. Si se derrumba ahora, quedaremos enterrados.

-Confía en mí, príncipe Elric -fue la única respuesta de Jhary.

Y, como éste ya había demostrado poseer grandes conocimientos, Elric dejó que el engalanado joven le condujera a las entrañas de la edificación.

Por fin, llegaron a una cámara circular en la que destacaba una enorme puerta metálica.

-Es la cámara acorazada de Voilodion -les informó Jhary-. Aquí encontraréis todo lo que buscáis. Y yo espero recuperar ese sombrero. Fue confeccionado especialmente para mí y es el único que hace juego con el resto de mi ropa.

-¿Cómo vamos a abrir una puerta así? -quiso saber Erekosé, blandiendo la negra espada que aún empuñaba en su zurda-. ¡Sin duda, está hecha de acero!

-Si volvéis a cogeros del brazo, amigos míos -sugirió Jhary con una especie de burlona deferencia-, os mostraré cómo puede abrirse la puerta.

De nuevo, Elric, Corum y Erekosé se tomaron del brazo. De nuevo, la energía sobrenatural pareció fluir a través de ellos y se echaron a reír unos de otros, sabiendo que todos eran parte de un mismo ser.

A Elric le pareció escuchar en la lejanía la voz de Jhary.

-Y ahora, príncipe Corum, si haces el favor de empujar con el pie la plancha de acero...

Los tres se acercaron a la puerta y la parte de sí que era Corum aplicó la planta del pie a la plancha de acero... y la puerta cayó como si estuviera hecha de la madera más ligera.

Esta vez, Elric se lo pensó mucho más antes de romper el vínculo que les unía, pero lo hizo al fin mientras Jhary penetraba en la bóveda con una risilla secreta.

La Torre se bamboleó y el movimiento impulsó al trío al interior de la cámara acorazada de Voilodion, tras los pasos de Jhary. Elric tropezó pesadamente con una gran silla dorada de las que en una ocasión había visto utilizar como silla de montar elefantes. Echó un vistazo a la cámara, que estaba llena de objetos de valor, ropas, calzado y armas, y le entraron náuseas al comprender que todo aquello había pertenecido a los desgraciados que Voilodion Ghagnasdiak había acogido como invitados.

Jhary–a–Conel extrajo un fardo de debajo de un montón de pieles.

-Mira, príncipe Elric. Eso es lo que necesitarás en tus afanes por Tanelorn.

El bulto parecía consistir en un puñado de varas largas envueltas en finas planchas de metal. Elric aceptó el pesado y voluminoso fardo.

-¿Qué es?

-Son los estandartes de bronce y las flechas de cuarzo. Son armas útiles contra los hombres reptiles de Pió y sus monturas.

-¿Conoces a esos reptiles? ¿No conocerás también a Theleb K'aarna, verdad?

-¿El hechicero de Pan Tang? Sí.

Elric observó a Jhary con gesto casi suspicaz.

-¿Cómo puedes saber todo eso?

-Ya te lo he dicho. He vivido muchas vidas como Amigo de Héroes. Abre ese bulto cuando hayas vuelto a Tanelorn. Utiliza las flechas de cuarzo como lanzas. Para usar los estandartes de bronce, limítate a desplegarlos. ¡Aja! -Jhary metió la mano detrás de un saco de joyas y extrajo un sombrero bastante polvoriento. Sacudió el polvo con unas palmadas y se lo encasquetó en la cabeza-. ¡Aja! -murmuró. Se inclinó otra vez y sacó un frasco, que ofreció al príncipe Corum-. Toma esto. Creo que te resultará útil.

Jhary extrajo un pequeño saco de otro rincón de la cámara y se lo echó al hombro. Luego, casi como si se acordara en aquel momento, rebuscó en un arcón lleno de joyas y escogió un anillo reluciente de piedras indescriptibles engastadas en un extraño metal.

-Aquí tienes tu recompensa por contribuir a liberarme de mi captor -dijo, entregándoselo a Erekosé.

-Tengo la sensación de que no necesitabas la ayuda de nadie, joven -respondió Erekosé con una sonrisa.

-Te equivocas, amigo mío. Dudo que haya corrido nunca un mayor peligro -le corrigió Jhary, dirigiendo una vaga mirada a la cámara y tambaleándose mientras el suelo se inclinaba de forma alarmante.

-Es preciso que hagamos algo para escapar -apuntó Elric.

-Exacto. -Jhary cruzó a toda prisa la estancia hasta el extremo opuesto-. Sólo una cosa más. Voilodion, llevado de su orgullo, me mostró todas sus posesiones, pero comprobé que ignoraba el valor de muchas de ellas.

-¿A qué te refieres? -preguntó el Príncipe de la Capa Escarlata.

-El enano mató al viajero que trajo consigo ese objeto. Ese viajero tenía razón al pensar que contaba con el medio de impedir que la Torre se desvaneciera, pero no tuvo tiempo de utilizarlo porque Voilodion le dio muerte en seguida. -Jhary sacó de entre un montón de objetos un pequeño bastón pintado de un color ocre oscuro-. Aquí está, el Bastón Rúnico. Hawkmoon lo llevaba con él cuando le acompañé en su viaje al Imperio Oscuro...

Al advertir su desconcierto, Jhary–a–Conel, el Compañero de los Campeones, murmuró una disculpa.

-Lo siento. A veces olvido que no todos tenemos recuerdos de otras vidas...

-¿Qué es el Bastón Rúnico? -inquirió Corum.

-Recuerdo una descripción, pero soy muy malo para los nombres y para explicar las cosas...

-Tal cosa no ha escapado a mi atención -asintió Elric, casi con una sonrisa.

-Es un objeto que sólo puede existir bajo ciertas condiciones de las leyes que rigen el espacio y el tiempo. Para que continúe existiendo, debe ejercer un campo en el que pueda contenerse. Este campo debe regirse según dichas leyes, las mismas bajo las cuales nosotros sobrevivimos.

Cayeron más piedras del techo.

- ¡La Torre se está desmoronando! -gruñó Erekosé.

Jhary golpeó el deslustrado bastón ocre.

-Por favor, juntaos cerca de mí, amigos míos.

Los tres héroes le rodearon. Y, en ese instante, el techo de la torre se hundió. Pero no cayó sobre ellos, pues de pronto se encontraron sobre terreno firme, respirando aire fresco. Sin embargo, en torno a ellos reinaba la oscuridad más absoluta.

-No salgáis de este pequeño espacio -les advirtió Jhary-, o estaréis perdidos. Dejad que el Bastón Rúnico busque lo que buscamos.

El terreno que pisaban cambió de color y el aire sopló más cálido, primero, y frío después. Era como si se desplazaran de un plano a otro del universo, sin ver nunca más allá de los palmos de terreno que ocupaban.

Y, de pronto, notaron bajo los pies la áspera arena del desierto y Jhary gritó:

- ¡Ahora!

Los cuatro saltaron de la zona que ocupaban a la negrura y se encontraron de pronto a plena luz del sol, bajo un cielo como de metal batido.

-Un desierto -murmuró Erekosé-. Un vasto desierto...

-¿No lo reconoces, amigo Elric? -dijo Jhary–a–Conel con una sonrisa.

-¿Es el Desierto de los Suspiros?

-Escucha.

Y Elric pudo oír con claridad el sonido familiar del viento en su doliente pasar sobre las arenas. A corta distancia vio el Bastón Rúnico donde lo habían dejado. Un instante después, había desaparecido.

-¿Vais a acompañarme todos a la defensa de Tanelorn? -preguntó a Jhary. Éste movió la cabeza.

-No. Vamos todos en dirección opuesta. Vamos a buscar el artefacto que Theleb K'aarna activó con ayuda de los Señores del Caos. ¿Dónde está?

Elric trató de orientarse y alzó un dedo, titubeando.

-En esa dirección, creo.

-Entonces, salgamos para allí en seguida.

-Pero yo debo ir en ayuda de Tanelorn.

-Tú debes destruir ese artilugio una vez lo hayamos utilizado, amigo Elric, para que Theleb K'aarna o los suyos no intenten activarlo otra vez.

- ¡Pero Tanelorn...!

-No creo que Theleb K'aarna y sus bestias hayan alcanzado aún la ciudad.

-¿Que no habrán...? ¡Pero si ha pasado mucho tiempo!

-Menos de un día.

Elric se frotó la cara y dijo a regañadientes:

-Está bien, yo os conduciré a la máquina.

-Pero si Tanelorn está tan cerca -protestó Corum a Jhary-, ¿por qué buscarla en otra parte?

-Porque ésta no es la Tanelorn que queremos encontrar -le respondió su amigo y guía.

-A mí me sirve -intervino Erekosé-. Me quedaré con Elric. Luego, tal vez...

Una expresión casi de horror cubrió al instante las facciones de Jhary. Por fin, logró decir con voz apenada:

-Amigo mío..., ya gran parte del tiempo y del espacio está amenazada de destrucción. Las barreras eternas podrían caer muy pronto..., el tejido del universo podría disgregarse. Tú no lo entiendes. Un suceso como el que acaba de producirse en la Torre Evanescente sólo puede suceder un par de veces en una eternidad e incluso entonces es peligroso para todos los que intervienen. Debes hacer lo que digo. Te prometo que tendrás una oportunidad tan buena como ésta de encontrar Tanelorn en el lugar al que te lleve. Tu oportunidad se encuentra en el futuro de Elric.

Erekosé bajó la cabeza.

-Está bien -asintió.

-Vamos -dijo Elric con impaciencia, iniciando la marcha hacia el nordeste-. Tanto hablar de tiempo, y a mí me queda tan poco...

6
El grito del Señor Pálido bajo el sol

La máquina del interior del globo seguía donde la había visto Elric por última vez, justo antes de atacarla y verse arrojado al mundo de Corum.

Jhary parecía completamente familiarizado con ella y pronto hizo que su corazón latiera enérgicamente. El guía hizo entrar a sus otras dos encarnaciones y les indicó que permanecieran de espaldas contra el cristal. Después, le entregó algo a Elric. Era un frasco.

-Cuando hayamos partido -le indicó-, arroja esto por la abertura superior de la esfera. Después monta en tu caballo, que he visto aquí cerca, y galopa a Tanelorn. Sigue estas instrucciones al pie de la letra y nos harás un servicio a todos.

-Está bien.

Elric aceptó el frasco.

-Y, por favor -dijo finalmente Jhary−a−Conel mientras ocupaba su sitio junto a los demás-, preséntale mis saludos a mi hermano Moonglum.

-¿Le conoces? ¿Qué...?

- ¡Adiós, Elric! Sin duda nos veremos muchas veces en el futuro, aunque quizá no nos reconozcamos.

A continuación, el latido de la máquina aumentó de intensidad y el suelo tembló y el globo quedó envuelto en aquella extraña oscuridad... y las tres figuras desaparecieron. Elric se apresuró a arrojar el frasco por el orificio superior de la esfera; luego corrió hacia donde tenía atada la yegua bermeja, saltó a la silla con el fardo que le había dado Jhary bajo el brazo, y salió a galope tendido hacia Tanelorn. Tras él, los latidos cesaron de pronto. La oscuridad desapareció y se hizo un tenso silencio. A continuación, Elric escuchó una especie de gemido de gigante y una luz azul cegadora llenó el desierto. Volvió la vista atrás. No sólo habían desaparecido el globo de cristal y el artilugio que contenía, sino también las rocas de los alrededores.

Elric alcanzó a la columna que perseguía poco antes de que ésta llegara frente a las murallas de Tanelorn, sobre las cuales vio a los guerreros de la ciudad.

Los enormes monstruos reptilianos transportaban sobre el lomo a sus amos, igualmente repulsivos, y sus patas dejaban profundas marcas en la arena al desplazarse. Theleb K'aarna cabalgaba al frente de la columna, montado en un semental zaino, y llevaba cruzado sobre la silla un gran bulto envuelto en tela.

Instantes después, una sombra pasó sobre la cabeza de Elric y éste alzó la mirada. Era el ave de metal que se había llevado a Myshella. Pero esta vez no transportaba a ningún jinete. El ave sobrevoló en círculos las cabezas de los pesados reptiles, cuyos amos alzaron sus extrañas armas y dispararon siseantes chorros de fuego en dirección a ella, obligándola a ganar altura. ¿Por qué estaba allí el ave de plata y oro, y no Myshella? La garganta metálica emitía una y otra vez un peculiar chillido que a Elric le recordó de inmediato el sonido patético de un pájaro madre cuyo pichón está en peligro.

Observó detenidamente el bulto que Theleb K'aarna llevaba cruzado sobre la silla de montar y, de pronto, tuvo la certeza de saber qué era. ¡La propia Myshella! Sin duda, la

hechicera había dado por muerto a Elric y había intentado atacar a Theleb K'aarna, siendo derrotada por éste.

El albino sintió que le hervía la sangre de rabia. El profundo odio que le inspiraba el brujo de Pan Tang se reavivó en un instante y llevó la mano a la espada, pero luego volvió a observar las vulnerables murallas de Tanelorn y la silueta de sus valientes compañeros en las almenas, y comprendió que su primer deber era ayudarles.

Sin embargo, ¿cómo iba a hacer para alcanzar las murallas y entregar a sus camaradas los estandartes de bronce sin que Theleb K'aarna le viera y le destruyera? Se dispuso a espolear a su montura con la esperanza de que la fortuna le acompañara, pero de nuevo pasó sobre su cabeza la sombra del ave y vio que ésta volvía a volar muy bajo, con una especie de angustia en sus ojos de esmeralda.

- ¡Príncipe Elric! -oyó que decía el ave de plata, oro y metal-. ¡Tenemos que salvar a Myshella!

El albino sacudió la cabeza en gesto de negativa mientras el ave se posaba en la arena.

-Primero debo salvar Tanelorn.

-Cuenta conmigo. Monta a la silla.

Elric dirigió una mirada a los monstruos, cuya atención estaba ahora concentrada en la ciudad que se proponían destruir. Saltó de su yegua y cruzó la arena para encaramarse en la silla de ónice del ave. Las alas volvieron a batir con gran estruendo y, con una corta carrera, su nueva montura remontó el vuelo y surcó los aires hasta posarse en la propia muralla.

- ¡Elric! -exclamó Moonglum, acercándose a la carrera a lo largo de las defensas-. ¡Nos han dicho que habías muerto!

-¿Quién os ha contado tal cosa?

-Myshella y Theleb K'aarna, cuando éste nos ha exigido la rendición.

-Supongo que no podían pensar otra cosa -asintió Elric mientras separaba las astas en torno a las cuales iban enrolladas las finas planchas de bronce-. Ten; debéis utilizar estas cosas. Según me han dicho, os serán útiles contra los reptiles de Pió. Desplegadlas a lo largo de las murallas. Saludos, Rackhir -añadió, entregando uno de los estandartes al asombrado Arquero Rojo.

-¿No te quedas a luchar con nosotros? -preguntó éste.

Elric contempló las doce finas flechas que tenía en la mano. Cada una de ellas estaba perfectamente tallada en cuarzo multicolor, de modo que incluso las plumas de la cola parecían reales.

-No -respondió-. Espero rescatar a Myshella de manos de Theleb K'aarna y, además, desde el aire puedo utilizar mejor estas saetas.

-Myshella, al creerte muerto, pareció enloquecer -le contó Rackhir-. Lanzó varios conjuros contra Theleb K'aarna, pero él los contrarrestó. Por último, Myshella se arrojó en persona desde esa ave que te ha traído..., ¡se arrojó sobre él, armada sólo con una daga! Sin embargo, él la venció y ha amenazado con matarla si no nos dejamos matar nosotros sin oponer resistencia. Sé que matará a Myshella de todos modos, pero me encuentro ante un dilema de conciencia...

-Yo lo resolveré, espero. - Elric dio unas palmadas en el cuello metálico del gran pájaro-. Vamos, amigo mío, volvamos al aire. Recuerda, Rackhir, despliega los estandartes por las murallas tan pronto como haya ganado una buena altura.

El Arquero Rojo asintió, con expresión de desconcierto, y Elric surcó de nuevo los aires con las flechas de cuarzo apretadas en el puño izquierdo.

Escuchó la risa de Theleb K'aarna debajo de él y vio a las bestias monstruosas avanzando inexorablemente hacia las murallas. De pronto, las puertas se abrieron y apareció un grupo de jinetes. Evidentemente, habían esperado salvar Tanelorn con su sacrificio y Rackhir no había tenido tiempo de advertirles del mensaje de Elric.

Los jinetes se lanzaron en un furioso galope contra los monstruos reptilianos de Pió, blandiendo espadas y lanzas. Sus gritos llegaron hasta Elric, que sobrevolaba la escena. Los monstruos rugieron y abrieron sus enormes mandíbulas, mientras sus amos apuntaban con sus adornadas armas a los jinetes de Tanelorn. Las bocas de los cañones escupieron unas llamaradas y los jinetes dieron terribles alaridos al ser devorados por el fuego cegador.

Elric, horrorizado, ordenó al ave de plata y oro que descendiera. Y, al fin, Theleb K'aarna advirtió su presencia y tiró de las riendas de su caballo con un destello de miedo y rabia en los ojos.

- ¡Estás muerto! ¡Tú estás muerto! Las grandes alas del ave batieron el aire sobre la cabeza del hechicero de Pan Tang.

- ¡Estoy vivo, Theleb K'aarna, y vengo a destruirte de una vez por todas! ¡Entrégame a Myshella!

Una mueca de astucia cubrió el rostro del hechicero.

- ¡No! ¡Destrúyeme y ella morirá también! Seres de Pió, desencadenad toda vuestra fuerza sobre Tanelorn. ¡Arrasadla hasta que no quede piedra sobre piedra y demostradle a ese estúpido lo que podemos hacer!

Los jinetes reptilianos apuntaron sus armas de extrañas formas contra Tanelorn, en cuyas almenas aguardaban Rackhir, Moonglum y los demás.

- ¡No! - gritó Elric-. ¡No puedes...!

En las almenas de las murallas se advertían unos destellos. Por fin, los defensores estaban desplegando los estandartes de bronce. Cada uno de ellos, al ser desplegado, emitió una purísima luz dorada hasta que un inmenso muro de luz se extendió a todo lo largo de las defensas, impidiendo ver los propios estandartes y a los hombres que los sostenían. Los seres de Pió apuntaron con sus armas y dispararon chorros de fuego contra la barrera de luz, que los repelió de inmediato.

Theleb K'aarna enrojeció de ira.

-¿Qué es esto? ¡Nuestros hechizos terrenos no pueden contrarrestar el poder de Pió!

Elric le dirigió una sonrisa con expresión enfurecida.

-Esto no es obra de nuestra hechicería, sino de otra que sí puede resistir a la de Pió. ¡Pronto, Theleb K'aarna, entrégame a Myshella!

- ¡No! Tú no cuentas con esa protección que has proporcionado a la ciudad. ¡Seres de Pió, destruidle!

Y, al tiempo que las armas empezaban a apuntarle, Elric arrojó la primera de las saetas de cuarzo. La flecha voló recta hacia clavarse en el rostro del jinete reptilesco que encabezaba la columna. Un agudo lamento escapó de los labios del jinete al tiempo que alzaba las manos hacia la flecha, que se le había incrustado en el ojo. La bestia a cuyo lomo viajaba el jinete se encabritó, pues era evidente que su dueño apenas podía controlarlo. El animal volvió grupas a la luz cegadora de Tanelorn y se alejó por el desierto a la carrera, con un galope que hacía vibrar la tierra, mientras el jinete muerto caía al suelo. Un chorro de fuego estuvo a punto de alcanzar a Elric y éste se vio obligado a ganar altura al tiempo que arrojaba otro dardo y atravesaba el corazón de otro de los jinetes. De nuevo, la bestia que éste montaba quedó fuera de control y siguió a su compañera en su huida por el desierto. Sin embargo, aún quedaba una decena de jinetes de Pió y Elric vio que todos ellos volvían sus armas contra él, aunque les resultaba difícil apuntar pues sus monturas se mostraban inquietas y trataban de acompañar a sus dos compañeras huidas. Elric dejó que el ave de metal amagara y maniobrara entre el fuego cruzado de las armas enemigas y arrojó otra flecha, y otra más. Notó las ropas y el cabello chamuscados y recordó otra ocasión en la que había cabalgado a lomos del ave de plata y oro sobrevolando el mar Hirviente. Parte de la punta del ala derecha de su montura se había fundido y su vuelo era un poco más errático, pero el pájaro de metal continuó zigzagueando entre los chorros llameantes mientras Elric continuaba arrojando las flechas de cuarzo sobre las filas de los seres de Pió.

Entonces, de pronto, sólo quedaron con vida dos de ellos que, a toda prisa, dieron media vuelta a sus monstruosas monturas para escapar del lugar pues, en sus inmediaciones, había empezado a surgir una nube de desagradable humo azul en el lugar que había ocupado Theleb K'aarna. Elric lanzó las últimas saetas contra los reptiles de Pió y les dio de lleno en la espalda. Por fin, sobre la arena sólo quedaron cadáveres.

Cuando el humo azul se dispersó, sólo quedaba allí el caballo del hechicero. Y, junto al corcel, apareció otro cadáver. Era el de Myshella, la Emperatriz del Alba. Theleb K'aarna la había degollado antes de desaparecer, sin duda con la ayuda de algún conjuro.

Abrumado, Elric descendió montado en el ave de plata y oro mientras la luz dorada de los muros de Tanelorn iba desvaneciéndose. El albino desmontó y vio unas lágrimas oscuras en los ojos de esmeralda del pájaro fabuloso. Dio unos pasos y se arrodilló junto a Myshella.

Un mortal corriente no podría haberlo hecho, pero la hechicera de Kaneloon abrió los ojos y murmuró unas palabras, aunque tenía la boca anegada de sangre y resultaban difíciles de comprender.

-Elric...

-¿Podrás vivir? -le preguntó él-. ¿Conoces algún poder que...?

-No, no sobreviviré. Muerta estoy ya, sin remedio, en este mismo instante. Pero te servirá de algún consuelo saber que Theleb K'aarna se ha ganado el desdén de los grandes Señores del Caos. Éstos no volverán a ayudarle como han hecho en esta ocasión, pues ante sus ojos ha demostrado ser un incompetente.

-¿Dónde ha ido? ¡Le perseguiré y acabaré con él la próxima vez, lo juro!

-Estoy segura de que lo harás, pero no tengo idea de adonde ha ido. Escucha, Elric: yo estoy muerta y mi obra está amena–zada. Llevo siglos combatiendo al Caos y ahora me parece que el Caos va a incrementar su poder. Muy pronto tendrá lugar la gran batalla entre los Señores del Orden y los Señores de la Entropía, los hilos del destino se han enredado mucho y la estructura misma del universo parece a punto de transformarse. Tú tienes un papel en todo ello... un papel... ¡Adiós, Elric!

-¡Oh, Myshella!

- ¿Está muerta? -inquirió la voz del ave de metal en tono apesadumbrado.

-Sí.

Pareció como si le extrajeran a la fuerza el monosílabo.

-Entonces, tenemos que llevarla a su castillo de Kaneloon.

Elric recogió con ternura el cuerpo ensangrentado de Myshe–lla, apoyando en el brazo la cabeza medio cercenada, y lo depo–sitó en la silla de ónice.

-No volveremos a vernos, príncipe Elric -dijo el ave-, pues a la muerte de la dama Myshella seguirá muy pronto la mía.

Elric hundió la cabeza.

Las alas resplandecientes se extendieron y batieron el aire con el sonido de un estruendo de platillos.

Elric vio que la hermosa criatura trazaba unos círculos en el aire y luego ponía rumbo directamente al sur, hacia el Confín del Mundo.

Hundió el rostro entre las manos, pero se sentía ya incapaz de derramar una lágrima. ¿Acaso el destino de todas las mujeres que amaba era la muerte? ¿Habría vivido Myshella si la hechicera le hubiera dejado morir cuando él había deseado la muerte? En su corazón no quedaba ahora cólera alguna, sino sólo una sensación de desesperada impotencia.

Notó una mano en el hombro y se volvió. Allí estaba Moonglum, con Rackhir a su lado; los dos habían salido de Tanelorn a caballo en su busca.

-Los estandartes se han desvanecido -le informó el Arquero Rojo - . Y las flechas, también. Sólo quedan en el campo los ca–dáveres de estas criaturas y ya las enterraremos. ¿Volverás ahora con nosotros a la Ciudad Eterna?

-Tanelorn no puede proporcionarme la paz, Rackhir.

-Creo que tienes razón en eso, pero en mi casa tengo una pó–cima que aplacará algunos de tus recuerdos, que te ayudará a ol–vidar parte de lo que ha sucedido recientemente.

-Aceptaría encantado esa pócima, pero dudo que...

-Surtirá efecto, te lo prometo. Cualquier otro conseguiría un olvido completo bebiendo esa poción y espero que, al menos, te ayudará a adormecer los tuyos.

Elric pensó en Corum, Erekosé y Jhary–a–Conel, y en el sig–nificado de lo que había experimentado con ellos: que, aunque muriera, volvería a encarnarse en otra forma para combatir de nuevo, para sufrir otra vez... Una eternidad de violencia y de dolor.

Pensó que le bastaría con olvidar aquel conocimiento y tuvo el impulso de alejarse de Tanelorn al galope y empezar a preocu–parse tanto como le fuera posible en los asuntos más nimios de los hombres.

-Estoy cansado de los dioses y sus luchas -murmuró mien–tras montaba a la silla de su yegua bermeja.

Moonglum mantuvo la vista perdida en el desierto.

-Sí, pero ¿cuándo se cansarán los dioses? -murmuró-. Si lo hicieran, sería un día de felicidad para el ser humano. Tal vez to−das nuestras luchas, nuestros sufrimientos, nuestros conflictos, sólo sirvan para aliviar el aburrimiento de los Señores de los

Mundos Superiores. Quizá sea por eso que, al crearnos, nos hi−cieron imperfectos.

El trío emprendió el regreso a Tanelorn mientras el viento so−plaba tristemente sobre las arenas del desierto, que empezaban ya a cubrir los cadáveres de quienes habían querido combatir contra la eternidad e, inevitablemente, habían encontrado esa otra eternidad que era la muerte.

Por un instante, Elric mantuvo su yegua a la altura de sus dos acompañantes. En sus labios se formó un nombre, pero no lo pronunció en voz alta.

Y, de pronto, picó espuelas y salió a galope tendido hacia Ta−nelorn, desenvainando la aullante espada mágica y blandiéndola contra el cielo impasible, haciendo que su montura se alzara so−bre las patas traseras y agitara las delanteras mostrando las pezu−ñas. Su voz, en un rugido de pesar y de rabiosa amargura, gritó una y otra vez:

-¡Ah, malditos seáis! ¡Malditos! ¡Malditos!

Pero quienes le oyeron (y entre ellos debían de estar los dio−ses a los que se dirigía) sabían que era el propio Elric de Melniboné quien estaba verdaderamente maldito.

FIN

Índice

LIBRO PRIMERO
El tormento del último señor
1 El Príncipe Pálido en una playa iluminada por la luna
2 Un rostro blanco mirando entre la nieve
3 El cielo inmenso lleno de plumas
4 El viejo castillo solitario
5 El sueño del príncipe perseguido por la fatalidad
6 La voz del ave enjoyada
7 La risa del Hechicero Negro
8 Vocerío entre las huestes del Caos

LIBRO SEGUNDO
Una trampa para el Príncipe Pálido
Crónica de la Espada Negra 1 La corte de los mendigos
1 La corte de los mendigos
2 El anillo robado
3 Los devoradores de almas
4 El castigo del Dios Ardiente
5 Seres que no son mujeres
6 El demonio burlón

LIBRO TERCERO
Tres héroes con un mismo propósito
Crónica de la Espada Negra 1 Tanelorn la Eterna
1 Tanelorn la Eterna
2 El regreso de la hechicera
3 La barrera rota
4 La Torre Evanescente
5 Jhary–a–Conel
6 El grito del Señor Pálido bajo el sol

NOTA ACERCA DEL AUTOR

Michael Moorcock (1939), el más polifacético de los escritores ingleses contemporáneos, ha alcanzado la celebridad literaria por dos caminos diferentes, en ambos con carácter revolucionario. Dirigió la revista *New Worlds* desde el número 142 (mayo/junio 1964) hasta el 201 (marzo 1971), gestando desde sus páginas el movimiento literario que se conoció como *New Wave,* el más influyente que puede recordar la ciencia ficción moderna. Como autor, con una obra prolífica en los campos de la ciencia ficción y la fantasía, ha llegado a convertirse en una de las firmas más populares del mundo por su creación del *Multiverso,* escenario en el que transcurren numerosos ciclos de novelas entre las que existen constantes referencias cruzadas que les confieren una complejidad global extraordinaria.

Un nuevo intento, ampliado, de establecer una bibliografía lo más completa posible del autor, comprende los siguientes libros:

CICLO DEL MULTIVERSO:

El campeón eterno:

1970 - *The Eternal Champion (El campeón eterno,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 4, Barcelona, 1985).

- *Phoenix in Obsidian,* también publicada como *The Silver Warriors* («Fénix de obsidiana», en *Crónicas del Campeón Eterno,* Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1991).

1987 - *The Dragón in the Sword* («El dragón en la espada», en *Crónicas del Campeón Eterno).*

La serie enlaza con *The Champion of Garathorm* e incorpora en *The Dragón in the Sword* la saga de la familia Von Bek. También pertenece a la serie el cómic, con guión del autor:

1978 - *The Swords of Heaven, The Flowers of Hell,* dibujado por Howard Chaykin («Espadas del cielo, ángeles del infierno», en *Comix Internacional* 4-7, Barcelona, 1980-81).

Familia von Bek:

1981 - *The War Hound and the World's Pain (El perro de la guerra y el dolor del mundo,* Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 3, Madrid, 1987).

1982 - *The Brothel in Rosenstrasse.* 1986 - *The City in the Autum Stars.*

Dorian Hawkmoon:

1967 - *Thejewel in the Skull(«La* joya en la frente», en *El Bastón Rúnico,* Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1989).

1968 - *TheMad God's Amulet,* también publicada como *Sorcerer's Amulet* («El amuleto del Dios Loco», en *El Bastón Rúnico).*